

QUERIDA ROSAURA

¿Cuánto dura el amor?
La eternidad.

Luján Fraix

LUJÁN FRAIX

QUERIDA ROSAURA

¿Cuánto dura el amor?

La Eternidad

QUERIDA ROSAURA

¿Cuánto dura el amor?

La eternidad.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción de este texto, total o parcialmente,
por cualquier medio

sin permiso de la autora. Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios,
cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia

MADRE, ESCRIBE...

“Entre hechizos de gato
y rejas
mi madre con su tejido
escuchando mis cuentos...”

Hoy regreso a la infancia atardecida
a leer en la nostalgia que ilumina
tu dulce abrazo con lumbre cansina
y el tañido cual cítara dormida.

A la noche, una farola encendida
evoca ya tu palabra divina,
es piel de mi alma, estrella matutina,
coraza de mi temor a la vida.

En tu ser mi vocación admirada
escucha la novena letanía
cuando tu amor es sombra inalcanzada.

¡Madre... iza de la tierra labrantía
la semilla de mi mano espigada
y habla con la letra de mi poesía!

Luján Fraix

INTRODUCCIÓN

Rosaura Waner fue una persona que no supo entender la vida. Se entregó a los demás en un ir y venir de situaciones divididas. Amó a su madre Magdalena quien cercenó, desde niña, sus deseos más queridos; la obligó a ser una mujer y a llevar sobre sí las cargas de un adulto. No disfrutó de los momentos por hallarse inmersa en un pasado gris que le dejó secuelas hondas: la muerte temprana de Magdalena y la de su hermano Juan José de treinta y cinco años. Nunca pudo superar los avatares de un destino poco feliz y entonces se quedó detenida en el albor de las estrellas, en los recodos de su pobre chacra, en el tenebroso lugar de los sacrificios. Allí con Santiaguito frente a su ataúd blanco puso su andamio de claveles para postergar su futuro con el pretexto de los sueños inconclusos. Fue hermana-madre hasta su muerte. Cuando falleció Magdalena comenzó una vida prestada con un hombre bueno que la quería y una hija que fue un ángel tembloroso a quien transmitió todos sus miedos. Jamás olvidó el pasado; añoró las noches iluminadas y las espinas, la rara manera de amar, la vocación de servir por obligación o para poder ser querida... Parecía no reconocer el entorno de su nueva casa mientras los años se iban con la soledad de sus piadosas súplicas. Caminaba

más rápido que el tiempo.

Rosaura vivió para el dolor, para llorar de la mañana a la noche a sus muertos, para velar por su hermano menor, Rubén, hasta el último día. A María, su hija, la cuidó como un tesoro que le costó mucho concebir. Sintió terror por su salud porque conocía de memoria el sabor de las ausencias; ahogó su juventud con reclamos absurdos y extendió la doctrina de su madre hasta el final de su historia.

Según sus propias palabras amó a un Dios que le arrebató la vida.

I

Tal vez, hubiera querido no haber nacido. Nunca lo dijo, pero sufrió tanto en la vida que ese itinerario hacia un paraíso no deseado pudo haber sido un alud de turbulencias frente a un sórdido calvario. Desde la niñez hasta su muerte, con la que peleó a brazo partido sin treguas, a la que le habló como una amiga y también como una enemiga, fue siempre pasional, emotiva, sentimental, conmovedora... Ella dejó un vacío insostenible, una presencia que mira con sus ojos verdes las almas que abandonó de este lado del camino, sin querer, obligada por un Dios al que tanto amaba.

Transcurría el año 1923 en Argentina con la presidencia de Marcelo T. de Alvear, quien continuó con la política de su predecesor Hipólito Irigoyen. Los chacareros formaban cooperativas agrícolas como una manera de

enfrentar las posibles crisis económicas. La comunidad ferviente sentía pasión por el progreso porque sabían que podían contribuir a enriquecer el país.

Una mirada atenta sobre el campo argentino en el período de entreguerras advertía que los fenómenos sociales y económicos que lo afectaban o que en él se produjeron tuvieron una intensidad que lo distanciaba de la casi inalterada previsibilidad del medio siglo anterior. Sucesos tales como huelgas de arrendatarios o peones cosecheros, o procesos complejos como las caídas de los precios del cereal, la transformación tecnológica y laboral o la reducción notable de los puestos de trabajo producto de crisis de empleo, suscitaron la atención de todos. Sin embargo, esta dinámica conflictiva del mundo rural estaba ausente de las imágenes que el Estado y buena parte de la sociedad reproducía entre quienes no tenían una participación directa en tales fenómenos.

En ese crisol, los chacareros parecían artífices de un futuro lóbrego; sus caras negras por el polvo de todos los caminos se encendían... Se veían lustrosas frente al sol que delineaba sus contornos de tinta. Estaban atrincherados frente a un vacío que les complicaba las ideas con sus razones incendiarias. Todos los llamaban gringos, casi de manera despectiva.

La casa era modesta de ladrillos rojos y tenía una galería sostenida por columnas de hierro con varas de lienzo tejidas. Se veía desde el llano sobre el albardón. El cielo se emparentaba con el horizonte curvilíneo: una pampa atestada por la hierba reseca a causa de las sequías. Había una extensión de tierra que parecía un parque en donde se veían macetas, malvones, un naranjo, patos, gansos, caballos y un burro, además de las vacas que comían el pasto... El fanal sesgado ante las rejas mostraba su voluta azulada. La higuera patriarcal desdibujaba el contorno del telar con sus husos y pedales y mostraba la identidad de su dueña, su destreza. El molino musitaba su dialecto

anodino y dejaba los años grabados en esos murmullos de mula por la montaña mientras las gallinas picoteaban las margaritas y marcaban huellas en las siestas de verano cuando el loro Pedrito hablaba sin parar. En esa armonía de colores, la piel emergía de su estatismo para incubar sueños en cada espiga, semillas en el corazón mismo de la penumbra, piélagos en la luna...

En ese hogar no había espacio para el recreo porque había que trabajar para ganarse un lugar con el dilatado coraje que daba la avidez de las promesas. Sus moradores dejaban en el alma de quienes los conocían marcas indelebles de virtud y de moral tomadas de la dignidad de sus ancestros que con perseverancia y resignación pudieron hacer frente a los cambios.

Rosaura vivía allí con sus padres Magdalena Shalli, Juan Waner y su hermano Juan José. La niña había nacido a los siete meses, pero gozaba de buena salud a pesar de que la medicina aún no contaba con los recursos necesarios para atender los imprevistos o situaciones que escapaban de lo común. Rosaura, rubia de ojos transparentes, en la cuna de madera con ruedas de carrito medieval, parecía pilotear una nave en medio de un mar bravío. Era una beba inquieta con un carácter extraño mezcla de rebeldía y sumisión. Todavía no sabía del abolengo y de la pobreza, de la salud y de la enfermedad, pero se rebelaba con sus gritos y sus uñitas de gato que arañaban los barrotes de su cuna alba. Era una criatura que llegaba para servir... ¿A quiénes?.

En esa rara orquesta de violines, la noche suspendida le regalaba las estrellas a una espiga que renovaba las promesas.

Muchos ojos la miraban desde arriba como si esas personas vinieran desde un cielo bendito a despertar la vocación de grano y el sacrificio sin tregua.

-¡Qué bonita!-decían las tías solteras tan frías y ausentes que la maternidad les resultaba algo molesto y lejano, con demasiadas responsabilidades y poca libertad.

En la humilde casa recibían a todos los familiares sin distinción de clases sociales; Magdalena y Juan eran sociables y repartían sus horas entre juegos de naipes, reclamos de trabajo, noches con velas encendidas frente a un campo inhóspito y santo. Lo raro era que, por decisión de Magdalena, no aceptaban visitas de extraños por temor a ser discriminados. La pobreza dibujaba sus trazos entre los goces del silencio.

El tiempo solía ser cruel frente a las necesidades de cada uno porque nadie les regalaba nada; luchaban frente a enemigos que hablaban idiomas diferentes: la sequía, los gobiernos, la ignorancia, la facilidad para mentir, el menosprecio... La pampa parecía cubrirse con un tapete funerario que se extendía hacia el poniente sepultado por el hollín de los fogones.

Magdalena tenía varias hermanas que residían en un pueblo pequeño llamado San Jerónimo Sud. Ellas vivían en una casona con los padres Isabel San Piero y José Shalli, quienes habían venido de Italia con la finalidad de encontrar refugio y trabajo. En la Argentina habían logrado más de lo que esperaban: fortuna, un apellido ilustre, la manera de ocupar un lugar en una sociedad difícil con pocas oportunidades y muchos obstáculos. En esa casa vetusta destilaban el vino de la alegría turbados por la ambición, la opulencia y el sabor amargo de la abundancia.

José era un dictador, *deus ex machina*, de allí venía el genio de sus hijas; las facciones duras lo convertían en un caballero de temer, muy inteligente para los negocios pero demasiado soberbio con las personas del lugar. Con su esposa Isabel hablaban en italiano todo el tiempo, en especial cuando se enojaban entonces nadie entendía nada.

-¡Pietá!-gritaba Isabel cansada de los autoritarios modales de su esposo.

Ella tenía sesenta años pero parecía de noventa; su cara estaba delineada por surcos y contornos. Los vestidos largos con botones en la

delantera le daban el aspecto de una anciana sin retorno, con las cenizas de los años sobre su cabeza, sin esperanzas ni metas. Como si todo lo que hubiera deseado en la vida lo hubiera logrado. Sólo comía y dormía como los animales que igual son felices, porque vivía a contramano tratando de hacer escalas entre los diminutos duendes que habitaban en sus espejos.

Rosaura cubierta de encajes traídos de Florencia, agitaba sus piernitas que quedaban suspendidas en el aire. Entre los marcos ovals de los retratos había un acuerdo modelado por algún alfarero alucinado. La habitación era humilde pintada con cal, el piso de madera y las ventanas con postigones que se abrían al exterior y dejaban traspasar pequeños fragmentos de sol. El tío Agustín tocaba el acordeón en el patio trasero con el traje viejo y el olor a humo de los motores de las cosechadoras.

Magdalena, la mamá, era arbitraria como su padre; siempre daba órdenes. En ocasiones y ante posibles enemigos que se acercaban a la granja, Magdalena salía a la intemperie con una escopeta y tiraba tiros al aire para que los ladrones huyeran del distrito. Era brava igual que sus hermanas porque sabía que en épocas de hostilidades había que defenderse sola y hacer justicia por mano propia.

-¡Ellos o nosotros!-solía decir cuando Juan, su marido, la miraba como quien ve a un insano que no sabe qué camino tomar y elige el menos indicado.

-¡Miedoso, hombre tenía que ser!.

Juan Waner era una persona sumisa, un alemán de pocas palabras, que no intervenía en los asuntos cotidianos. Iba al campo en tiempos de cosechas y criaba la hacienda que era la suficiente como para vivir con dignidad. Sabía muy bien cómo retener las horas que se quedaban suspendidas cuando se

sentaba en su silla a mirar el horizonte con un mortero de palo en las manos. Nadie podía imaginar qué pensaba por esos años porque era muy introvertido; una persona resignada a una vida prestada, sin ambiciones ni egoísmos. Juan era bueno hasta la médula e incapaz de ofender o de preocupar a alguien de su familia, pero también era tan solitario que irritaba a Magdalena. Ella, en cambio, gritaba para ahuyentar la presencia desnuda de las penas que alborotaban los calderos, en las vertientes, frente al susurro germinal de las siestas.

-¡Es que si no te quejas parece que no te importa!.

-Mujer, no rezongues por lo que no tiene solución. No llueve... Ya sabes la naturaleza manda, si el gobierno no ayuda a los campesinos nada se puede hacer...

-Te resignas tan fácil.

-Ésta es nuestra vida y hay que aceptarla porque te lleva sola.

Magdalena era rebelde y no aceptaba la pobreza; quería progresar, arreglar la casa que estaba descolorida, colocar unas cañerías nuevas y comprar algún auto. En el patio trasero donde el tío Agustín tocaba el acordeón, Magdalena criaba gallinas y luego vendía los huevos en el pueblo. El dinero lo colocaba en un frasco de vidrio y lo enterraba en el piso de tierra del galpón de las herramientas, justo debajo de un carro de lechero. Ella tenía miedo que llegaran los ladrones a robarle el fruto de su sacrificio, ese pequeño aporte que no alcanzaba para nada porque no había tregua para el consumo diario. Había que remontar hasta la cima todos los días, sin parpadear, con el deseo de regresar del desengaño para hermanarse con el mundo.

Magdalena veía cómo vivían sus hermanas en San Jerónimo Sud. A la residencia llegaba el doctor Horacio Santos a atender a la mamá Isabel que era muy frágil de salud; ellas se peleaban para recibirlo y lo acosaban con el

anhelo vehemente de lograr su cariño. Él era demasiado perspicaz y suponía de antemano esos argumentos que le causaban gracia. No imaginaba rendirse ante los requerimientos amorosos de esas mujeres un tanto absurdas en el manejo de los sentimientos. Emancipadas y triunfantes parecían cobardes frente a la anacrónica prisa de quien las ignoraba y dejaba su modorra en esos patios y bajo el verde parral.

¿Por qué ellas viciaban con razonamientos fatuos las emociones y el amor?. Nadie entendía el porqué de esa conducta que las precipitaba a un retiro obligado. ¡Es que eran tan especiales!. Sagaces, calculadoras, ambiciosas y bonitas..., pero nada de eso alcanzaba para lograr la felicidad que las hermanas no tenían a pesar de los esfuerzos y el dinero. No sabían recorrer el camino del amor con sus etapas y sus pasos envejecidos por la sabiduría. El loco inventor de sueños le ocultaba el éxtasis que se consumía en el rubor de las candelas.

La gente de la población las conocía y ningún hombre se atrevía a acercarse a hablarles porque, seguramente, sería desestimado con un epíteto grotesco. Sólo tenían que presentar un renombre profesional: abogado, médico, arquitecto...

Para el bautismo de Rosaura eligieron a Isabel, hermana de Magdalena y muy diferente a todas. Ella era suave, dócil y cariñosa. Amaba a la niña como si fuera su propia hija; tenía deseos de protegerla porque, a pesar de ser un bebé, sentía que Rosaura se hallaba a la intemperie como si fuera huérfana. Es que Isabel veía a Magdalena fría y a Juan muy distante, eso le daba temor y, a veces, tenía la sensación de que debía suspender su matrimonio. Las manitas tibias alborotaban su sangre con besos cautivos que pedían asilo. El desgarró

tenía la aspereza del llanto que se internaba en los cimientos de la casa, en las chapas de zinc de su techo, entre los gorriones y la lana de las ovejas.

José, su novio, era comerciante y vivía en Marcos Juárez (Córdoba). Isabel tendría que alejarse, después de su boda, a esa ciudad para empezar una nueva vida. Su futuro esposo era un humilde vendedor de almacén que no ganaba dinero pero que sentía mucho amor por Isabel a pesar de que José Shalli, su suegro, no lo aceptaba:

-¡Otro pobre en la familia!. ¡Qué destino!. Para eso las eduqué con tanto sacrificio. Si sabía me quedaba en Italia.

José soportaba los improperios de su suegro con altura; era un hombre muy culto e inteligente. Con el correr de los años, seguramente, podría demostrarle a toda la familia que estaban equivocados porque llegaría a cielo arriba con azotes y sin pecados.

-Al hombre hay que amarlo por sus sentimientos y por su mundo interior, no importa el dinero o el apellido.-decía Isabel frente a las hermanas que pensaban diferente.

En esa iglesia, construida con barro reforzado, moldeada en forma de ladrillo y secada al sol, desprovista de todo hasta del mismo Dios crucificado, Rosaura recibió los primeros sacramentos. Su madrina le regaló un vestido hecho con calados y lazadas, blanco, con una capa de tafetán con trencillas e hilos dorados y le compró también alhajas de oro para que la pequeña luciera ese día. El incensario reavivaba el perfume de las velas que se empolvaban con el furor de la gracia.

Magdalena quería mucho a Isabel y a su futuro esposo pero no realizó fiesta después de la ceremonia porque decía que la casa no estaba en condiciones para realizar agasajos.

-No importa, yo entiendo.-dijo Isabel con un gesto de compasión que

irritó a Magdalena que no quería que nadie le tuviera lástima y menos alguien que, obviamente, iba a correr la misma suerte que ella.

Sin embargo, José Shalli e Isabel, los abuelos, llegaron a la granja en un automóvil Nash (1919), con capota negra y cuatro puertas, amplio y ostentoso, con las hijas arrogantes y la pompa de su poderío. Don José vestía saco de casimir color gris, pañuelo de seda a cuadros, botines de becerro y espuelas peruanas; llevaba una pipa en un estuche de pana bordó con sus iniciales bordadas y anillo de oro. Juan los miró, desde lejos, entre los cardos, y supo que la tranquilidad estaba en peligro pues el hombre de negocios no dejaba de mostrarse molesto y hasta incómodo en la modesta casa. Juan Waner se ofendía muchísimo y hasta llegó a despreciarlo más de una vez pero jamás lo mencionó porque era muy respetuoso. No quería herir a nadie, ésa era su premisa aunque un batallón de energúmenos le pasara por encima. Se quedaba bajo la arboleda como un pájaro amodorrado, con el defecto de ser un hombre sin huellas en un desierto que lo castigaba por la espalda.

-Mira qué ocurrencia... venir...-dijo Magdalena completamente furiosa ante la llegada intempestiva de su refinada familia.

-Hija, felicidades.

-Gracias, pero no tenían que molestarse. Yo...

-Nada. Dile a tu marido que se apure con los negocios que se le viene la noche.-dijo José Shalli con ironía.

-Papá, usted no se preocupe, esto es lo que yo elegí...

-¡Sin mi consentimiento!.

-Bueno, cálmese-dijo Magdalena con un miedo terrible de que Juan escuchara la conversación. Él, detrás de la puerta, ya había oído esas palabras que le provocaron un intenso dolor en el pecho.

Juan se consideraba condenado a la discriminación por un suegro que también había comenzado de la nada; sin embargo, no conservaba un poco de

humildad frente a quienes no tenían el mismo talento o capacidad para superarse en corto tiempo. Él se encerraba en ciertos mandatos institucionales, estaba subordinado a pautas establecidas y rígidas que se inclinaban hacia conductas generales. El dinero era el principio y el fin de todo contenido y la vida giraba alrededor del éxito económico. Con esos ejemplos educó a sus hijas que eran su espejo porque no conocían otra forma de relacionarse con los demás; eran exigentes y materialistas, testigos y protagonistas de un presente que no admitía un futuro de carencias. Ellas, en el fondo, lo sabían por eso se rebelaban, por la furia que les ocasionaba no poder ver más allá. Estaban obligadas al triunfo de las ideas que edificaban en falta con la realidad. En el espacio sideral eran solamente minúsculas partículas de suelo estéril.

A Magdalena no le importaba tanto el dinero, pero sí había heredado el carácter de su padre. Estaba consagrada a un marido ausente que remarcaba la pobreza y que no hacía nada para salir de ella y a una hija que amaba mucho, a pesar de que no sabía cómo demostrárselo porque dentro de su alma se libraban demasiadas batallas. El polvo cuarteado y desértico de un territorio lacerado por una naturaleza que tenía la última palabra, le decía que estaba condenada a la muerte de sus sueños.

Juan, después de haber escuchado las palabras de José Shalli, se recluyó en el galpón donde guardaba el tractor viejo de su abuelo y se quedó allí hasta el anochecer. A unos diez metros y como dibujando un patio de tierra pisoteado por las gallinas, que quedaba entre los naranjos y el palenque, había un rancho envuelto en un pajar. En su interior, se hallaba una cama armada con un recado y varias llantas de galeras dispersas a modo de sillares. A menudo, encendía el brasero y recordaba las recomendaciones de Magdalena:

-¡Te vas a morir asfixiado!. La combustión incompleta del carbón forma un gas tóxico.

A Juan lo encontró su hermano Bernardo que venía cortando camino por el medio del campo con cinco perros y una rama que utilizaba para abrir paso entre los sembrados. El hombre era un verdadero baquiano que conocía a la perfección las leguas de llanura, bosques y cultivos. Lo encontró tapado con un poncho.

-A la soja se la están comiendo los bichos.-dijo removiendo la tierra que parecía polvo fino.

-Y bueno...

-No llueve; el año pasado para esta época ya habían caído noventa milímetros.

-Y bueno...-volvió a decir Juan totalmente ausente, sin ganas de hablar de nada.

El aire parecía dormido en esa temporada de sequía que amenazaba a los animales a la postración completa; estaban flacos y desmejorados. El estío venusto gritaba su porfía.

Bernardo no se daba cuenta de los conflictos interiores de su hermano porque él era distinto; le importaban las historias de mujeres pero no tenía con quien abordar esos temas, también le interesaba el campo, guardar el dinero de las cosechas y no gastarlo en nada. Soñaba con las pepitas de oro que algunos conquistadores encontraban en los arenales. Vivía al límite de la indigencia total. Bernardo era de esos campesinos que cuando morían, de viejos y enfermos, dejaban fortunas debajo de los colchones, detrás de los mosaicos, bajo las raíces de algún árbol... Billetes que, obviamente, ya no servían y que nadie los encontraba hasta después de diez o quince años. Era un hombre subterráneo, de huesos amarillos, que actuaba como un juez frente a la presencia de la inseguridad. Parecía saberlo todo debajo de esa figura sellada

por la rigidez de sus palabras.

Juan no se parecía mucho a él; sin embargo, había algo que los unía: el amor por la tierra, arañar el surco hasta quedarse rendido, no alejarse jamás de su predio ni para ir de vacaciones. Ese tema no se tocaba en la familia. Tenían que vivir para el campo, revisando papeles y haciendo cálculos de la mañana a la noche, con el lápiz detrás de la oreja intentando buscar el disfrute en un mate y en un buen asado. Ellos flotaban entre las raíces y el lodo, tratando de desmembrar la sabiduría que los devoraba como un monstruo porque sabían manejar los espacios.

Los chacareros no se quejaban porque estaban acostumbrados a una existencia sin sorpresas, igual cada jornada. Debían esculpir bajo ese semillero de la nada una posición sólida. Para los demás, eran esclavos de la propiedad a la que le debían respeto y cuidados diarios, sin feriados ni fiestas navideñas. Nadie les simplificaba las cosas y el gobierno los torturaba, desde tiempos inmemoriales, con impuestos que no justificaban las ganancias. Pero igual era inútil rivalizar con ellos porque se aferraban al suelo que los vio nacer, con las garras propias de quien está dispuesto a dar la vida por lo que ama, a morir de hambre por defender el honor y a venerar la sangre de los ancestros.

Magdalena y Juan luchaban de igual manera por un lugar que estaban construyendo con el esfuerzo y la disciplina de ella y con la tranquilidad de él que entendía, en el fondo, el verdadero concepto de una realidad que podía modificarse. Tal vez, no sabía cómo hacerlo y por eso se abandonaba a la desesperanza. Sólo Juan decidía si quería contestar esos interrogantes. Para él, la atmósfera le pedía un luto cubierto por una estela de humo que lo adormecía, bajo esa hojarasca de los hados, dejando sus sentidos embriagados.

II

Rosaura guardó el barquito de papel que le regaló el tío Agustín en una revista de Magdalena sobre plantas, cultivos y semillas. “*A los arbustos rosáceos de tallos ramosos, con aguijones, hojas compuestas y flores terminales se los llama rosales*”, decía un artículo que la niña observaba detenidamente mirando las imágenes porque no sabía leer. Es que recién había cumplido tres años. Ella se escapaba hacia el patio trasero para escuchar cómo el tío Agustín tocaba el acordeón sentado en una silla de tres patas; allí también se acurrucaba contra la pared, en el piso, vestido de marinerito con un gato en los brazos, su hermano Juan José de siete años. El niño, silencioso,

atrapaba la melodía con un gesto de vergüenza que lo empapaba de ternura.

El tío Agustín era obrero de la música pues parecía no tener empleo alguno, sólo criaba cerdos con postura de capataz en los fondos mientras hacía el inventario de sus bienes y efectos, pero lo que más le gustaba era el arte y los instrumentos de viento. Sin duda, era un bohemio escapado de alguna galera de mago. Una imagen insepulta de payador.

Rosaura tenía un triciclo deslucido que había heredado de alguien. Por las noches se paseaba por la vereda de ladrillos, sola en la oscuridad, y se detenía a mirar el cielo. La Cruz del Sur parecía suspendida sobre los campos. Magdalena le había contado, con sueños de evangelización, que cada una de las estrellas que brillaban era una persona que había fallecido, que se hallaban en una especie de faja de luz blanca y difusa que atravesaba casi toda la esfera celeste, de Norte a Sur, y que nos miraban, tal vez, con los ojos vidriosos y el alma carente de afecto. Eran astros con vida que sentían el peso del llanto en la vastedad del tiempo.

La niña rubia quería saber cómo los espíritus huían de los cuerpos y podían ascender a grandes alturas sólo para observar los pasos de los seres amados. Ella no entendía de religiones pero llevaba una medallita muy pequeña de la Virgen de Luján. La estampa la acercaba al secreto de la fe con una ilusión casi desgarradora.

-¡Rosaura ven acá!-le gritaba Magdalena.

-Trátala con más dulzura, no ves que es pequeña.-le contestaba Juan con un hilo de voz.

Juan José era muy apegado a su madre, aunque parecía algo díscolo como Juan. Casi no hablaba y se iba al campo a cazar palomas y liebres; en los terrenos lindantes, frente a los cercos de cinacina, pastaban las vacas y él las observaba, pero esos animales le producían pensamientos melancólicos. Tal vez, estaba celoso de Rosaura porque atraía toda la atención; sin embargo,

Magdalena no la protegía tanto. Seguramente, la amaba pero se mostraba distante con la niña que no pedía nada porque, con sus tres años, ya se daba cuenta de que no debía esperar mucho de su madre. La veía obsesionada, como si arañara una ilusión con perfume a incienso y a hojas de retamas.

Magdalena ejercía la autoridad moral y no escuchaba consejos porque se sentía superior; era una persona omnipotente que creía que todo lo hacía bien y despertaba rencores en los demás. Era dispersa, nerviosa, fría... Su familia la consideraba demasiado autoritaria; en definitiva, era como su padre José Shalli. Lo que nadie podía explicar era el hecho de haberse casado con un hombre manso y sin doctrinas. Juan vivía fracturado por la obligación y la timidez, con un destino indisoluble.

-Voy a hacer un guiso de lentejas con panceta y morcillas.

-¡Otra vez!.

-Déjame en paz.

-El médico te dijo que trates de comer liviano por el hígado-comentó Juan cansado de las descomposturas de Magdalena.

Ella se ponía a preparar la cena sin escuchar, como era su costumbre, los reclamos de su esposo que ya no sabía qué hacer con la terquedad de Magdalena. Por momentos pensaba qué los unía en el matrimonio, por otros sentía que nada los separaba. Estaban acostumbrados a estar juntos sin esperar respuestas, con la pálida alegría de las presencias y la seguridad de pisar suelo firme.

“El amor crece con los años y cada uno ejerce la custodia del otro, sin presiones y con todos los riesgos”, pensó Juan con la mirada extraviada entre las matas porque veía que algo se movía... Era Juan José que había construido, en la maleza, una especie de huta para aguardar a las liebres que pasaban por el camino y echarle los perros.

Su padre, al verlo alborotar los pastizales, comenzó a reírse pues le

daba gracia la ocurrencia de aquella “cosa” que removía la tierra.

-Que sea feliz.-dijo como si en la casa se librara la guerra contra la esclavitud.

Como viento que gira en grandes círculos y a modo de torbellino, se acercaba José Shalli e Isabel. Venían por el camino polvoriento barrido por el fuego de los payadores y por el juramento de los chacareros. Los abuelos llegaban a desbaratar la paz con una palabra, con todos los esquemas establecidos y una sola identidad.

-¡Están de vuelta!-dijo Magdalena enojada desde la cocina entre las verduras y legumbres, con las manos húmedas y el delantal a medio camino.

Juan escapó por la puerta de atrás porque no soportaba las ínfulas de su suegro que lo hostigaba con sus ojos. Se sentía desnudo cuando esa mirada se posaba en su cuerpo.

-Cuándo voy a llegar a una fonda lujosa.

-Nunca, papá, deje de atormentarme, quiere...

-¿Hay que pagar para estar de huésped?.

-Por favor. ¿Qué necesitan?.

Rosaura corrió a subirse a la falda de su abuela Isabel como tratando de buscar abrigo en ese cuerpo embriagador. Era bueno tener un refugio con la pureza y la figura agigantada de una madre.

La hornacina ardía con su fuego igual que el corazón de Magdalena que estaba a punto de estallar de ira ante los gestos de su padre. Esa voz entonaba las sílabas de manera brusca y catedrática.

-Vamos a llevar a Rosaura al pueblo para que se alimente bien.

-Esto es el colmo del absurdo. La niña se queda con sus padres. ¡A quién se le puede ocurrir!.

-No ves que está temblando.-dijo Isabel que sostenía a Rosaura acurrucada en su regazo.

-¡Se queda acá!-gritó Magdalena harta de soportar a su padre y su manera despectiva de tratar a su familia.

Rosaura miraba a Magdalena como quien ve a una santa a punto de ser ultrajada porque la amaba muchísimo. La veía defender su dignidad con el poder de una soberana dueña de sus propias leyes.

-Hola... cómo le va, abuelo-dijo una voz desde la puerta.

Era Juan José que se acercó al dintel con tres palomas y una liebre muerta que arrastraba por las orejas.

-¡Un conejo!-dijo Rosaura.

-Vete para el galpón con esas porquerías y con la tierra que traes...

Entre las herramientas oxidadas, tembloroso y descolocado, Juan José encontró a su padre.

-¿Le tiene miedo al abuelo?-le preguntó el niño.

-No, hijo, es que tenemos diferentes pensamientos. Él es un hombre muy rico.

-Y eso que tiene que ver.

-Bueno, no acepta nuestra manera de vivir.

-No le haga caso, papá. El abuelo José no sabe lo que se pierde...

Juan sonrió con cierta tristeza pues había algo en él que lo retrasaba, como si en vez de avanzar retrocediera en el tiempo. Era un impedimento psicológico que lo sumergía en una cisterna y que le oprimía el pecho, un vacío existencial que lo aquietaba hasta dejarlo inmovilizado. Ni Magdalena que era de carácter fuerte podía estimular su falta de pasión. Es que estaba resignado a una vida en contienda con su propio yo al que sí necesitaba resucitar porque se hallaba medio muerto por los avatares del destino. Juan pensaba que debía hacerle frente a José Shalli porque no tenía razón pero sus palabras y los gritos del anciano lo amedrentaban, entonces huía para no escucharlo hablar necedades. Prefería estar entre los gorgojos y el olvido,

quemado con el fuego de su locura, pero jamás ofenderlo.

A Juan, a veces, la arritmia le jugaba una mala pasada. Es que estaba demasiado expuesto, parecía que no le importaba su decadencia económica; sin embargo, el sufrimiento lo llevaba por dentro como un nudo que le oprimía las arterias. No podía ser libre y esa angustiosa situación lo enmudecía con la soledad de la resignación.

Los abuelos se fueron sin haber logrado llevarse a Rosaura a quien veían como una especie de niña sudafricana y huérfana, mal alimentada y sin ropa. Pero no era así. Magdalena se desvivía por cocinar lo mejor o lo que más le gustaba a ella, tejía mucho y Rosaura tenía también vestidos costosos y de buen gusto que le regalaba su madrina Isabel. Era una niña fina en medio del terreno agreste, con el alma ebria de tanto beber lágrimas.

El tío Agustín, quien era un artista, se encargaba de darle educación antes de que le tocara ingresar al colegio. La pequeña Rosaura ya sabía las letras y los números de memoria, escribía el nombre e intentaba leer junto al fogaril en las noches de invierno cuando la vida estaba hecha de colores.

El 12 de octubre de 1928, Irigoyen prestó por segunda vez el juramento constitucional. Llegaba nuevamente a la presidencia, pero las circunstancias no eran las mismas del año 1916.

Su salud estaba quebrantada; su partido se había dividido. La crisis mundial se insinuaba ya con evidencia.

El descontento sucedió rápidamente al entusiasmo inicial. La oposición comenzó a organizarse; se acusaba al presidente de descuidar la administración pública y de dilatar la solución de los problemas más urgentes; a sus colaboradores de mantenerlo “rodeado” y al margen de la realidad

política del país.

“Cuando un pueblo tiene personalidad propia y un alma nacional formada por el conjunto de sus tradiciones históricas, y permanece unido por ideales comunes, costumbres e idioma, constituye una verdadera Nación.”

En la hacienda de campo, cercada, con la casa de labor y los establos respectivos, Magdalena estaba esperando un bebé. Juan seguía escapando hacia el granero para observar las plantas gramíneas con espigas y semillas molidas y también para no escuchar al abuelo José. Se sentía preso y alborotado en una jaula, con las alas maltrechas, y cansado de tanto golpear las rejas.

Rosaura se hallaba feliz con la llegada del hermanito a quien veía como un muñeco para jugar, pero ya le tocaba ir al colegio. El hecho de sentarse en los bancos de las aulas de la escuela 230 Paula Albarracín le daba mucha ansiedad y emoción; aunque entendía que al principio se aburriría mucho porque ella ya sabía leer y escribir. El tío Agustín le había enseñado; Magdalena se lo agradecía de corazón. Había descubierto a un hermano dispuesto a colaborar, noble, un ejemplo de rectitud como lo era Juan, su esposo.

Los útiles que Rosaura tuvo que llevar el primer día de clases fueron los justos y necesarios, pero también los de mejor calidad. Magdalena no quería que su padre hiciera un solo comentario, por eso para estas ocasiones buscaba el dinero que tenía enterrado bajo las chapas del galpón. Ella sabía que había que darle importancia a la educación, aunque el destino le indicara que tenía que dejar sus huesos cautivos entre la vegetación y los trinos.

El tío se subió al sulky y acercó al colegio a Juan José y a Rosaura; les

dijo que se portaran bien, que el más grande cuidara del más chico y que a la salida volvería a buscarlos, pero, al pasar las horas, quien se presentó frente al instituto en su automóvil Nash fue José Shalli. El abuelo, altanero como pocos, pensó en tener un buen gesto despojado de toda soberbia. No le salía bien.

-Vengo a llevar a los niños para la casa.

-Padre, con todo el respeto, yo he venido a recogerlos-dijo Agustín alterado porque sería reprendido por Magdalena sino cumplía con lo acordado.

-Eres necio.

-Padre, no me obligue...

-Eres un inepto que no te sabes ganar la vida, no hables con derechos porque no los tienes. Yo soy el abuelo y merezco disfrutar de mis nietos.

-Magdalena no quiere que los niños se acostumbren a una vida que ella no les puede dar. A Juan José y a Rosaura no les falta nada, comprenda...

-Abuelo.-dijo Juan José.-Otro día lo voy a visitar pero ahora tenemos que volver al campo porque mamá se va a preocupar.

El tío los tomó de la mano y en silencio se subieron al sulky para regresar a la granja. José Shalli tuvo que guardarse el orgullo y sus discursos cristianos para otro momento. Su hija ya era una mujer que tenía dominio y poder. De qué se quejaba si él la había educado así; solamente, a su criterio, se había equivocado en la elección del marido a quien consideraba un blando portador de cansancio.

A José le quedaron cicatrices en el alma después de haber discutido con su hijo varón; el seminario en vez de acercarlo a sus raíces lo había alejado más y lo había convertido, para él, en un hombre sensitivo, con poco entendimiento y nada de sensatez. A Agustín no le gustaba la conducta de su padre pero trataba de respetarlo con sus imperfecciones y sus juicios poco

equitativos. Nada resultaba más antagónico que amar ejerciendo presión, manipulando voluntades y obligando a criaturas a decidir sobre situaciones basadas en conflictos familiares que arrastraban años de litigios. ¿Por qué nadie lo entendía?.

José Shalli era el jefe de una dinastía que todavía tenía adeptos pero que debía cuidar para que no lo traicionaran; las mujeres que vivían en su casa le calmaban los dolores porque lo apoyaban demasiado. Él se había encargado de cultivar los ánimos como si profesara una secta de fanáticos e intransigentes. Don José debía estar contento con su historia y demostrar la fragilidad del ser humano con todo lo bueno y lo malo para poder lograr el verdadero sentido de la existencia.

Rosaura sabía que debía obedecer a su madre; por una extraña razón entendía que así tenía que ser. No se sublevaba porque la amaba. Magdalena gobernaba esas tierras con el poder de un hombre y la convicción de que las mujeres debían hacerse valer y ser respetadas ante el machismo y la autoridad masculina. Le hubiera gustado labrar el suelo para sacarle el máximo de provecho, juntar los frutos de la cosecha con sus propias manos, tener el dinero suficiente para que su padre no pudiera hablar..., pero estaba allí, embarazada, a punto de dar a luz, con la esperanza puesta en el hijo por venir y en el drama de no cruzar una mirada con José Shalli que, seguramente, le diría:

-¡Otro hijo más!.

Frente al farolito de puerto pasaba las noches tejiendo junto con Rosaura que hacía los deberes sobre la mesa de nogal. Los perros ladraban y ellas se sobresaltaban... Magdalena tomaba la escopeta que tenía escondida detrás de la puerta con la ristra de ajos y tiraba tiros al aire. Seguramente, algún gato trepaba por los naranjos para huir de los animales que dormitaban en la portada. La oscuridad era la antesala de las tragedias; sin embargo, Juan

dormía sin imaginar que su esposa tenía tanto miedo. Ese cuerpo guerreaba con la vida, con un carácter fuerte y obcecado, con la rutina en un lugar que parecía sepultado por las décadas. Tenía terror a un fin inesperado como si tuviera conocimiento de la cercanía de la muerte que siempre, y bajo toda circunstancia, es absurda porque es la negación de la vida. Si hubiera cambiado su actitud, esa paranoia que le hacía tanto mal, hubiera podido disfrutar de las bendiciones de una existencia rica a pesar de los apremios económicos. Magdalena no vivía en armonía por estar a la defensiva pensando qué dirían los demás de sus hábitos y de su entorno. Esas personas que creían ser mejores no eran más que oligarcas venidos a menos, amigos de su padre, jueces de memoria oscura y de presentes opacados por la patética maraña de la codicia.

-Ayer vimos al abuelo enfrente del colegio-dijo Juan José entusiasmado.

-¿Dónde?.

-Estaba parado en el adoquinado con el bastón y las llaves de ese fabuloso auto en las manos.

-¡Será posible!-dijo Magdalena tratando de hacer una pausa para tomar aire.

-¿Quién?-preguntó una voz poco fluida.

-El abuelo, papá.

-Ese hombre tiene un interés poco normal e intenta provocar inestabilidad emocional en todos nosotros. Tiene una forma de vivir excéntrica y quiere transformar nuestra realidad a sus propias necesidades. Es una persona egoísta y nunca deja de arrojar veneno para alterar los ánimos, luego se va, tranquilo, pisando firme, como si nada hubiera pasado.

-No es tan así. Tú porque eres demasiado susceptible y te sientes agredido. ¿Por qué no le haces frente y le acomodas los puntos en su lugar?.

-Porque lo respeto por su edad y por su talento para lograr las metas que se propuso.

Rosaura seguía mirando la luna llena por la ventana y las ochenta y ocho constelaciones en la Vía Láctea: Quilla, Centauro, Orión, Lira, Cochero, Boyero, Erídano, Cruz del Sur, Virgen...; pensaba que todavía no conocía a nadie que se haya muerto para sentir, en su cuerpo, los ojos del amor. No entendía la pelea de sus padres, pero tampoco los escuchaba demasiado. Ella quería mucho al abuelito de retorcidos bigotes porque era muy protector y solía contar cuentos que la divertían muchísimo. En la inocencia no hay lugar para conjeturas porque el alma no sabe de malentendidos.

¿Para qué tantas preguntas?. ¿Qué complicados que son los mayores?. Mientras continuaba la discusión, ella se recluía en el cuarto donde había una caja con la ropa del bebé: unos baberos de linón bordados en punto sombra, un ponchito con motas, batitas y toallas. Sacaba todo de su lugar y luego lo volvía a acomodar con prolijidad. Miraba el techo y las paredes desteñidas y sentía escalofríos, miedo a una oscuridad completa y a esas verdades que no se podían modificar: la cadena humana, ese eslabón que se cortaba con un ruido seco de hierros, el dolor que no conocía todavía y el perfume como una bocanada de humo que entraba por las grietas.

-Mamá, mamá...-dijo llorando.-Una estrella entró a la habitación y me miró de cerca, vino a pedirme el amor que yo no le doy.

-Niña, deja las fantasías, no sientas culpa porque eres muy pequeña. Todavía no sabes nada de la vida.

-Tú sí sabes, cuéntame...

-Eres mi única hija-contestó Magdalena con cierto aire de madre controladora y absorbente.

III

Nació Santiago con un destino marcado. El niño parecía Moisés dentro de la cesta embetunada y frente a los peligros del Nilo. Juan sintió que la vida estaba delante de sus ojos y recobró la alegría que siempre le faltaba porque se abría un nuevo horizonte, un estímulo para continuar trabajando para la historia en esos campos repletos de añiles y de carromatos. Bajo la piel de ese hombre estaba latente el don de la bienaventuranza de los seres augustos y la comunión del amor frente a la caricia de pueblo.

Rememoró después, en el camino de regreso a casa, la emoción que sentía su padre frente a la tierra cuando hablaba de los trenes de carga, de las cremerías y de las fábricas de queso. Don Julio le contaba de los barcos que cargaban la cosecha de arroz y de lino frente a las huellas de los gauchos y al asombro de quienes escuchaban los relatos. A Juan esos recuerdos lo entristecían a punto de dejarlo inerte frente a la melancolía: ese disgusto por la existencia vacía. Quizá él no podía superar la muerte de su padre y se quedaba detenido en ese tiempo sin poder hacer frente a la rutina de los días, pero hoy su voz latía de una manera diferente. Había encontrado un romance que lo hacía vibrar en la piel de un bebé.

El comercio adquirió más notoriedad con la llegada del ferrocarril. Las “barracas” acopiaban cueros, lanas y los frutos del país. Los paisanos se mezclaban, en el diario trajinar, con los hojalateros, con los trenzadores criollos que en los ranchos fabricaban lazos, bozales, maneas..., con los sombrereros, con los tipógrafos y las modistas.

Magdalena recibió regalos de sus hermanas y de sus padres: un cubre moisés de piqué bordado en punto París, sabanitas de batista, fundas regulares, camperas tejidas con ochos y una funda para bolsa de agua de plumetí. Estaba feliz con la llegada de Santiaguito a quien veía como un ángel, símbolo de la fertilidad y de los buenos augurios. Sus manos pletóricas de amor abrazaban la fragilidad de esa llama con el dulzor de su lenguaje.

-¡Qué rubio es!

-Pues, es alemán como su padre.

El bebé parecía un mirlo, movía la boca con intenciones de repetir sonidos. Agustín llamó al párroco del pueblo para que oficiara el rito de la liturgia católica. Magdalena con un misal en las manos, como una sierva de Dios, quería, por un extraño presentimiento, bendecir a Santiago para que esté protegido de algún poder sobrenatural. Escuchaba merodear una especie de danza que llegaba con la tristeza de una lágrima. El prelado recogió las hostias y las redomas.

Magdalena miraba el mundo a través de una ojiva enorme que se iba achicando por el miedo. Ella era demasiado fuerte pero se sentía desprotegida; su esposo no tenía carácter y eso la debilitaba y la dejaba atrapada en un sitio sin fronteras. No tenía en quien apoyarse... Se veía niña con una familia sobre los hombros para alimentar, cuidar y educar. ¡Era demasiado!. Esos ojos rubios la delataban, pero con un grito evadía las

preocupaciones porque no le quedaba otra salida.

Por el camino a la granja, con Santiago en brazos, miró la soledad del campo y se le llenaron los ojos de lágrimas. Un hálito de lirios invadió los aromas. El silencio le atravesó la piel con un golpe certero que la emocionó mucho a pesar de los rezongos de José Shalli, quien la llevaba en el auto.

El sol maduraba en los trigales con su himno de primavera. Era agrídulce la sonrisa de Magdalena que se desdibujaba al escuchar los comentarios de su padre:

-Ese niño se puede enfermar por los fríos del invierno. En verano, debes hidratarlo. No lo cargues de ropa.

-Yo...-dijo Magdalena aburrida de tantos consejos. Se consideraba “vieja” para ser manipulada por un padre que tenía el mismo carácter que ella. Era obvio, que iban a pelear siempre porque eran incompatibles. Magdalena ya no aceptaba una palabra más.

En la intimidad del cuarto en sombras y frente a la cuna, ella sintió un escalofrío pero Santiaguito se reía tanto que la dejó sorda. Rosaura quería cambiarlo, Juan José lo miraba de lejos y Juan Waner ya tenía la comida preparada: pollo con legumbres y aceite de oliva. Estaba contento por primera vez en su vida por eso no entendía de dialectos raros y sentimientos escondidos porque él era muy transparente. Observaba los rubores del bebé que le parecía desvelado, tal vez, acongojado.

Rosaura se subió a sus rodillas para sentir el abrigo de unos brazos en una casa que ahora, con la llegada del Santiago, se tornaba diferente porque había más bulla, menos silencio para hacer las tareas escolares y muchos pañales para lavar que parecían primates en la soga del patio. El cielo se abría inspirador para albergar la perfección del amor.

-Yo no voy a comer-dijo Juan José, pálido, con el ceño fruncido.

-Por qué, no le hagas la vida difícil a tu madre que ahora tiene más

trabajo.

-Me siento enfermo. Me voy a la cama.

Juan José tenía fiebre y le dolía el estómago. Magdalena, inmersa en el caos, envió al tío Agustín en el sulky a buscar al doctor Santos. En el camino lo sorprendió la lluvia y pensó que ya no existirían pócimas para su resfrío. Los ruidos del pueblo se acercaban con olor a barro y a salsa de tomates con zanahorias ralladas. El médico se abrigó, tomó su paraguas y subió al sulky que parecía una calesa destruida por algún huracán. Por el camino arañando la borrasca, esos hombres parecían acallados por el espanto, jinetes que galopaban en busca del trueno, humildes estatuas de lodo...

“¡Qué vida!”, pensó con un gesto de hombre acostumbrado a los desafíos por su vocación de servicio.

En la casa, todos parecían estar en presencia de los deudos y frente a las ruinas de un funeral. Cuando el doctor Santos examinó a Juan José se dio cuenta de que tenía inflamación en los intestinos, producto de alguna comida que le produjo alergia o por algún acontecimiento que lo conmocionó tanto a tal punto de debilitarle las defensas. Le dio unos antibióticos que el tío Agustín compró cuando llevó de regreso al pueblo al médico que parecía un emú por su cabeza desnuda y mojada. El doctor era un amigo de la familia que se entregaba a su vocación con la humanidad de un gran profesional.

-Gracias por el sacrificio.

-Es mi deber. Le digo algo si me lo permite: cuiden a ese niño porque es muy sensible.

Seguramente, Juan José habría sentido celos por la llegada de Santiaguito. Él era muy retraído y el hecho de no poder manifestar sus sentimientos lo paralizaba, se guardaba todo para sí y luego estallaba con una enfermedad psicosomática. Magdalena no entendía nada de psicología y lo retó mucho:

-Tendrías que estar ayudando a tu madre en vez de imitar los actos de un bebé. ¡Será posible!. Sola con todo.

Juan escuchó esos comentarios y volvió a esconderse en su caparazón. “Yo no existo para ella”, pensó.

¿Por qué Juan Waner no tomaba las riendas de su hogar?. ¿Era una situación cómoda para él no asumir responsabilidades porque sabía que había otra persona más capacitada que podía enfrentarlas?.

Lo cierto era que existía un pasado que estaba en primer plano y que se manifestaba como un impedimento poco sanador que removía situaciones disociadas. Todo era más fácil, pero él lo complicaba sin medir las consecuencias porque decía que así era su carácter. Era una manera de convencerse de que tenía una esposa que, por su omnipotencia, no quería ni necesitaba ayuda; sin embargo, el tío Agustín estaba allí para ofrecer sus servicios por casa y comida. El tanguero, enredado en el tedio de los guapos, podía penar en algún arrabal pero jamás se negaba a ser solidario.

Al otro día Bernardo, el hermano de Juan, se acercó a la granja con su media docena de perros para ver a Santiago que, desde la cuna, le sonreía como si ese rostro le diera muchísima gracia. Con el aleteo de sus manos quería alcanzar el rostro que le hablaba como si fuera un niño tonto.

-¡Varón tenías que ser!. ¡Al campo hay que llevarlo...!-gritaba Bernardo que era un poco rústico para demostrar los sentimientos.

Bernardo era soltero porque todavía no había encontrado alguna dama que tuviera dinero. Él era muy materialista y sólo le interesaban las candidatas con varias hectáreas de campo; seguramente, para que pudiera mantenerse sola porque Bernardo no gastaba un peso. En su altar de bolsas y cartones, guardaba el tesoro que iluminaba su camino con la porfía, la lucha desigual y la tranquilidad de tener los bolsillos llenos.

-¡Bah!-rezongaba. Parecía molestarle todo lo que lo rodeaba y siempre

se hallaba disconforme.

-¡Cuándo te vas a casar, hombre!. Eres medio “cantimpla”.-le dijo Juan.

-¡Bah!

-Es mejor estar acompañado en la vida, tener a alguien con quien compartir los momentos.

-Bueno, me voy...-dijo bruscamente y salió como disparado de la cocina templada. Iba quejándose y murmurando bajo la llovizna:

-Está chispeando...

La familia se reía de sus ocurrencias porque era un personaje algo grotesco que los divertía mucho. Bernardo tenía un gran corazón. Quería a Rosaura y a Juan José como si fueran sus hijos pero frente a ellos se mostraba hosco, rudo y sin sentimientos. Era un hombre implacable con la inquietud del aburrido y la ansiedad del que espera una utopía.

-El tío es bueno, ¿no?-dijo Rosaura con una risita graciosa.

-Claro, porque nos trae tomates de la quinta-contestó Juan José.

Seis meses después, los conjuros merodeaban el ámbito de esa chacra. Acechaba la envidia por aquellos años entre paisanos que si bien no tenían grandes riquezas poseían lo que no se logra con dinero: la dicha. Magdalena y Juan eran afortunados con sus limitaciones y sus logros, de hecho no eran ricos; sin embargo, los hechizos vagaban sin respiro por el circuito del cementerio, en las oscuridades de los matorrales y bajo la cuna de Santiago. Cuentan que se movía mucho la camita para que el niño llorara y se escuchaban pasos que alteraban el corazón en el piso de madera. Seguramente, algún chamán se sumergía en el sonido hipnótico de algún tambor. Nadie podía

creer en eso, ni en brujas ni en lechuzas que aleteaban como águilas entre el follaje ni en restos de huesos que se hacían polvo para espantar a los gualichos... Esos eran pensamientos de ignorantes, pero en la casa de ladrillos rojos con postigos en las ventanas ocurrían hechos extraños que, quizá, eran ocasionados por rivales de la comarca. Ellos se valían del poder del mal, del demonio y de otros espíritus para causar daño, adivinar y profetizar. Bramaba el viento entre las hojas con descarnado lamento de lejanía; asolaba la tristeza que se volvía crónica, un quebranto entre los muros, la cárcel de alambre.

Magdalena deslizaba un rosario de nácar entre sus manos de alabastro; no lloraba porque era fuerte, pero sentía que esa atrocidad quería doblegarla por completo. Hacía conjeturas sobre presuntos adversarios pero consideraba una locura culpar a personas inocentes. Ninguna magia podía destruir el futuro.

Un día, recibió una carta y supo de quién se trataba y de dónde venía aquella supuesta maldición. Ya no tuvo dudas. La hostigaban por haber tenido hijos varones. Comenzó entonces el peregrinaje por manosantas que practicaban hechizos y hacían viajes místicos, hombres con rostros peligrosos, farsantes con velas coronadas de hiedra, galenos y sacerdotes. El niño con su piel de oliva aquietaba sus alas frente a los sonidos. Hubo alguien que logró expulsar la brujería. ¡Qué absurdo!. Santiago se murió por descuido de los facultativos. Esa condena sin culpa se transformó en pena perpetua. El nido dejó sus plumones esparcidos...

Algunos de ellos, frente a la impotencia de los familiares, decían que el niño había sufrido lo que se llamaba “muerte en la cuna”. La desaparición inexplicable y repentina de un bebé sano, por lo general de seis meses, que se produce cuando la respiración se interrumpe sin razón. Se cree que son factores de riesgo la temperatura de la habitación, la infección viral repentina, la ropa de cama muy caliente o la posición en que duerme el lactante.

El destino agitó sus alas en el verdadero caos. El pequeño se fue sin

darse cuenta; ya no habría crucifijos, ristra de ajos, agua bendita detrás de las puertas porque la medicina había fracasado.

El vagabundo que merodeaba los senderos se fue despacio detrás del funeral con el cuerpo lleno de victoria y en el pajonal pudo hundir su risa de murciélago, aplacar la sed de venganza y delirar hasta volverse loco.

Nada conformaba a Magdalena; sentía que estaba perdiendo la capacidad de comprender y razonar porque su conducta le decía que no existía experiencia o aprendizaje ante los sentimientos humanos primarios: el instinto maternal. Ese amor vivía en el alma como razón del ser.

Era evidente, que esos hombres querían alterar sus principios y actitudes; intentaban buscar una respuesta a lo indescifrable porque las magias ya no existían y los conjuros eran sólo simulacros de locura y envidia que caían luego en la misma fuente. Como aquellas mujeres que practicaban sus actividades esotéricas en el siglo XVII; fueron ejecutadas muchísimas personas, en la mayoría ancianas, por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Nueva España.

Los padres y hermanos no tenían consuelo ante la pérdida de Santiago, pero estaban obligados a continuar y trazar sendas para los que vendrían, más tarde, a ocupar sus puestos. Los surcos imploraban la atención fecunda de esas manos en el fondo mismo de los cuartos. Nadie quería enfrentarse con la rutina porque se sentían egoístas. El niño germinaba en las corolas, en los retablos, entre las favas en busca del néctar, cuando las parleras charatas suspendían sus estridentes cantos que se convertían en susurros de inquietud.

Rosaura buscó abrigo en las estrellas con su paseo en triciclo por la vereda. Ahora sí tenía alguien que le pedía amor desde las alturas y que la estaría observando toda la vida. Levantó la vista hacia el astro más brillante que parecía titilar y dijo:

-Allá estás. Sabes, me siento sola sin ti. Como sé que me estás mirando

te regalo este beso.-extendió el brazo lo más que pudo hacia el cielo.-Las almas de los angelitos son más bellas; quisiera tener alas como las gaviotas.

Magdalena la encontró con las mejillas húmedas por el llanto bajo la sombra del alero. Rosaura estaba hipnotizada.

-Niña, te estás helando.-le dijo y se la llevó abrazada hacia la cocina.

Todos pensaban que no iban a poder seguir viviendo sin Santiaguito. Las hermanas de Magdalena se habían humanizado un poco a pesar de la máscara que llevaban y los abuelos cargaban de reproches a Magdalena y a Juan. Nadie se animaba a imaginar un futuro, sólo veían ese día que no pasaba nunca: silencioso hasta el aturdimiento, como el destino que te dice cuando llega la hora. Ese calvario los trataba de bastardos porque se sentían ignorantes, mirando desde el otro lado de la vereda la desgracia que se burlaba de ellos.

Estaban sentados a la mesa tomando café frente al candil de sebo; nadie hablaba por temor herir susceptibilidades. Tenían demasiadas ganas de buscar respuestas a una realidad que les había tendido una emboscada. No pensaban en Dios porque estaban enojados con él. Modestas oraciones en un atrio imaginario, todo era poco y estallaba frente a la impotencia.

Aparecían algunos familiares, de riguroso luto, a dar las condolencias o a ver cómo se hallaban esos rostros castigados por las inclemencias de la vida. Nadie sabía lo que sentía en ese momento una madre por la muerte de su hijo, ese dolor que perfora las vísceras y deja el alma sin oxígeno para continuar el camino que se transforma en una vía empecinada en trizar los silencios para mostrar su cinismo.

-El tiempo cura.-decían algunos.

-Yo vi la parca y su guadaña.- comentó el tío Bernardo en los corrales.

Para Magdalena y Juan, las heridas no se cerrarían nunca porque eran muy sensibles y se aferraban al amor de sus hijos como único tesoro. Todo

empezaba y terminaba en velar por la salud de esos seres desvalidos que se sostenían de aquellos que eran más fuertes. Sin embargo, parecían débiles hasta la médula, sin la capacidad de discernir, escondidos en la oscuridad de las noches igual que entes que se preguntaban:

-¿La vida es esto?.

El cachetazo que les había dado los había colocado en un lugar desconocido. Por primera vez se daban cuenta de lo cruel que podría llegar a ser la vida, pero el sufrimiento estaba latente para hacerlos madurar y para golpearlos de nuevo ante la presencia de las leyes divinas. No lo entendían ni podían asumirlo porque pensaban que nadie tenía derecho a quitarle los años a un bebé que recién empezaba a descubrir los rostros de su familia, los colores, los animales, el sol de todos los días... Santiaguito se nutría de las lágrimas con la ternura de las musas cuando el sol las besaba: el niño maduro de estrellas.

A Santiaguito un ángel lo cubría de sus preseas mientras volaba en las gredas del Poniente. Fue sepultado en una tumba blanca con misal de luto recamado.

Después llegó el vacío atiborrado de misterio y las culpas que engrosaban la lista de interrogantes. El engranaje de la existencia se disfrazaba de monstruo y los asustaba creando en el entorno la más grande de las incertidumbres. Magdalena parecía retardar los días y le pesaba cada minuto porque ya no podía reparar los errores. Vivía entregando los Santos Oleos frente a la cuna desierta y esperando una dádiva de raciocinio. En ese nido había un ronroneo que extendía sus manos en busca de besos y se dispersaba en la flora, sediento, para buscar la semilla de su entraña.

La noche y el silencio sepultaban los árboles. Todo el clamor y la tristeza estaban dormidos en los cuartos.

La casa hablaba su propio dialecto amenazada por el hielo de ecos que

escapaban y que luego regresaban al galope. Magdalena imaginaba los tiempos venideros: Santiago corría en el retrato..., le ayudaba al tío Agustín a preparar el sulky... Era la resurrección misma de las almas que buscaban sus propios delitos bajo la carga de la penitencia.

La galería tenía perfume a rosas rojas y había humedad de lágrimas en la pared que escribía una historieta: un perro y dos tigres chiquitos en la selva, la primera letra del abecedario, uno más uno... La carretilla anclada detrás del columpio como barco pirata quería encontrar la mano de un dueño que ya no estaba en la familia.

“La muerte se lleva la vida endeble por ausencia de maldad y por demasiada perfección.”

Todo lo arrastraba la marea y no quedaban más que palabras sin decir, niebla, recuerdos que se desdibujaban con los años y voces.

¡Oh miasma con ropones inhumanos,
nacido de impurezas germinales,
aparta ya tus pócimas umbrías
del fangal espinoso de mis días!.

Tres pasos en el piso hueco.

Magdalena entró nuevamente al cuarto vacío de su hijo. De pronto, escuchó un llanto. Desesperada, abrió un ropero. En el fondo había una caja con un muñeco roto en mil pedazos. Miró a un lado y al otro...

En la puerta, parada, la soledad.

IV

Las elecciones realizadas bajo el gobierno de Uriburu no fueron precisamente un modelo de corrección y de democracia. El candidato triunfante General Agustín P. Justo fue consagrado mediante un fraude electoral consentido públicamente por las autoridades.

El General Justo, quien había intervenido en la revolución que derrocó a Irigoyen, fue apoyado por los radicales antipersonalistas, conservadores y socialistas, los cuales habían formado una coalición llamada “La Concordancia”.

Durante su gestión gubernativa se creó el Banco Central de la República, así como las Juntas Reguladoras de Carne, de Granos, de Vino y la Dirección Nacional de Vialidad.

Las nuevas industrias, con la política de sustitución de importaciones, se orientaron hacia los productos textiles, químicos y mecánicos. En 1935 la producción superó a la agrícola y se acentuó la concentración del proceso de industrialización entre San Nicolás y Rosario.

A los eriales de hierbas apenas maltratados por los cañadones cubiertos de lodo o pajonales de totoras y cortaderas, sucedían los cultivos formando chacras alambradas de cincuenta o más hectáreas, cada cual con su casco y galpones donde se guardaban los elementos de labranza. El ganado en

los rastrojos de avena esperaba las cosechas que se aproximaban con incertidumbre. Cada año un desafío.

Rosaura parecía una zagala de los campos de Soria. A los doce años ya lavaba pisos, preparaba el locro para los peones con maíz blanco, charqui, carne de cerdo salada, chorizos, porotos..., criaba gatos y gallinas y obedecía ciegamente a Magdalena que estaba por dar a luz a un hijo. Los ecos de tantos rezos habían llegado a oídos del Señor que les había obsequiado la gracia de una nueva lucerna que ya alborotaba los trinos y las paltas.

La nostalgia de lo que no pudo ser había quedado atrás y la familia estaba feliz con la llegada del heredero. No querían vaticinar el futuro porque todo iba a salir bien. La esperanza se estrellaba frente a los ojos de duende como musa de nuevos nacimientos.

Las hermanas de Magdalena, que ya eran consideradas “solteronas” aunque el carácter impetuoso que las dominaba las llevaría a la tumba, seguían tratando de asolar víctimas sin darse cuenta de que ellas eran las perjudicadas y que se quedarían solas de por vida. Es que se veían raras frente a las necesidades de los demás porque no compartían el perfil de su familia.

Juan José tenía quince años y se refugiaba en la soledad del granero para resucitar el acordeón del tío Agustín con sus notas dispares. Era un joven sensible y callado como Juan que no quería limpiar sus culpas porque no las tenía. A veces, le dolía mucho que su madre hiciera trabajar tanto a Rosaura en las tareas domésticas. Es que la niña ya había terminado el sexto grado y para los campesinos se acababa la escuela en ese momento porque, para seguir estudiando, había que viajar a otra ciudad.

Rosaura en su cuarto, donde el tiempo era eterno, sentía cierta

algarabía y ya transitaba por las urgencias para llegar primero. ¿Tenía metas?.

El tío Agustín, como rastreador de las pampas, recorría los sembrados y se dirigía por el camino de los bueyes a la chacra de Bernardo para darse una comilona de asado. En ese banquete, los dos solos, hablaban de la soja, de las chauchas y de las habas, de la melisa y del enebro que curaban los músculos, del aceite de oliva que retardaba la vejez, de las barricas que había en el fondo de la casa y de alguna mujer de dudosa reputación. Después se dormían bajo la parra mientras el sol les calcinaba los huesos. No eran viciosos pero sí demasiado indiferentes a los problemas, sin responsabilidades, condenados al silencio que los miraba desde sus ubérrimos granos.

Era corrosivo ese ambiente desgastado por el ocio, ese trajinar sin rumbo tratando de seducir a su propio yo; sin embargo, a ellos les parecía que obraban con seriedad y rectitud. Se morían de risa cuando hablaban de los prostíbulos de Pichincha en Rosario como si alguna vez hubieran pisado “las casas de la tolerancia”.

-Nunca se han sentado en el Parlamento mandatarios directos de los labradores.-dijo, de repente, Agustín.

-No, fueron empresarios políticos. Bah..., todos los gobiernos son lo mismo. No hay justicia.

-Por lo menos se inauguró el elevador de granos.

-Algo es...-dijo Bernardo mientras realizaba dibujos en la tierra con la rama que usaba de bastón para caminar por las malezas.-Es todo fraude.

Para ellos la realidad era una contradicción de la que no había que esperar nada. Para qué renegar por algo que no tenía solución; lo mejor era abandonarse al hastío de los años, a la paz de la siesta en un lugar propio que nadie les iba a quitar, al menos por el momento. Los hombres dormidos respiraban despacio y las gotas de sudor le recorrían la piel dorada por el

fuego de las cosechas. Un jinete se acercaba al galope hacia la tranquera, ellos no lo escucharon... porque los lamentos de los pitayumis, chiviros verdes y monteritos los dejaban sordos. La explosión de los vegetales les mostraba los frutos, con la experiencia de haber nacido labriego y el sosiego de su propia sencillez.

El poder del amor era más fuerte que los conjuros, nació Rubén. No pudieron dejar de acordarse de Santiaguito por quien elevaron una plegaria. El mismo párroco ofició la misa para el recién llegado en la sala del hospital como la vez anterior porque Magdalena así lo pedía siempre; era una forma de emancipar a ese niño de los acosos terrenales, de las miradas oscuras, del poncho de chala, y de los destinos.

En la casa, la estaban esperando todos menos Rosaura que no se despegaba del pequeño Rubén. Ella sentía algo raro, emotivo y sobrenatural, que la ataba a esa criatura como si fuera su propia madre. Rosaura tenía doce años pero había madurado el doble por la excesiva responsabilidad a la que la sometía Magdalena. Una perfección que le traía culpas y podría llevarla al fracaso.

En el campo, los hombres, con errático paso, estaban construyendo el futuro con los terneros, las gallinas, la quinta y el burro que se acercaba a la puerta a olfatear las migas de pan. Inti, dios del Sol y de los cultivos, observaba desde su fecundidad el poder de las raíces.

-Allá vienen...-dijo Bernardo quien miraba hacia la calle donde una polvareda gris se acercaba a alta velocidad.

Don José Shalli las traía de regreso a la chacra; Magdalena, su bebé y Rosaura que venía colgada del cuello de su madre para mirar los ojitos

cerrados de Rubén. Ella quería abrazarlo con la ternura que guardaba desde que nació y que ocultaba por no encontrar destinatario.

¿Necesitaba amor esa niña de mirada transparente o simplemente comida como decía el abuelo?. Ella quería sentirse útil y presente, que alguien se diera cuenta de que estaba allí y que sufría por no poder tener una infancia libre. Ahora poseía un motivo para permanecer al asilo de las tapias.

Juan Waner, sin salir de su letargo, no dejaba de admirar la valentía de su esposa que, con todo el dolor por la pérdida de Santiago, tuvo la fortaleza necesaria para traer al mundo a Rubén. Lo hizo para llenar el vacío y para sentir de verdad que la vida tenía que continuar su marcha. Entre las fibras de ese cuerpo peñascoso había sangre fuerte que podía borrar los gritos espectrales, la desolación de los campanarios y sus badajos, la sombra de la despedida...

-Hay que ponerse firme, hombre-le dijo José Shalli a Juan con un gesto de ironía que le abrió una cicatriz, con la pena y la certeza de que ese anciano no cambiaría nunca.

-Seguro-contestó Juan que no se atrevía a herir a nadie ni con el pensamiento.

-Usted es demasiado lento.-volvió a decir el abuelo.

Juan bajó la mirada y se retiró porque sintió que los filos de su suegro lo estaban aniquilando por dentro.

“Hasta cuando...”, pensó cuando se alejaba hacia el campo que era su único refugio.

-Basta, papá, no se da cuenta de lo que dice, usted. Debería tener más respeto por mí que soy su hija y por el bebé que acaba de nacer. Es tiempo que reflexione, ya está grande y debe tratar de llevarse bien con aquellos que no tienen sus ideas. La gente no es toda igual. Comprenda.

-Bueno, qué tanto, yo soy positivo. No sé cómo me ven que me

reprochan lo que hago. Yo no puedo opinar más... Es que a los viejos no se los tiene en cuenta. ¡En la antigüedad a los ancianos se los consideraba sabios!.

-Sí, a los viejitos inteligentes.-dijo Juan José y salió corriendo para el patio para no escuchar los retos del octogenario.

-Abuelito, mire al bebé. ¿No es bonito?.-dijo Rosaura tomando a José de la mano para acercarlo al moisés.

-Sí querida.

-A propósito, cuando yo me muera quiero “una casita” para protegerme del clima.

-Qué cosas dice...

-No hable de morir cuando alguien acaba de llegar al mundo-dijo Rosaura abrazándolo con ternura.

-Tienes razón, pequeña.

Bernardo comenzó a llamar a los perros a los gritos porque se iba para su granja; tenía que arrear las ovejas y ya se le estaba haciendo tarde. El tío Agustín tocaba el acordeón debajo de los tilos mientras Juan José lo acompañaba con la flauta. Eran dos bohemios inmersos en un presente desplomado que aleteaba para surgir, con estrépito, a la superficie.

-Bah... a estos le falta coraje-dijo Bernardo cuando pasó arrastrando los pies seguido por seis de los ocho perros que lo habían seguido hasta la chacra de su hermano.

El tiempo curaba los dolores del alma y daba paso al recuerdo que era solamente el punto de retorno a la infancia, a los segundos de felicidad contados y al esfuerzo de levantarse por las mañanas para ver cómo las

langostas se llevaban los sembrados. Todo resultaba demasiado difícil para algunas personas que no sabían las artimañas lógicas y necesarias para llevar adelante los negocios.

En el campo la naturaleza manda y eso cada uno lo sabía de antemano por eso seguían las leyes de los ancestros sin claudicar nunca, con la convicción de que se luchaba para preservar el patrimonio frente al pueblo sofista. Los sueños de los abuelos plasmados en el gesto de los nietos. El milagro repetido.

Juan Waner se dejaba arrastrar por las palabras de su padre, don Julio:

-La tierra no se vende.

Esas ideas eran como códigos impuestos y se llevaban el orgullo. El campesino debía, por tradición familiar, respetar el sacrificio de los inmigrantes que dejaron su vida y un legado. Por eso Juan era demasiado manso y se entregaba a la apatía; parecía que no le importaba la sequía, el precio del cereal y los impuestos. Es que sabía que aunque pasara lo peor, él tenía que seguir firme, en batalla, defendiendo el patrimonio con el mismo temple que sus antecesores. Vivir y morir para esa Patria que lo vio nacer, con la capacidad que Dios le dio y la preocupación honda que le laceraba las arterias. No podía demostrar lo que sentía ni enojarse como su hermano Bernardo porque el impedimento para expresarse se había transformado en una enfermedad. El silencio atronaba en los oídos de su familia que solía gritarle:

-¡Papá, mira el dibujito!

-Muy lindo, hija-decía Juan a Rosaura que se había escapado de Magdalena en dirección al galpón donde su padre estaba arreglando el tractor.

-Mamá quiere mandarme a la casa de las tías para que después vaya a estudiar corte y confección, pero yo quiero aprender a tocar el piano.

-Vamos a ver...

-¡Quiero estudiar piano!.

-¡Niña, calma!.

Rosaura le pedía a su padre con la desesperación de alguien que sabía que jamás iba a poder tener sus gustos porque Magdalena manejaba su vida de manera arbitraria. La niña temblaba, lloraba un poco y luego se tranquilizaba. Tomaba entre sus brazos a un gato y se lo llevaba a su cama a dormir en el cobertor de lana amarilla. Evidentemente, se sentía muy sola y esa esfera peluda era una compañía que no le hacía reproches ni le ordenaba cuáles eran sus deberes y obligaciones. El felino era el remanso de templanza que la acercaba a los carruseles y a las barcas de papel.

-Las noches se dibujan con sueños, sabes-le decía a Milo que la miraba arrobado con un sopor de gato añorado.-En el cielo está Santiago que llora porque quiere regresar; en ese momento tiembla la tierra y se desprenden los cristales para formar nuevas estrellas diamantinas donde irán a vivir otros bebés.

Rosaura estaba obsesionada con ese firmamento abovedado y mágico que parecía arrastrarla a los confines. Se aferraba a un vestigio de ternura en un coloquio íntimo, a vuelo de pájaro, para inventar vivencias con palabras imaginadas.

-¡Ven a cambiar a Rubén!-se escuchó una voz.

Magdalena la estaba llamando para que fuera a atender a su hermano porque ella estaba haciendo la comida.

Había olor medicinal en ese cuarto; los eucaliptos daban sombra sobre la ventana y en el borroso espejo se veía una imagen: la madre-niña que sabía lo que era la melancolía porque alguien la había elegido para ocupar ese lugar, para servir a los demás sin pedir nada a cambio. Ella se brindaba, torpemente, con la inocencia de sus alas para atrapar el amor que tanto necesitaba para crecer.

-¡No hay una cervecita!.-gritó Bernardo antes de entrar a la cocina.- Bah... acá tienen unos tomates-volvió a decir arrojando el paquete sobre la mesa.

-Gracias por la generosidad-dijo Juan José con ironía.

-No me cuesta nada.

-Por eso los trae... Disculpe, tío.

Juan José, de dieciséis años, le hacía frente al famoso tío Bernardo porque lo veía gruñón y divertido, ardiente para hablar y entregado a los desajustes del presente. Al hombre no le interesaba la soledad ni el futuro porque pensaba que sería eterno y que no necesitaría de nadie en las postrimerías de su vida. Él nunca se enojaba en serio porque pensaba que manejaba los hilos de esa existencia sin imaginar que los años se iban sin alertar a nadie y que un imprevisto podía desbaratar para siempre el sendero trazado. El azar lo había elegido para escuchar, para ser el bálsamo, el gesto fraternal, el hermano que envejecía sin darse cuenta.

-Tienes que casarte. Conocí una vez a una novia tuya que parecía muñeca de cera, era amable y vergonzosa.-le comentó Juan a su hermano.

-No tenía ni un ladrillo.

-Y eso qué tiene que ver; así jamás vas a encontrar a alguien. ¿Y si te enamoras de una mujer pobre?.

-¡Nunca!.

-Tío, disculpe nuevamente, conozco una que tiene un poco de tierra debajo de los zapatos.-se rió Juan José.

Bernardo, quien no se tomaba nada con seriedad, celebró la ocurrencia del sobrino pues lo divertía muchísimo. Esos goces lo traían a una verdad que él negaba como un rictus.

Rosaura, en cambio, respetaba a ese hombre que le parecía grande y enmohecido por los lodazales, que no podía enmendar errores porque pensaba

que era perfecto. Él formaba parte del paisaje rural, algo errabundo, pero libre. El tío Bernardo no necesitaba de nadie para ser feliz porque en sus esporádicas visitas se mostraba hosco como un viejo sin remedio. Él se entregaba a la gloria de los caminos, al saucedal, a los temblores de la pampa gringa, porque era un gaucho de añosa corteza.

-Ya se viene la yerra.-dijo el tío.-“Parando rodeo”, a puro lazo y caballo, como se hacía antes, era mejor. ¡A campo abierto!.

-Puede ser. Para mí “a corral” es más simple y menos violento.-comentó Juan que odiaba el maltrato.

A la sombra del alba, Magdalena lavaba pañales y rezaba al Padre Santo por la salud de Rubén a quien protegía con pavor entre una borrachera de letanías. Juan amaba a ese niño que parecía algo frágil y muy bondadoso. Es que a pesar de sus seis meses, Rubén parecía un angelito escapado de algún cobertizo que poseía la lumbre de la vida. ¿Era real esa criatura?.

-El alma de Santiaguito duerme en este cuerpito con la dicha de un mutismo que le da voz.

-Madre, usted dijo que los muertos descansan en las estrellas-dijo Rosaura desorientada.

-Bueno, también... Es que cuando quieren están en todos lados.

Era inútil tratar de contradecir a Magdalena porque ella misma no aceptaba la adversidad. Siempre quiso resurgir del sitio de pobreza y ahora lo único que le importaba era regresar al pasado para recuperar a su hijo muerto. Rubén no era un gorrión caído sino el equilibrio de una batalla que debía terminar.

Juan la veía como un ser que se debatía entre la paz que deseaba alcanzar y una ansiedad que rozaba lo irracional. Ese cuerpo sin gobierno iba

a enfermarse en cualquier momento ante el vacío que, como un ultraje, se apoderaba de su energía. Del leño brotaba la llama en entrega total pero ella, en continua búsqueda de la perfección, sentía el fracaso.

Magdalena siempre estaba mal del hígado pero comía brócolis con cebolla, ajo, queso de cabra, huevos y pimiento verde, con la avidez de alguien que necesitaba llenar un profundo hueco para lograr tranquilidad espiritual. Mucho aire para respirar y pocos pulmones para recibirlo. En su prisión el vicio más grande que tenía eran las salsas de hongos de pino y champignones, echalottes, vino tinto, crema de leche y pimienta, pero luego de esos banquetes tenía que llamar al doctor Santos porque sentía que se iba volando a descubrir el universo de las estrellas. Era una mujer muy necia.

-¡Para qué comes tanto!. ¡No sabes que te hace daño!-gritaba el abuelo José Shalli en la habitación de Magdalena adornada con candelabros, vírgenes, rosarios y ángeles. Detrás de las cortinas, había hierbajos, redomas, teas coloradas y hojas de laurel.

El hombre no entendía que su hija sufría un desajuste emocional que la llevaba a la inercia total porque se sentía muy sola y destrozada por una realidad que no podía asumir. Ama y señora de las brumas arrastraba a todos al confín sin medir las consecuencias.

-La desgracia es la rotura que mancha porque lleva sangre en la herida.

-Deja de decir necedades y despábilate...

-Padre, no me contradiga porque me voy a ver obligada a decirle que se retire de esta casa para siempre.

-Sabes que me necesitas pero eres muy orgullosa. ¡Yo te eduqué así! y me siento muy honrado por eso.

Rosaura, quien ya tenía veinte años, era solidaria; realizaba las tareas de la casa y ayudaba a su madre. Siempre sabía lo que debía hacer sin quejarse de la rutina que le imponía Magdalena. Si algún familiar estaba enfermo lo iba a cuidar por varios días y acompañaba a los deudos cuando fallecía un tío, primo o abuelo. Se quedaba eternas temporadas en casas ajenas para servir a aquellos que sufrían. ¿A ella quién la miraba?. ¿Acaso su alma no necesitaba la misma atención?.

Su mundo era bastante estrecho; se limitaba a llevar a su hermanito Rubén al colegio de San Jerónimo Sud y luego regresaba en el sulky. Hacía comidas para los labradores, pelaba papas y no soñaba con el futuro porque vivía el presente, sin dramatismos ni alegrías. Lavaba su angustia con los lamentos de Magdalena a quien, tal vez, no le gustaban las tareas hogareñas.

-¡Vamos que ya es tarde!-le gritaba a Rubén a la salida de la escuela porque el niño se entretenía jugando con los compañeros.

-¡Ya voy!.

-¡Vamos!-decía Rosaura y lo tomaba de un brazo con energía.

En el sulky, casi al anochecer, se los veía llegar como ánimas en el desierto. Rubén venía golpeándole la espalda a Rosaura que manejaba el sulky con vigor. El niño se rebelaba con una hermana que actuaba como madre porque se elevaba majestuosa imponiendo una guerra innecesaria para él.

Rosaura no tenía ilusiones. Magdalena no quería que tuviera novio porque decía que los hijos varones se tenían que casar primero; Juan José parecía un solterón aburrido que moriría en el abandono y Rubén era muy chico. Juan, el padre, alemán de pocas palabras, no intervenía en los asuntos porque le resultaba tedioso lidiar con su esposa que dominaba las situaciones con delirio o con sabiduría, pero siempre firme sin reconocer errores.

-Las hijas mujeres se quedan a cuidar a sus madres viejecitas. Después, si tienen tiempo, se casan con algún hombre maduro.

Rosaura tenía pretendientes que eran amigos de la familia pero a ella no le interesaban y a su madre tampoco. A veces, iba a algún baile a Rosario acompañada por sus tías solteras: Catalina, Regina y Antonia Shalli. Ellas eran señoritas de elevada clase social, muy distinguidas y arrogantes, que hostigaban a candidatos con rango y título; lo curioso era que dejaban pasar la vida amando todas al mismo hombre.

Rosaura era mucho menor y cuando se quedaba en la residencia unos días, porque iba a aprender corte y confección, tenía que atenderlas como soberanas. ¿Por qué Rosaura no se rebelaba ante la madre y las tías?. ¿Era demasiado pusilánime?.

José Shalli, muy anciano, le contaba cuentos a Rubén. Al niño le gustaban los relatos inventados por un abuelo de bigotes blancos. A menudo, el pequeño buscaba en una pila de discos de música el tema “El borracho” y cuando lo hallaba, ambos lo ponían en el fonógrafo. Disfrutaban de la velada como dos criaturas. Don José se asombraba de la sencillez con alegría cuando la iluminaban las imágenes pueriles.

Rosaura los miraba de lejos, bajo la bóveda cargada de estrellas que eran sus almas amigas, con la aspereza de un espíritu aburrido por el hastío de los días. No conocía la manera de amar o de demostrar el cariño y se abrazaba a la fuerza de las infinitas señales que no podía descifrar del todo. Ella vivía para los otros y había nacido con esa misión. No pensaba en fugarse ni en quitarse la vida, tampoco en huir a un convento para hallar la paz. Rosaura era una mujer sin futuro que caminaba como los trenes en la certidumbre del riel.

En ese mundo veía culminar sus años enredada en la telaraña tejida por Magdalena; sin embargo, ella la amaba muchísimo. Imaginaba la inasible ternura de una madre que gobernaba con la victoria de un rey que no

comprendía las necesidades de una familia. A veces, sentía lástima por ella y por su manera absurda de querer.

Magdalena y José Shalli, su padre, eran casi la misma persona.

Esa tierra de gringos, de campeadores con aperos y cuchillos, era el lugar que le habían donado los antepasados, la simiente de las nuevas eras donde los gauchos habían dejado sus glorias y sus vestiduras para disfrazarse de caballeros, la identidad de los campos arraigada a la lucha por conservar el suelo, la unión de los chacareros, la solidaridad entre las colonias que se consideraban vecinas.

Don José Shalli vivía en el pueblo rodeado de dos o tres casas estilo chalé, pintadas con cal, con tejas francesas y rejas con arabescos góticos. Entre rimas y metáforas, el viento se estrellaba en la madreselva que temblaba de pájaros.

Sus hijas tomaban el té con bizcochos de bananas y una querelle de dulce de leche y crema, sentadas bajo el espinillo o “aromo del perdón”. Se reunían con las amigas en las tardes de sol; de allí miraban a los hombres que cruzaban las avenidas en las galeras. Ellas pensaban que la juventud sería eterna y que nadie les quitaría la notoriedad ni el dinero, pero también entendían, muy en el fondo, que estaban cada vez más solas. De todas maneras, vivían el presente con la parsimonia de un viejito que ya ha cumplido con la vida. Imperfectas como los días, ellas no tenían olor a pueblo.

-¡Por favor!-se escuchó un grito que venía desde la sala de las visitas.

Catalina, la hija menor, corrió desesperada al escuchar la voz de su madre. Don José se hallaba en el piso, jadeando, con la palidez de un busto de piedra y los ojos suplicantes. El tiempo agrisaba los fulgores ante el cuerpo del anciano que parecía cubierto de ceniza.

-¡Papá, qué siente!.

Don José Shalli no alcanzó a emitir sonido y dejó de respirar justo en

el momento que vio, en torno a él, a sus hijas como si hubiera esperado a la hipnótica muerte descargar su rebeldía en ese cuerpo necio y disconforme. El viaje comenzaba a beberse las corolas y a descorrer los velos de su dinastía.

Las mujeres no alcanzaban a tranquilizarse por haber sido siempre muy inmaduras, criadas como niñas, sin responsabilidades. No podían creer que su padre estuviera muerto; se reían nerviosas como si alguien les hubiera hecho una broma pesada.

Don José, el caudillo italiano, que jugaba a ser un juez y a resaltar los defectos de los demás, se fue del mundo sin poder dejar un mensaje y sin la paz interior que toda persona anhela.

La residencia se vistió de sombras y las hijas envejecieron diez años. Cada vecino de ese pueblo circuló por los recodos de la casa para despedir al caballero sepultado por las coronas de camelias, rosas, orquídeas y helechos. El café, servido por Rosaura, parecía fortalecer los lamentos de los deudos que no alcanzaban a entender el porqué de la partida. El abuelo de bigotes les había enseñado a entender que nunca se debe morir del todo. Así lo sentían las hijas que seguían su ejemplo y doctrina con sus leyes soberanas y la soberbia de las personas que tratan de defenderse de quienes son mejores. Eran personas inmaduras que no sabían resolver sus callados intentos de valentía.

Juan, el padre de Rosaura, con la partida de su suegro, sintió como si le hubieran desatado las cuerdas y lo hubieran abandonado en la soledad pampeana para vivir. La emancipación había llegado a su existencia con la pasividad de la muerte. Bajo la piel de aquel hombre se fueron las trincheras, la porfía y la mutilación interna.

“No se puede ser feliz con la desgracia”.

De hecho, Juan era incapaz de sentir maldad pero, paradójicamente, esa partida era para él el regreso a la libertad.

Las imágenes fieles de esa gloria se la daban sus campos, ese

equilibrio visual que le llenaba de oxígeno los pulmones necesitados de vigor. Magdalena, por la angustia, comenzó a comer sin tener conciencia de que ese arrebató le provocaría un nuevo daño a su aparato digestivo. Otra pena se sumaba a la despedida de Santiaguito; los vacíos eran cada vez más grandes y sin explicaciones. Era la madre de aquel niño de estrellas que ofrendó su adiós para revivir en la hiel de la amargura y era la hija de don José, el emblema victorioso de toda una familia.

-Tu padre era una persona muy mayor. Si hubiera sido menos contradictorio, más abierto y afable, tal vez, hubiera vivido mejor.

-Era mi padre y punto.-contestó Magdalena.

La chacra naufragó a la deriva de la muerte no esperada con el concepto de que la historia no podía repetirse. Otra vez Rosaura mirando las estrellas en busca de una respuesta para desentrañar las leyes que rigen este mundo esquemático. Era demasiado obvio el silencio, las sombras en primer plano, el acordeón del tío Agustín, la tristeza de las miradas que hablaban solas.

Para cumplir los deseos de don José debían buscar un arquitecto para construir lo que él llamaba, en tiempos de bonanza, “la casita” para protegerse de las inclemencias del tiempo. Así lo hicieron...

El mármol negro le daba el aspecto augusto que don José hubiera elegido; los dos vitrales parecían atraer el brillo de un paraíso cuando el sol acariciaba su faz; los jarrones de auténtico bronce eran obras maestras traídas de Italia. El poderío en su lugar para honrar la muerte; don José parecía Mereruka V y sus escribas, representaba la verdadera dinastía de inmigrantes acaudalados, con la ostentación y el desparpajo de quien lo tiene todo. Era tan poderoso aun sin emitir una sola palabra.

La abuela Isabel envejeció diez años y parecía evitar la libertad de los campos para esconderse en los cuartos sombríos de la casona. No buscaba un abrazo preciso, no quería ver a los nietos, se abandonaba al ostracismo como una mujer sin tiempo para vivir. Las hijas seguían alborotadas por el galán de turno sin advertir que a la madre se la estaba llevando, de a poco, el marido. Don José, en aquel cielo perfecto, no podía comer solo los langostinos rebozados porque tenía que compartirlos con la revelación de sus días, quien lo acercó a la madurez sin dejar los prejuicios, quien le enseñó a ponerle vitalidad y pasión a los fracasos para resucitar los éxitos. Doña Isabel San Piero quería borrar de su memoria la condena del recuerdo porque la realidad le impedía respirar; estaba atrapada con sus conceptos arcaicos y el estigma de la muerte no entendida ni aceptada. Parecía leer en algún papiro de fibras machacadas las órdenes de su amado esposo. En la cornisa José Shalli la esperaba para iniciar la ruta y ponerle fin a las ceremonias.

Rosaura se quedó un largo tiempo con sus tías porque así se acostumbraba en la época. Por esos años, comenzó a aparecer el primer síntoma de una dolencia crónica: el asma. Tuvo que soportar escenas burdas entre las hermanas que no querían cocinar ni limpiar; todo lo positivo y lo negativo existía en esas almas que habían crecido con la autoestima elevada y la tendencia a controlar las acciones de los demás. Una se alimentaba de la otra y así iban adoptando los mismos gestos, la capacidad para humillar y la altivez. En el crematorio dejaban el llanto porque adoraban los festejos.

Las hermanas Shalli utilizaban mal los recursos. Sin darse cuenta, entre peleas y silencios cargados de rencor, tuvieron que despedir a doña Isabel San Piero que se entregó cual discípula a los deseos de don José. Se fue a “la casita” a vivir la eternidad con encajes de Venecia y una túnica que usaba de camión y que en los últimos días de su vida no se quiso quitar por nada. Así, en esas condiciones, tuvieron que sepultarla para respetar sus últimos deseos.

Entre notas de pianolas y geranios, ella, la dama, se hundió en el responso, el de siempre, con las manos vacías de tantos ruegos.

Regina, Catalina y Antonia se quedaron en la casa con todo el odio a flor de piel y las más intrincadas ideas de venganza. Eran demasiado inmaduras para estar solas pero, a pesar del dolor, querían sentir la protección de esas cuatro paredes que las abrigaban para poder seguir adelante. Tendrían que hacerse cargo de los campos y de las propiedades. No sabían hacer cuentas ni entendían las estrategias del medio: cuánto valía el cereal en el momento de venderlo, con quienes tenían que negociar... ¿Y los peones?. ¿Y los arrendatarios?. ¿Dónde se encontraban situadas las tierras?. ¡Un fiasco!.

Seguramente, Magdalena y Agustín tendrían que ayudarlas a mantener los capitales porque eran muy ineptas para lidiar con los chacareros bruscos y sobre todo “hombres” que, según ellas, querían conquistarlas. Ése era el dilema más atroz: transitar entre las matas de pasto, reconocer cada una de las hectáreas, saber administrar el dinero con el pudor y el aislamiento que sentían frente a la desprotección. Un padre demasiado posesivo las había convertido en niñas perpetuas, sin experiencia, sin interés por las cuestiones rurales, frívolas y poco sentimentales. Lo cierto era que no tenían a quién darle órdenes y entonces se refugiaban en los cuartos para mirar las historias. Era como si la muerte de los padres las hubiera sumergido en un letargo donde el sello más importante lo ponía la opinión de los demás. Cada palabra era una nueva conquista de lo inútil; el capricho también resultaba inagotable.

-Deben buscar los papeles para comenzar a hacer la sucesión que va a llevar tiempo y dinero-les dijo Agustín al verlas tan apáticas.

Las hermanas no sabían cómo se encaraba una sucesión, qué era, con quién tenían que hablar...

-Ve tú con esos problemas, nosotras tenemos que rezar nuestros rosarios e ir al cementerio. Papá debe estar enojado...

-¡Por Dios!. Asomen la cabeza al mundo que se les va a venir encima. Es obligación hacer la papelería para que cada uno tenga lo suyo.

-Eso es lo que tú quieres, quitarnos lo que es nuestro.-dijo Catalina que se paseaba en enaguas con un vaso de agua con limón.

-¡Por favor!-contestó Agustín harto de soportar las necesidades de unas mujeres que no se dejaban ayudar porque frente a la incertidumbre de la ignorancia preferían seguir siendo sordas.

-Agustín no venía a ver a papá, se fue de la casa cuando todas lo necesitábamos, y ahora quiere su campo. ¡Qué trabajo!. ¡No sabe lo que dice!.

-Cambiando de tema,-dijo Regina totalmente dispersa.-¿qué les parece si llamamos a Rosaura para que venga a cocinar?.

-Sí...dile que nos prepare unas mollejas con berenjenas, huevo y pan rallado.

La frivolidad iba en aumento y con ella los deseos de esas doncellas que no entendían que para ganarse la vida había que trabajar. Catalina solía deprimirse cuando llegaba el mes de septiembre. Se encerraba en su cuarto y lloraba jornadas enteras porque la primavera era como el resurgimiento del amor que ella, hasta ese momento, no conocía. Regina espiaba por detrás de las cortinas a los lecheros que se acercaban a las residencias vecinas con el deseo contenido de aceptar los mandatos de un sentimiento que llevaba la carátula de profesional al más alto grado. Antonia era más humilde, a quien se le conoció un novio sencillo que luego se fue sin despedirse porque, quizá, descubrió que en ese lugar, bajo el artificio de las máscaras, brillaba el esplendor pero también la pobreza espiritual.

-Niña... cambia las flores, ordena los frascos de colonia de la mesa de luz, saca las revistas que están debajo de la cama y vuelve a colocarlas en su lugar después de haberles limpiado el polvo.-le decían a Rosaura quien obedecía ciegamente.

-No, prepárame el vaso de limón-gritaba Catalina-¡No!, mejor cocina algo estupendo, que tenga buen sabor, tú sabes, y que no nos haga mal.

Rosaura se sentía presionada hasta el hartazgo igual que cuando estaba en la chacra cuando Magdalena la volvía loca con las órdenes; sin embargo, continuaba su tarea de mucama con el peso de los antagonismos. Ella no conocía otra vida. Acuña de a poco el término “divas” y se lo endilgaba a las tías que eran las protagonistas de una obra mezquina. Con la imagen de Gioconda humillaban a Rosaura pero también la amaban porque obediente.

En los espejos de la casona dormían los fantasmas de la infancia y de la muerte, de las escenas platónicas de amor, del orgullo y de la soberbia, de la castración y de la virginidad.

Don José Shalli, esclavo de las pasiones, se abandonaba a soñar con el reencuentro, con el egoísmo de quien no descansa esperando los más inverosímiles reclamos. Aguardaba flores en el mausoleo todos los sábados y sus hijas sentían culpa sino asistían, semanalmente, a velar sus restos. Entre parloteos de cotorras colocaban las flores y luego se iban seducidas por el deber cumplido. El padre, seguramente, les gritaba palabras irrepetibles, inflamado de sus acostumbradas histerias.

VI

El 4 de junio de 1946 asumió la primera magistratura el Coronel Juan D. Perón apoyado por el voto de las masas obreras, de la clase media y de cuantos vieron en él la esperanza de un resurgimiento nacional.

Durante los primeros años de su gestión gubernativa se llevaron a cabo obras edilicias, se nacionalizaron servicios públicos y se aprobaron leyes que

llenaron un vacío que existía en la legislación laboral.

Sin embargo, muchas de esas leyes y obras fueron hechas siguiendo los dictados de una tónica proselitista. Así, se rodeó a Buenos Aires de un verdadero cordón industrial en función de un plan electoral preestablecido, lo cual aumentó de una manera alarmante la excesiva concentración humana en torno a la ciudad. De ello derivaron grandes problemas económicos y sociales.

Desde 1945 la secretaría de trabajo y previsión benefició a los trabajadores rurales transitorios a través de un fortalecimiento del poder de negociación de los Centros de Oficios Varios, denominación que adquirieron los sindicatos rurales. Las realizaciones a favor de los arrendatarios y agricultores concretadas durante la gestión del presidente Perón al frente de dicha secretaría y sus discursos pre-electorales presagiando una revolución agraria, que tanto alarmaban a terratenientes y a propietarios, no tuvieron a partir de 1946 un correlato significativo con los hechos que terminaron mostrando más acuerdos que confrontaciones.

Rosaura ya tenía veinticinco años y se sentía diferente. Tenía miedo de convertirse en una soltera gruñona como las tías, pero, en el fondo, sabía que alguien la miraba desde muy lejos con planes serios. Ella abrazaba esa fuerza y descendía a lo más hondo de las heridas para desafiar a la costumbre.

El admirador pensaba en ella todo el tiempo. Rosaura, de alguna manera, le correspondía pero ese sentimiento no la movilizaba porque su madre no quería que tuviese novio y ella obedecía como una discípula de los cultos. Le parecía normal dormirse a esperar en esa jaula la aparición de otros rostros.

El traje estaba preparado para el baile: un cardigan con falda corta y

como accesorio un alfiler de perlas. El perfume, de jazmines, no era costoso porque Rosaura era una mujer humilde. Marcelo Smith la esperaba en la recepción. Él resultaba ser un caballero educado y de sentido crítico, amante de la energía y del buen gusto. Vivía en Rosario; conoció a la joven en una tertulia de amigos. No se trataba del amor lejano y vigilante, era otro muchacho demasiado fino, quizá, para relacionarse con una campesina que escuchaba “La Cumparsita” en el acordeón del tío Agustín.

Rosaura, con oropel de diademas, se enamoró de Marcelo a su manera, sin madurar el cariño, sin magia ni cascabeles. Su madre le prohibió que volviera a verlo porque decía que no tenían vivienda presentable para recibirlo de visita. Ella pensó que Magdalena tenía razón; su casa de color ceniciento estaba llena de talismanes y tenía olor a paredones de ferrocarril.

Su madre era egoísta, no quería candidatos merodeando el entorno de la chacra y directamente los corría con su indiferencia. Rosaura soportaba la tortura pero su conducta se prestaba a confusión; parecía que no le importaba quedarse sola por el resto de su vida porque no le hacía reproches a su madre. No había hostilidad en el hogar y nadie se exponía a batallas que podrían terminar en dramatismos. Magdalena en algún momento tendría que reconocer su amor posesivo; ella quería a su hija de una manera equivocada. Rosaura no demostraba tristeza por el destino que le tocaba porque en esa campiña se sentía protegida del mundo.

Magdalena miraba a su hija cuando hacía sus ocupaciones diarias. Al recordar los juegos y travesuras de la niñez, Magdalena sintió que se le partía el alma porque la atormentaban los momentos duros que pasó desde su nacimiento. Rosaura era dócil; tenía un corazón de oro que carecía de malicia y eso su madre lo sabía muy bien. De repente, le brotó una lágrima... Cuando Rosaura la vio llorar, ella también se emocionó y Magdalena la abrazó con ternura. Juan José, detrás de las cortinas, temblaba como una hoja y sentía una

conmoción mayor por el acercamiento de las dos personas que más amaba en la vida.

Magdalena pensó en lo severa que había sido siempre con su hija; por cierto le causó sufrimientos cuando le gritaba o le prohibía cosas. Rosaura se sometió a sus caprichos y nunca tuvo el coraje de desafiarla. Aunque pareciera extraño, a pesar de su aparente falta de cariño, la joven experimentaba cierta resignación frente a la conducta injusta de su madre. Esa vaguedad de sentimientos nunca se transformó en enojo. Ella pensaba que Magdalena quería tenerla cerca hasta el final de sus días. En ese ambiente de simetrías era una mujer sincera, tal vez iluminada.

Rosaura levantó los párpados y se encontró con la mirada de su mamá. No la asustaba porque la amaba a pesar de su egoísmo. La dueña del reino, con sus vestiduras pesadas, era una mujer sufrida que estaba perdida entre los cercos de enebro y los laberintos.

El hombre lejano que sentía frío por una inexplicable razón y que casi nunca tenía plata en el bolsillo esperaba en el fondo de un pozo de melocotones y albaricoques. Rosaura sospechaba pero demostraba lo contrario. Imaginaba que lo veía llegar a la chacra a pedir su mano frente a Magdalena, el ejército turco. En su mente aparecía con su traje rasgado de arañazos y sangre, acompañado por su caballo en un terreno sembrado de cadáveres. Él se iba disgustado pero sabía que regresaría siempre.

Rosaura no esperaba a nadie pero sentía que la vida pasaba despacio y el paso de los años no le importaba demasiado. Podrían ser muchos y estar cargados de dolencias, hacer estragos y derribarla por completo, pero ella no se daba cuenta porque era más importante obedecer sin detenerse a pensar en el calendario. Solamente seguía cuidando a Rubén, de quince años, igual que si lo hubiera traído al mundo. Ejercía el poder a través de la sobreprotección que él aceptaba como un bebé. Era cómodo tener dos madres para saber que

no estaba solo entre los mortales que llevaban espadas de verdugos.

El hombre de los huesos helados tampoco tenía apuro porque su trabajo era intenso y, a veces, hasta agravante. No sabía muy bien por qué tenía que sacrificarse tanto pero lo hacía por respeto y obligación porque no conocía el remedio para su mal.

Sus padres eran creyentes y lo habían criado bajo el mandato de una rigurosa maestra religiosa; aprendió latín y las oraciones de la iglesia. Vivió eternos inviernos en el cuarto de aquel colegio de monjas donde lo obligaban a rezar plegarias que lo aburrían mucho. También aprendió a arreglar relojes y a tocar el bandoneón. Los estudios le dieron una dicha singular pero el sabor de la realidad lo traía de regreso a los litigios.

Él trató de volver siempre a sus raíces, fiel a los antecesores, al tiempo y a su estirpe. Algo materialista, escondía el poco dinero que tenía por temor a algún hurto. Supo desde el principio que tenía que guerrear para llegar a la meta final aunque dejara cosas importantes en el camino: la sensibilidad y la ternura, pero jamás abandonaría el buen nombre y la pelea por el lugar que otros querían arrebatarse por verlo tímido y callado. Era casi un vencedor en un territorio cercado por las injusticias de la gente ambiciosa y sin límites que lo aturdiría con sus clamores de murga.

Disfrazado de galán, iba a las reuniones de milongas y valeses donde también concurría Rosaura y la miraba con los ojos fijos. Sin embargo, ella se mantenía alejada porque no quería compromisos, pues creía que una ocurrencia así podría traerle disgustos con Magdalena. Anhelaba conocer el amor como una sombra que se deforma y que se apaga con un soplo de aire.

Rosaura, en realidad, no sabía qué hacer con su vida porque pensaba que el destino no estaba marcado y que sólo ella podía delinear los trazos. Mientras tanto, sus tías la molestaban con su carácter propio de las solteras mayores; los hombres les pertenecían sobre todo si eran profesionales.

Rosaura las escuchaba y se reía, pero esa nefasta influencia recayó en su persona más de una vez. No cualquier admirador podía acercarse a ella, aunque por lo visto eran muchos los que se disputaban su amor. Rosaura no debía elegir a ninguno por más que lo quisiera con locura; un sentimiento que, a pesar de todas las contradicciones, nunca llegó a conocer. El tiempo gobernó su destino con ilusorio vuelo y borró la inasible levedad de los sentimientos.

El hombre desconocido arremetió entre los vestidos de cóctel; miró a su alrededor... Sus ojos se detuvieron en una mesa. Sentada, con las manos entrelazadas, había una mujer de mediana edad con el rostro oval y un sombrero de plumitas. Ella parecía esperar a alguien que no llegaba a la fiesta. Entre los gabinetes había música, rumores y delirios.

Rosaura miraba el vacío porque no le gustaba el tango. El candidato la hubiera sujetado en su telaraña y no la hubiera dejado escapar de ese lugar de frivolidad, pero pensó que era mejor ocultarse en la indiferencia para no sufrir. El vértigo de querer a esa muchacha imposible le daba esperanzas y lo motivaba a seguir en la lucha que le tocaba en suerte: trabajar sin respiro. El goce de perderse en la generosa cortesía de esa dama lo abandonaba en un hervidero de felicidad.

Rosaura se retiró con sus tías del baile; el enamorado la vio alejarse hacia la estación de trenes. Él sabía muy bien que tardaría mucho tiempo en volver a verla porque sabía de lucha por ver el campo y por escapar de la agonía de las doctrinas, del rastro de la muerte, del polvo de las zanjas y del coraje dormido entre las murallas del desierto pampeano.

Rosaura en su granja rural, donde prevalecía el amor a la verdad y al honor, siguió siendo, a pesar de todo, una niña sin carencias porque parecía no faltarle nada. Su honra por encima de la vida misma, el orgullo, la dedicación para los necesitados, su ley: siempre dar y el cariño entrañable hacia su hermano Rubén. No mostraba el rigor ni los temores porque prefería guardarlo en su arcón de anciana para no sembrar discordias.

Juan, su padre, decente al extremo; Magdalena soberbia y poderosa; los hermanos; el recuerdo de los abuelos italianos y los alemanes y toda la destreza de las tías que rumiaban odios entre los lirios de la casa con comodidades y billetes.

En esas historias, el fuego se disipaba para dar paso a la indiferencia que mostraba la fatiga de las emboscadas.

-Tú no puedes tener novio, eres mucho menor, sería una vergüenza para nosotras.

-Yo no me casaré nunca.

-Bueno, niña, claro que sí pero después de tus adoradas tías como quiere tu madre.

-A mí no me importa el casamiento, ni tener hijos, ni nada...-contestó Rosaura como a la defensiva porque, en realidad, los demás la hacían sentir culpable si deseaba otra cosa.

Ella no debía tener esperanzas en poder vivir experiencias propias porque respiraba a través de otros cuerpos. Las exigencias de las tías y de la madre la llevaban al abandono total, a sufrir enfermedades psicosomáticas, a una soledad de adentro que en nada se parecía a la del mendigo que pide limosnas: era más áspera, más cruel, totalmente irreversible. Sin embargo, Rosaura pasaba largos meses viviendo en la residencia con esos personajes

extraviados en islas boreales.

En el verano, por las noches, una de las hermanas, de líneas virginales, acostumbraba salir a la vereda a tomar aire. Un supuesto candidato solía caminar bajo las sombras; en un momento preciso se acercó y, sin darle tiempo a reaccionar, la besó... Regina, llorando, corrió a encerrarse en el cuarto por esa humillación. En otras oportunidades, los hombres intentaban espiarlas mientras se hallaban en las habitaciones; algunos fueron descubiertos porque ellas mismas escuchaban los murmullos y abrían rápidamente los postigones de las ventanas. ¿Ser demasiado refinadas era motivo de curiosidad o de burla?

Rosaura no sabía qué hacer para no sentir porque su corazón, lleno de amor, estaba dolorido de tanto querer. A pesar de eso, no podía llorar ni expresar los sentimientos que la atormentaban. Es que no conocía otra vida. Las tías la abrumaban con sus frivolidades cercenando sus ilusiones y su personalidad que necesitaba estímulos para crecer.

La madre no quería que tuviera novio.

-No tenemos casa para recibirlo. Además los varones deben casarse primero.

La chacra no era motivo para alejar a los supuestos pretendientes, pero tampoco Magdalena trataba de mejorar la imagen de una arquitectura algo deslucida y a punto de derribarse por las lluvias del invierno.

“Cualquiera puede trazar un universo pero, en definitiva, éste llevará las facciones de su rostro”.

Juan José se ocultaba en los establos tratando de buscar respuestas a una soledad que no lo lastimaba pero que lo unía más a una madre sobreprotectora. Rubén, de quince años, miraba a las chicas de su edad con su simpatía que lo convertía en un ser tierno. Rosaura lo amaba y lo cuidaba como si fuera su propio hijo. Comprendía su lenguaje, se perdía entre las

cavernas de oro de sus cuentos, subía al corcel que lo llevaba a los castillos del Nilo.

El tío Bernardo había encontrado una mujer con dinero como él quería; se había casado y de ese “amor” había nacido Omar: un niño extremadamente retraído. Era medio “payo” como decía su padre. Tenía el pelo de lino y el rostro de manzana. Solía escaparse por el campo, con su andar pristino, a cazar codornices y cuando alguien lo llamaba contestaba:

-Esperen que los estoy encontrando...

Omar no tenía con quien jugar porque en el silencio de las pampas no había ocasión para elegir amigos. Los niños sólo escuchaban los rezongos de los progenitores, la pelea diaria, los movimientos a las tres de la mañana para sacar leche en el tambo y el revoltijo de los pichones. Omar quería estudiar; el campo no le gustaba porque le parecía una madeja de laberintos.

-Bah... lo importante es hacer plata-decía Bernardo con un manojito de rábanos.

-¿Para qué?-contestaba Juan quien no tenía ambiciones.

-¡Pues, para tenerla!.

-¿Guardada en el colchón?.

-¡En dónde sea!.

Amalia, la esposa, se vestía con unos trajes anticuados color verde botella; llevaba zapatos prestados y tenía bigotes. Era huraña y manejaba un auto cero kilómetro que nadie sabía en qué momento lo había comprado; lo cierto era que ella disponía de su propio dinero. Solía tomar el té en casa de las vecinas o de las primas para no gastar y recogía las sobras de los almuerzos en las cenas de los agricultores o de los tamberos. Era una mujer calculadora que se llevaba mal con Bernardo pero que continuaba con él por razones que sólo ellos sabían... Cuando salían en el automóvil verde botella como sus vestidos, Bernardo manejaba y Amalia iba sentada atrás. Esa

grotesca imagen era demoledora para quienes observaban el comportamiento de esas personas que parecían tenerlo todo en la vida. ¿El dinero da felicidad?.

Estas familias de clase media que luchaban por construir un porvenir estaban dejando la libertad del goce, la paz interior, la gloria de los momentos simples. Elegían vivir así como una manera de autenticar los códigos y de ser fieles a sí mismos pero se perdían entre los arrabales, las flores de cardo y los zaguanes repletos de semillas de mandarinas.

Todos y cada uno con los errores y las virtudes eran protagonistas, seres irrepetibles que soñaban y que no pensaban en la finitud de la existencia. La muerte no era aceptada y resultaba mejor no hablar de ella para no desbarrancarse. Las estrellas de Rosaura eran testigo de una realidad que los golpeaba para partirles las ilusiones en pedazos. Luego llegaba el responso que se extendía por años y un duelo austero que no se borraba con nada. Cuando pasaba el tiempo más grande era el vacío y la apatía se transformaba en una costumbre que los dejaba absortos frente a las sorpresas. Ya no podían reaccionar... La rutina era demasiado trivial frente a los dolores más grandes porque las heridas estaban latentes en las vísceras para punzar de a poco esa carne flácida. La oración era infinita y llegaba a las fibras más hondas pero no alcanzaba a reconstruir la pureza de lo vivido.

Rosaura no dejaba de tener las mismas sensaciones porque era sensible y acarreaba las dolencias de su familia, pero, en ciertas ocasiones, tenía carácter fuerte. Ese antagonismo la enfrentaba con una sociedad que creía en su debilidad de expresión porque ya estaban dichas las últimas palabras.

Magdalena, quien recibía la lisonja de su evangelio, gobernaba la vida de sus seres queridos. Era la única persona que podía ordenar las leyes rurales y la mujer que hacía frente a los inadaptados. La madre que jamás se

doblegaba y menos ante las enfermedades.

En la vastedad de los campos, la quietud del espíritu asomaba como un himno. ¿Qué otros peligros podrían acechar?. La venganza ya había sido muy cruel.

VII

Rosaura Waner, la joven que no esperaba casarse o que no podía, sufría mucho pero no lo demostraba porque no tenía derechos. Estaba obligada a permanecer expectante sin poder emitir palabras bajo sus emociones castas.

Jesús estaba en su vida; lo sintió más que nunca una mañana cuando se despertó. Lo veía anciano como si no hubiera muerto a los treinta y tres años.

-Venid a herirme.-decía

A Rosaura todavía le quedaban momentos duros que pasar; su madre estaba muy delicada de salud pero seguía combatiendo contra los mandatos de los especialistas.

-¡Deja que prepare unos fideos guiseros con champignones, cebolla de verdeo y rúcula!-decía enojada.

-No debes aderezar la comida, con unas papas hervidas ya está bien-contestaba Juan apesadumbrado y loco de tanto dar consejos.

-Quieren matarme de hambre pues lo van a conseguir... Me moriré pero de furia.

El doctor Santos, que estaba muy anciano, le daba recomendaciones

que ella no aceptaba. Quería saborear gallinas viejas, corderos y salsas como si fuera la última vez. No entendía que debía afrontar una dolencia que se podía transformar en mortal por el hecho de no cuidarse en la alimentación. Era necia y agredía, involuntariamente, su cuerpo como si quisiera castigarse por sus negligencias.

Rosaura parecía estar al margen de las circunstancias; no se atrevía a darle recomendaciones a su madre. La creía inmortal y con un poder superior que la convertía en una persona omnipotente, en el ejemplo a seguir, en la fortaleza física y mental para solucionarlo todo. Rosaura no pensaba en la muerte; la sentía ajena si se trataba de Magdalena, como si la autoridad de ella fuera más fuerte que los designios de Dios. A Juan le dolía el pecho cuando pensaba en los estragos de las enfermedades imprevistas. Él era un hombre pusilánime que prefería no reflexionar sobre algún tema que alterara su tranquila personalidad; sin embargo, sentía el desgaste, el proceso de envejecimiento y una especie de premonición que lo retraía aún más como si quisiera volverse ciego y sordo por temor al futuro. No quería separarse de Magdalena a quien amaba pero con ella ya no se podía dialogar porque, inconscientemente, hablaba de sus dolores de la mañana a la noche. Quería que toda su familia estuviera a su lado, que no fueran a trabajar y que dejaran de ser felices. Lo conseguía porque todos y cada uno estaban pendientes de sus movimientos. En esos rostros no había lugar para las sonrisas porque Magdalena los declaraba culpables si dispersaban los pensamientos de los miles de dolores que ella padecía a diario. Esa tarea agotadora la transformaba en juez que no perdonaba a los desertores.

-No me dejen sola porque me van a encontrar muerta-amenazaba.

-Tengo que ir a sembrar el trigo, mujer.

-Contrata a un peón.

Con el egoísmo trataba de anular las pocas ganas que tenían de

disfrutar de la vida. Juan se iba igual al campo a rastrear y a tomar oxígeno; se sentía igual que cuando José Shalli lo atosigaba con reproches: acorralado y sin esperanzas. Juan José se escondía en los establos a llorar porque veía el deterioro físico de su madre a quien amaba muchísimo. Él ya era un hombre grande pero seguía unido a su progenitora sin tener idea del tiempo y del espacio, con el caudal de amor que sólo tienen aquellos que dependen de su otra mitad para vivir. La ingratitud de quebrantos lo abandonaba en los caminos donde las sombras le gritaban para que despertara de ese letargo.

-Vamos, deja de torturarte, hijo-le decía el tío Agustín cuando lo encontraba por sorpresa acostado sobre los fardos.-Magdalena no se va a morir, solamente está un poco más castigada por los males que años anteriores.

-¡Qué dice el doctor Santos!-gritó enojado.

-Pues... nada, que lo único que tiene es gastritis y que se le va a ir con antiácidos y también dejando el exceso de condimentos en las comidas porque es evidente que está intoxicada.

-¿Te parece?. ¿Tú lo crees?.

-Claro.

Rosaura se arrodillaba al lado de la cama de su madre y rezaba un rosario entero junto con ella. Llevaba la Virgen de Luján en su pecho y parecía una misionera entregada a los oficios religiosos. Magdalena tomaba su mano y no la soltaba hasta que terminaba la siesta. Rosaura, arrodillada, muerta de cansancio, apoyaba su cabeza en el colchón y cerraba los ojos. Estaba dispuesta a dejar la vida, el presente y el futuro, porque todo sin la presencia de su mamá carecía de valor. No quería pensar en ella misma porque no lo sentía; Magdalena era lo primero y lo último en su pobre existencia. Cuando la tarde se inclinaba hacia la pampa, una alfombra besaba la pena y seguía negando la libertad.

La situación antagónica no dejaba espacio para las conjeturas. Cada grupo se transforma y evoluciona pero en la casa de ladrillos rojos, los integrantes de la familia dejaban pasar la historia para detenerse en los abismos del pasado. Podrían envejecer sin darse cuenta, llorar, reír, nacer y morir que todo les parecía lo mismo porque ya no se sostenían ni con la religión ni con un abrazo ni con un pensamiento positivo.

La tierra giraba con el soplo de los cascos, la gramilla y el trébol y los galopes del caballo cuando el sulky, delante de la polvareda, parecía embriagado de tristeza.

Magdalena, sin querer, los empujaba hacia una cisterna herméticamente cerrada por los espejismos de un futuro que parecía no existir para nadie. Cada acto era mecánico y dejaba traslucir el agobio de los días, el martirio del dolor, el perdón que no llegaba... ¿Qué estaba faltando y qué sobraba?. Evidentemente, lo que faltaba era libertad. Se cruzaban los caminos que no conducían a ningún lugar porque alguien se encargaba de cortarles las alas con la sutileza de los manipuladores. Bastaba sólo una palabra para que se quedaran en inmovilidad completa, como topos escondidos y crucificados hasta las raíces, pero respirando ese aire que los paseaba por la historia como legendarios personajes.

Aparecía la noche con sus estrellas y el desahogo. La mirada de Santiaguito se confundía, en la heredad de la memoria, con la de los abuelos que parecían ejercer una presión antinatural sobre el tejado donde los gatos tenían sus charlas nocturnas y se confundían con los bailes, las carreras cuadreras, las riñas de gallos, las escenas a campo abierto, con arreos y rodeos de hacienda.

Magdalena sabía de la dicha y del dolor; conocía grandes fuegos que se apagaban despacio, ruidos y recuerdos de un ayer plasmado de esperanzas. En los días en que no se sentía bien, concebía la existencia como un trayecto o

una herida por la que vagaban los temores y las fantasías con la habilidad de un dramaturgo inglés.

Ella padecía una lesión hepática permanente y progresiva. Esa enfermedad crónica del hígado le había originado cicatrices y nódulos fibrosos que afectaban ambas zonas del órgano. Magdalena se hallaba débil, cansada, había perdido peso y tenía náuseas; la dolencia era irreversible. Tenía solamente sesenta años; era joven para morir.

En la piedra blanca trepaban los rosales cultivados por Magdalena que parecían dormirse con el crepúsculo; era la cuna de los labradores y de los pastores.

Rosaura la recordaba en su juventud cuando elegía la ropa en los figurines de moda para que la modista del pueblo, doña Carmela, se los confeccionara a la medida. Magdalena adoraba el glamour como toda su familia; quería verse bien.

-Éste se ve precioso.-decía Magdalena mirando a una bella modelo delgada y atractiva.

Cuando doña Carmela se lo probaba para darle los retoques, Magdalena, enojada como nadie, se peleaba con la costurera porque el vestido en su cuerpo caía diferente, faltaba tela, quedaba largo...

-Corre a buscar el corsé-le decía a doña Carmela que escapaba al otro dormitorio para traer aquella faja que parecía destruirle el estómago.-¡Así está mejor!.

Es que Magdalena estaba gorda y no lo aceptaba; era una mujer muy coqueta.

Ahora, en los umbrales de la partida, intuía que algo estaba cambiando para bien. Si no hubiera tenido tanto que desear no le hubiera importado abandonar este mundo, su espacio de líder y luego el silencio de sonrisas resignadas y el espejo que le decía cosas:

“Deja caer tus brazos y entrega lo bueno que hay en ti... acepta.”

Un día, en manos del Espíritu Santo, reconoció que ese yerno, el novio de Rosaura, era como un hijo para ella. La mujer campesina se comprometió con aquel hombre, casi desconocido, que esperó largos años con frío en sus rodillas y los bolsillos casi vacíos. Fue en un baile, el único lugar posible para el encuentro; los dos eran grandes y habían sufrido mucho. Nada se parecía al ayer de festejos y de alegrías. El equilibrio estaba roto y llegaba la hora de la comunión, la unión del alma y del cuerpo, el estado de gracia.

Rosaura quería saber cómo pensaba él y lo primero que dijo fueron palabras simples que se parecían a una disculpa; estaba algo dispersa. Era extraño pero no lo recordaba demasiado pero la acercaba el hecho de sentirse tan lastimada por la vida. Él le dio un beso en la mejilla; le prometió que se acostaría temprano y que al otro día iría a su casa; se notaba que era muy formal. Ella pensaba en su madre aferrada a las astillas de madera resinosa, demacrada, furiosa, tratando de hallar expresiones poco afables.

A Alberto du Champ algo le decía que debía correr porque el viento que giraba en grandes círculos a modo de torbellino venía arrastrando su moto hacia un destino inevitable. Quería adquirir desenvoltura para ejecutar sus actos con la solidez de una persona segura de sí misma.

La chacra pobre le pareció un hogar cálido y rápidamente hizo amistad con Rubén, el hermano menor de Rosaura. Juan, el padre, lo quería porque sabía de sus buenos sentimientos y conocía a la familia pero Magdalena, a pesar de haberse sensibilizado por la enfermedad, aún no se daba por vencida. Estaba celosa de ese hombre que quería quitarle el amor de su hija. No se daba cuenta de que ese sentimiento llegaba para sumar votos y para solidificar las relaciones.

Alberto se acercaba por el camino rural, delante de su propia polvareda, en un vehículo raro todas las tardes. Llevaba anteojos y el pelo

claro, algo de misterio en sus palabras y mucha fuerza en la mirada que, a veces, se perdía en el llano en busca de algo indefinido. Le sobraba magnetismo, seducción y entusiasmo para conquistar a cualquier mujer. Su singularidad le daba una distinción especial, aunque era solamente un hijo de hacendados.

En los días sucesivos, Rosaura internó a su madre en un sanatorio en Rosario. Se quedaba al borde de la cama toda la jornada y regresaba por las noches. El colectivo estacionaba frente al camino y entonces ella se venía caminando como diez kilómetros, sola en la oscuridad, hacia la chacra donde la esperaban todos para saber sobre la salud de Magdalena. El sacrificio la desgastaba por dentro dejando fisuras que no se borrarían jamás de su corazón. ¡Cuánta tristeza!. Su Virgen de Luján no respondía... Dios le daba la espalda. ¿Por qué?.

Juan José lloraba en los rincones como un niño; estaba paralizado por el miedo porque no quería escuchar malas noticias y trataba de negar lo que Rosaura decía:

-Se va apagando de a poco. Deben ser fuertes porque la vida sigue... Ella sola se condenó y nos obliga a sufrir la pérdida. No se quiso demasiado como para pensar en nosotros. ¡Acaso se cuidó!-gritó Rosaura con impotencia al verlos sufrir demasiado frente a una verdad que sabían de antemano. Ella no quería que ninguno se enfermara por la triste realidad sino que asumieran, de alguna manera posible, la muerte que llegaría nuevamente a cercenar las almas.

En la chacra quedaban los resabios de la costumbre y del resentimiento, de las ganas de redimir las vejaciones y de borrar la ejecución de las leyes con el clamor de la pasión.

Magdalena Shalli Waner falleció una mañana en su casa. Dicen que no se despidió pero en los últimos momentos quiso que su hija no se separara de su lado y la trató con inmenso cariño. Esa madre impotente ante su propia tragedia, partió callada con la convicción de haber sido una persona equitativa. No pidió perdón; miró hacia el Oeste con la inocencia como única expresión de su linaje.

Si Magdalena no hubiera muerto, Rosaura jamás se hubiera casado.

El mundo al revés era una gran fogata y no existía el futuro; era una caja de Pandora con las sorpresas y el misterio. Las horas se habían consumido igual que velas y no había actores cuerdos o ebrios. La reina de las patologías estaba presente en el tablado para ejecutar la pena para luego partir por los cuetos helados en su viaje secular.

Shakespeare ya no podía escribir un relato nuevo o volver atrás el cortejo. “Ser o no ser” habría dicho Hamlet en su primer discurso igual que lo hacía la abuela francesa de Alberto, el novio de Rosaura, cada vez que concluía una tarea:

-Fin du Siècle.-repetía.

Rosaura tersa y frágil pero tan fuerte como su pasado, sintió que su madre la dejaba a oscuras y le confesaba:

-Siempre te quise, perdóname.

Magdalena se fue midiendo su espacio. Contó las horas y escuchó la verdad en los labios de su hija. Fue filosófica y audaz; dejó sus valores pero no pudo ver sus nietos. Para ella no existían las edades y creía que el tiempo se había detenido, por eso veía a una Rosaura pequeña de bucles junto al tío Agustín que tocaba ese instrumento de música con fuelle y teclado de válvulas que se movía con la mano izquierda.

Su cuerpo descansaba en un mausoleo de piedra negra y bronce con dos vitrales; uno de Cristo y otro de la Virgen, en ese lugar con hojas de acanto y los amores de antaño. El recinto amurallado era la morada que había soñado el abuelito de bigotes José Shalli, su padre: un impresionante rostro de Cristo que miraba al Poniente, mármoles y laureles, y la pompa de la pradera, espejo de la vanidad.

-Cuando me muera quiero “una casita”.-había dicho años atrás después de la partida de Santiago.

Magdalena se había encontrado con su familia; ya se hallaban unidos por el roce de las lágrimas, la paz del exilio, las voces de poetas y el abrazo de las madres, siempre presentes. Los trovadores clamaban en derredor como ánimas que curaban los males del corazón. La muerte era injusta pero en este caso purificaba, unía y daba la posibilidad a los deudos de rescatar de las ruinas lo poco que quedaba de vida. Santificaba y era dueña de las leyes.

Magdalena quiso mucho a su hija pero no supo cómo decírselo para compensar el dolor y rectificar los errores y sus trampas. Después Rosaura colocó su imagen en un altar porque la amó más que antes; arrastró el tiempo ciegamente y esos cuerpos mutilados.

A los once meses de haber fallecido Magdalena, Juan José se enfermó.

-¡Qué tienes!-le gritaba Rosaura una tarde cuando lo encontró desmayado junto a la plantación de berros.

Él estaba luchando como una bestia de carga contra la angustia que le punzaba la piel. No soportaba la ausencia de su madre.

-No quiero vivir más.

-Deja de mortificar a esta pobre familia.-contestó el tío Agustín cansado de tantas injusticias, con la lasitud de los años y el esqueleto carrasposo.

Juan José estaba anémico. No tardó en quedarse en la cama días enteros sin levantarse a comer. Rosaura estaba desesperada; sobre ella recaía, como siempre, toda la responsabilidad: salvarle la vida a su hermano. Él, a contramano, se clavaba su cruz en el pecho porque ya no podía cargarla hasta el monte Gólgota.

El doctor Santos permanecía desconcertado. Dijo que había que trasladarlo a Rosario para hacerle unos estudios con papila de bario, una fibroscopía. Su rostro necesitaba una cataplasma urgente porque gesticulaba sin control después de haber revisado al enfermo. No podía creer lo que sospechaba; Juan José se ganaría el Paraíso desde las ignominias del castigo.

Tenía varios tumores en el intestino que presentaban el máximo grado de malignidad. Los síntomas que lo aquejaban eran dolor y distensión abdominal, vómitos y estreñimiento, acompañados de una descompensación total. Evidentemente, el fallecimiento de la madre le provocó un estrés fulminante. La metástasis era ya visible en ese cuerpo endeble y entregado. Estaba muriéndose a su lado.

Juan José se fue cautivo del amor con sus liebres y sus perros a reírse del tío Bernardo, a echar leña al fuego, a poner las campanillas toscas de chapa de hierro a las vacas en el cuello, con toda la soledad y la riqueza de su inocencia.

La tierra sostenida por las palabras no alcanzaba para retardar la historia.

Rosaura sepultó la alegría con un golpe sobre la mesa y cerró con barretas su alma para siempre. Se quedó esclava de los patios a barrer las lluvias de septiembre con la sangre reseca, el poncho y el caballo.

La familia permaneció días enteros en la granja esperando la bonanza, pero estaba Alberto que venía a hacer ruido con su aparato de dos ruedas. Esa presencia era un remolino de aire; a él todo le sonreía porque se hallaba

demasiado contento. También llegaban las tías a ayudar o a causar problemas, pero estaban presentes con sus quejas y reclamos. Ellas sufrían por los conflictos que tenían con su yo superior: egocentrismo, inseguridad, orgullo, ostentación y necesidad de reconocimiento.

-Las lindas suelen quedarse solteras porque son más pretensiosas-
decían las abuelas.

VIII

El tío Bernardo Waner venía cruzando el campo y esquivando cilancos de río con la rama en las manos, su hijo Omar y los perros.

En la cocina, reunidos, las palabras se escapaban igual que el agua entre los dedos. Era arduo comprender de qué manera estaba hecha la existencia humana: tan corta para muchos y tan larga para los que padecían; otros decidían finalizarla por propia voluntad. Pero todos sabían que la muerte es inevitable, aunque para poder seguir necesitaban comportarse como si fueran inmortales. En la pampa con el coraje como oficio, había que hacerle frente a la parca con algún fulgor de hierro.

El ayer se presentaba más de una vez en la boca de algún mayor que decía:

-Tiempos eran los de antes.

Incomparable reflexión a la hora de contar las décadas y dar vuelta la hoja. ¡Qué difícil se hacía aceptar lo irremediable!. Los años acentuaban el dolor.

La ruta por ese puente que se iluminaba más adelante, una puerta abierta, los rostros amados y muchos brazos que se extendían para encontrar calor.

Rosaura seguía mirando las estrellas, ahora más que nunca. Con los cirios encendidos en la cocina, el ambiente parecía más lúgubre. No sentía ganas ni de vivir ni de morir, era solamente un ser que respiraba por voluntad de Dios. Seguía fiel a la Virgen de Luján como una forma de aferrarse a algo que pudiera rescatarla de ese conglomerado de absurdos. En esa pesadilla escribía el manuscrito atiborrado de ocupaciones para no pensar tanto.

-Vamos a comer-le dijo Rubén en voz baja.

Nadie hablaba en la habitación entristecida por las bujías. Juan, Rosaura y Rubén, los tres solos en la granja perdida por la oscuridad de la

noche y con el dolor de una herida que no curaba con nada, tan lacerante como devoradora. El abatimiento había llegado a esos seres sin voz para continuar, pero sujetos a cada jornada frente al horror del mutismo.

Las tías con sus incongruentes pensamientos se quedaban en la casa para velar las lágrimas de una tragedia que llegaba a triturar la carne y el cerebro.

-¿Para qué vivir?. ¡No quiero seguir!. Necesito irme con ellos.

Ésas eran las tantas preguntas y exclamaciones que se escuchaban en la chacra que olía a jazmines y donde se escuchaban cencerros a la distancia entre los pinos y el ocio de los senderos.

Juan, abatido más que nunca, no dejaba de mirar la calle principal; quizá, imaginaba a don José venir con su auto Nash lleno de reproches a alborotar los ánimos y la voz de Magdalena y el llanto de Santiago. ¡Tan lejanos y tan presentes!. Las liebres y las palabras de Juan José, el niño que veneraba a su madre, que nunca había dejado la infancia. Y Rosaura quieta con el mate en la mano, con el amor guardado, sentía que no había hecho lo suficiente para salvarlos de morir. Ahora le quedaba cuidar a Rubén hasta el fin de sus días. Era la madre sustituta que se sentía nula para avanzar por la vida.

Isabel, su madrina, quería llevarla a pasar un tiempo a Marcos Juárez.

-No, tengo que vigilar a Rubén.

-Ya tiene veintiocho años.

-Es que es demasiado blando e ingenuo. Tú lo ves, se ríe mucho y todo le parece fácil. Es mi niño; yo lo crié...

-Bueno, pero acá están mis hermanas, Agustín y tu padre. Allá, en la ciudad, te vas a despejar un poco y cambiarás de aire.

Rosaura se marchó, por unos días, a Córdoba arrastrando las ausencias, las responsabilidades, las angustias y el pasado. No pudo olvidar

pero sí aturdirse con las bromas de Manuel, su primo, hijo de Isabel, y con la comida que hacían las empleadas de su madrina. José contaba historias sobre iglesias y torres maquiavélicas, procesados que morían sin haber sido heridos, mandrágoras y comadreja con raro gañido.

De Córdoba, trajo telas caras: sedas, encajes, ropa y algún broche de oro. Todo el amor de Isabel que calmó sus arrebatos de llanto y el apoyo incondicional de unos padres que llenaron su orfandad de ternura.

Rosaura y Alberto se casaron...

La ceremonia fue muy íntima porque ella estaba de luto por la muerte de su madre y de su hermano Juan José. A la mañana asistieron al civil y luego al templo en el pueblo de Roldán; más tarde almorzaron en la casa de Eduardo y Juana, los padres de Alberto, en Carcarañá, un pueblo pequeño habitado por campesinos y comerciantes.

Los anfitriones prepararon pollo a la parrilla, “rigatoni”, canelones pequeños y angostos, ensaladas y “peach melba” el postre exclusivo de la abuela del novio.

Rosaura tenía un traje oscuro de saco y falda a la rodilla con un sombrero blanco que sostenía un velo con motitas y una pluma. Alberto lucía tan elegante como François, su abuelo militar; había algo innato en su porte que lo diferenciaba de Eduardo que era gordito y de baja estatura igual que su madre.

Al casamiento concurren los familiares cercanos de Alberto, sus hermanos Carmen, Melanie y Julio y también Juan, el papá de Rosaura, y Rubén que ya se había casado con Clara, una rubia alemana muy bonita, diferente, de pelo alborotado.

Juana y Eduardo obsequiaron a los novios una lámpara de mesa Wisteria hecha en bronce y cristal emplomado de 1902. Era propiedad de la abuela francesa de su costosa colección. Tiffany, su autor, fue un arquitecto que se destacó por decorar estancias.

La luna de miel en Córdoba resultó ser un poco tediosa porque había como veinte parejas de recién casados que se perseguían en las excursiones. Eran encuentros con personajes casi frívolos y de diferentes edades. Alberto y Rosaura, más grandes, estudiaban las situaciones; pensaban en la profundidad del sentimiento que los unía pero también en el trabajo y en el dinero, a veces escaso, que necesitaban para construir la casa donde ir a vivir.

Rosaura quería alejarse de la tumba de su madre, de los mochuelos, de sus rosas y de los perros. Quería tener un nuevo patio de helechos para pensar en el futuro y en los ojos de la bienaventuranza.

Ambos pudieron escaparse de aquellos esposados melosos y visitaron el Laberinto de los Cocos y el Molino de Thea en Villa Giardino. Rosaura en el lago San Roque manejó una embarcación con una gorrita de capitán y anteojos de carey opaco similares a los que usaba Grace Kelly en sus películas, subió a un burro en los cerros de Capilla del Monte, luego pasearon juntos por el camino de la herradura y se fotografiaron en el Cucú de Carlos Paz.

Los dos estaban cansados porque no les gustaba viajar pero cuando regresaron de las sierras fueron a visitar la Basílica de Luján. Rosaura era creyente y adoraba a la Virgen cuya historia siempre le apasionó.; sin embargo, existían momentos en que se sentía vacía y sin fe. Añoraba la niñez, los retos y las exigencias de su madre, estar todos juntos muriéndose de frío en la cocina junto al farol de aceite.

Después de recorrer aquellos lugares memorables, la pareja se fue a vivir a la granja de Rosaura con Juan y Clara porque ella no quería

“abandonar”, por el momento, al pequeño Rubén.

-Mi hermanito, pórtate bien.-solía decir Rosaura quien lo trataba como un niño.

Alberto estaba edificando un chalé a la vuelta del hogar de sus padres, en una esquina. El sitio se hallaba bien ubicado pero a la calle todavía le faltaba el asfalto. Tuvieron que derribar árboles y palmeras porque era un terreno baldío que ocupaba casi una cuadra. Entre la hojarasca había brotes de madreselvas, limoneros y magnolias. Todo fue hecho con sacrificio y muchas cosechas bajo el cielo bruñido.

Los inmigrantes volvieron a desandar caminos y a poner su sello en la batalla por la supervivencia; se miraron unos a otros porque competían igual que soldados en el circo romano sólo que no había fieras y el gobierno les quitaba la mitad de las ganancias con los impuestos. Ellos, a pesar de las circunstancias adversas, seguían firmes entre las visitas, la Patria confusa y los bolsillos casi vacíos.

Los campos parecían museos donde habitaban taperas, estancias y construcciones de principios de siglo que documentaban esos cien años de pasos fieles.

El mejor homenaje a los primeros era la presencia de sus actuales discípulos y herederos. Ellos amaban profundamente lo que hacían; podían no cobrar bien por el precio de los cereales y los descuentos por fertilizantes y agroquímicos pero nunca realizaban las faenas por deber. Ser agricultor era una vocación. Así lo sentía Juan Waner a pesar de su apatía y así lo vivía el tío Bernardo que no dejaba su chacra ni por todo el oro del mundo. Ellos eran fieles custodios de los surcos que se adormecían bifurcando su brújula. Amaban cada raíz que se extendía como fruto bendecido; estaban a merced de la luz mortecina de los tiempos y entregados a los caprichos de la naturaleza.

A los primeros, que a través de las décadas pusieron fin a la miseria,

algunos le deben la vida. Nada borrar  la trascendencia histórica y los recuerdos que dejó la colonización galesa de la Patagonia: ranchos de adobe, vacas flacas y un puñado de hombres que peleaban su suerte. Ellos, tal vez, deseaban ver un Picasso o un gobelino legítimo sobre la chimenea; sin embargo, a algunos le quedaba la tierra porque vivían con austeridad y tenían lo necesario. Querían ahorrar para dejarles un porvenir a los hijos como lo hicieron los familiares de Rosaura, especialmente don José Shalli. El viejito de bigotes blancos falleció creyendo que su fortuna estaba a salvo. Sin embargo, se hallaba a la deriva entre las zapatillas moriscas, los bronce, los canteros de cerámica, la cara rústica de los aljibes y la ignorancia de quienes no valoraban el esfuerzo de aquellos que, a ojos cerrados, habían entregado la vida.

Rosaura y Alberto pensaban en levantar una vivienda cómoda para formar una familia. En la granja estaban bien, entre malvones y aromos, pero lo mejor para ellos era tener su espacio para madurar como adultos que eran y asumir obligaciones propias.

La noche traía la luz de la luna tímida y en los rincones los grillos respiraban su aire de insectos ortópteros que emitían su sonido monótono de  litros. A lo lejos, relinchos de caballos y libertad de las farolas de puerto; alrededor de la casa la tibieza de la leña en la penumbra, el radio, la novela favorita y las canciones de Chicote López que empezó su carrera en el programa "Ritmo y Juventud" de canal 11 de Buenos Aires. Sobre una mesita cubierta con una carpeta bordada por Magdalena, el acordeón del tío Agustín escuchaba las voces del Parnaso y lloraba su melodía preferida junto a la fotografía de Juan José. El tío había fallecido hacía ya un año como consecuencia de la misma dolencia de su sobrino; seguramente se habría contagiado de la tristeza de no poder vivir con los huecos cuando ese presente le arrebatara con furia la energía frente a la tertulia de las horas.

Rosaura miraba por la ventana cubierta por una cortina descolorida y percibía mensajes de otros seres en el parpadeo de sus amigas, las estrellas. Demoraba parcamente la esperanza.

-Allá estará mamá, Santiaguito, el tío Agustín, Juan José y los abuelos.-decía con lasitud cuando observaba el cielo igual que cuando era chica.

Sus ojos se llenaban de lágrimas y se sentía impotente y sola porque no entendía la muerte. ¿Para qué servía haber nacido?.

Rosaura quería a Alberto a su manera por ser muy fiel y honesto, pero el presente, con su testimonio casi desgarrador, la obligaba a correr tras una meta o un proyecto de vida que le hiciera dar saltos a su corazón. Tenía que buscar otra vía de satisfacción que no dependiera de algo o de alguien externo porque los segundos le ganaban al cansancio.

El firmamento a la vista de los aldeanos y el arado para labrar las extensiones hasta el límite del alambrado.

Ya faltaba poco para terminar la construcción de la obra y Rosaura estaba esperando un bebé. Si era varón se llamaría Henry y si era nena Hildegard que significa jardín de sabiduría.

Ella nunca sintió el deseo ferviente de ser madre, no era su prioridad, pero ahora creía que era diferente porque ese latido en sus entrañas la alejaba de los pensamientos y de la soledad extrema de su alma. ¿Esa criatura la haría olvidar el pasado para valorar lo que Dios le estaba entregando en ese momento?.

Clara, la esposa de Rubén, también estaba embarazada; las dos tendrían a sus hijos con diferencia de pocos meses. Rubén se encontraba feliz porque no arrastraba la angustia de una vida consagrada a los demás; siempre había sido un niño mimado por todos y eso lo había convertido en un ser demasiado blando pero profundamente querido por su familia. Era solidario,

alegre, tranquilo y siempre estaba dispuesto a colaborar. Era evidente, que se parecía a Juan, su padre; una persona incapaz de tener un mal pensamiento.

Rosaura miraba la cuna de madera y esterilla con ruedas grandes, la mesa de luz de roble y la lámpara china. La canastilla tenía doble faldones y ella había confeccionado baberos, sábanas y almohadones bordados en punto vapor con forma de ondas y festones. Todas las noches recogía en su delantal, sobre la enorme panza de siete meses, a los bebés que la gata Violeta llevaba a la puerta de la cocina para tomar la leche. Su obligación era devolverlos al galpón para dormir en sus cunas abrigados de la desazón de la noche. Rosaura amaba los gatos como hijos propios y ellos la querían como ama de cría.

Ella iba todos los días a Carcarañá a ver su chalé de tejas rojas, parecido al de Eduardo y Juana, que ya se hallaba listo, pero le faltaban muebles y cortinas aunque conservaba las perchitas tirolesas pintadas a mano, un cuadro regalo de su madrina Isabel con un paisaje en tonos ocre, sepias y verdes, espejos de aluminio y marcos con perlas de nácar, que eran algunos de los obsequios de la boda.

Lo importante era que ya podía decir que ése era su lugar; un reino de pocos amigos pero sin reminiscencias, con costuras, el niño y una mascota que rozara la cuna. Imaginaba cómo crecerían las rosas chinas, el gomero y los helechos que plantaría en el jardín y la magnolia que había quedado de herencia cuando compraron la propiedad. Atrás quedaban los bosques de talas, el rosario virginal de Magdalena, los pájaros negros sobre el galpón de las herramientas y la profundidad de las miradas cuando las palabras eran inútiles.

Alberto, para ir ganando tiempo, había puesto paraísos sombrilla en el patio grande porque su padre también había hecho lo mismo en su predio. Era innegable la influencia de Eduardo a pesar de haber sido siempre tan injusto con él. El caudillo era un gaucho que calzaba botas francesas y alborotaba a la

familia con decisiones arbitrarias.

Rosaura pensó en su hijo y recordó cuando su madre caminó por el piso hueco de la habitación de Santiago. La muerte se había llevado esa vida endeble y nadie daba una explicación. La ausencia del bebé le enfermó a Magdalena el cuerpo y el alma. Rosaura sintió un escalofrío al recordar aquello y la asaltó la idea de que su niño pudiera morir igual que su hermano. Ella ya había cumplido treinta y ocho años, era madre primeriza y tenía miedo.

Clara la despertó del sueño; venía a buscarla para ir al pueblo. Rosaura guardó la ropa en una caja: un bombachudo con cuello de piqué y moño, saco unisex con solapa doble, batita en hilo macramé... Los edredones y las fundas nórdicas, toallas, sábanas con cenefas de conejitos.

Al día siguiente, llegaron las tías solteras; trajeron regalos y una noticia:

-Queremos vender todo, la casa y los campos, para irnos a vivir a Rosario.

-¡Qué!-exclamó Rosaura que sentía que se le iban alejando los afectos. Aquellas madres postizas e imperfectas la obligaban a asilarse en la oscuridad de sus tristes recuerdos.

-En la ciudad hay más posibilidades de relacionarse, podremos hasta casarnos.

-¿Pero tienen que vender los campos?-dijo Juan Waner quien no concebía la idea de despojarse de las herencias aunque viviera como un mendigo.

Lo cierto era que las tías estaban más hurañas que nunca y se le habían acentuado los caprichos. No existían candidatos para “las señoritas” porque eran muy egoístas e incapaces de mostrar las debilidades propias de los seres humanos; ya grandes, les resultaba difícil encontrar hombres solteros y doctores. Seguían con las mismas pretensiones, pero no tenían tanto dinero

porque no supieron administrar las propiedades. Desde que había muerto Agustín todo se había desbarrancado porque ellas no podían o no querían asumir responsabilidades, tratar con forasteros y campesinos y entender los reclamos del sector agropecuario.

-Ése es trabajo de hombres-decían con las ínfulas propias de su refinada casta.-Una persona de clase se nota en su postura y en la personalidad y no en la ropa que lleva puesta; si su vestido es pobre en ese cuerpo se transforma...

Algo de razón tenían porque el glamour es algo innato.

Alberto y Rubén atendían los caprichos de esas damas del siglo XVIII con paciencia pues podían ser extremadamente cargosas pero también eran muy compañeras. Quisieron mucho a Magdalena, su hermana, y le prometieron, antes de morir, que cuidarían de Rosaura y de Rubén, pero ellas debían aprender a controlar los impulsos, la arrogancia y el autoritarismo para poder ser más tolerantes. Cuando regresaron a la casa del pueblo, reinó la calma en esa morada de campesinos impregnada de desarraigo y de prematura vejez.

El suelo fértil a la hora de sembrar les hacía brotar las ganas de contar billetes. Las plantas de cereal crecían, los capullos se abrían y se dispersaban los murmullos de las aves que emergían entre la vegetación cuando la luz llamaba a un nuevo día. Los chacareros se levantaban con los primeros sacramentos, el té o el café, y partían hacia la campiña con la esperanza de volver con más fuerza y más dinero pero, a veces, regresaban abstraídos por la disconformidad.

Alberto se iba vestido con botas y el chaleco de cuero, una canasta con alimentos y el caballo. El itinerario era corto; tenía que ir desde la casa de Juan Waner hacia la de Eduardo y Juana, sus padres, cruzar la vía del ferrocarril y la ruta nº 9. Ése era su lugar; la pampa donde había crecido y que

amaría siempre por encima de aquello que se le presentara ante sus ojos: el progreso, los coches y la multitud de gente en las ciudades con las avenidas iluminadas. En la tierra dejaría para siempre sus ojos sombríos y el silencio que, bajo su piel, llevaría hasta su último respiro.

Rosaura se quedaba con su padre en la chacra de ladrillos rojos a cuidar su embarazo y a preparar tortas de chocolate. Sentía un dolor ambiguo, algo así como un impedimento para ser feliz. Nada lograba llenar el hueco amenazado por una angustia. Solía aturdirse con la risa de Clara y sus olvidos, con las bromas de Rubén y los caprichos del tío Bernardo que continuaba trayendo tomates en docenas que arrojaba bruscamente sobre la mesa. Omar, su hijito, miraba de lejos sin hablar y luego se alejaba corriendo rumbo a la calle para ir a buscar lagartijas y gusanos. Llevaba libros debajo del brazo; los ocultaba celosamente. Su padre le gritaba como era su costumbre y eso lo intimidaba; transformaba a esa criatura en un ser ausente, sin infancia, como un niño que crece a la intemperie de una sociedad alarmista.

Las tías solteras se habían ido a vivir a Rosario con demasiados billetes que, obviamente, se habían esfumado con la compra de departamentos. ¿De qué y cómo vivirían de ahora en más esas mujeres casi ineptas y excéntricas?. ¿Podrían subsistir en una ciudad con reglas impuestas?. ¿Llegarían a casarse?.

IX

En la Argentina de los años 60 y 70, el campo de las provincias del Nordeste fue una de las regiones más postergadas del país. La causa mayor de esta situación fue la caída de los precios de los productos agrícolas que registraron un deterioro progresivo mientras el costo de los insumos aumentaba permanentemente y las cargas impositivas se acrecentaban. Esta situación marginaba a miles de trabajadores rurales y a pequeños y medianos productores de las zonas de Chaco, Formosa, Corrientes y Norte de Santa Fe.

Familias enteras se vieron empobrecidas y sin posibilidad de subsistir por la baja de los precios de los productos. Muchos debieron abandonar sus tierras o entregarlas como pago de deudas y partir hacia las ciudades.

Durante la administración del doctor Frondizi se produjeron planteos militares que finalmente lograron derrocarlo. La ocasión más propicia se presentó en las elecciones realizadas en marzo de 1962; las fuerzas peronistas que se habían asegurado bajo el nombre de Unión Popular triunfaron en varias provincias. El 28 de marzo fue decisivo; el presidente confinado forzosamente a la isla de Martín García, se negó a presentar su renuncia.

La Unión Cívica Radical del Pueblo se inspiró en los comicios generales; asumió el doctor Arturo Illia.

El bebé de Rosaura Waner du Champ nació en septiembre a las veinticuatro horas. Fue una niña y no se llamó Hildegard porque el juez del registro civil de Carcarañá no permitía nombres extranjeros. La bautizaron solamente María.

La enfermera del sanatorio Santa Adoración dijo que la criatura era la más linda que había visto en los últimos tiempos; se la llevó para que todos la conocieran... El parto fue muy difícil ya que no eran comunes las cesáreas y por lo tanto la pequeña estuvo al borde de la asfixia.

El doctor Barrichell le aplicó fórceps para ayudar al bebé en el momento de nacer. El instrumento semejaba a una especie de “tijera” con sus dos ramas en forma de “cuchara”. Eran muchos los médicos que desaconsejaban el uso de este método porque podía ocasionar lesiones traumáticas en el recién nacido.

Rosaura no intentó tener más hijos por la dolorosa experiencia y por la edad.

Alberto hubiera querido que fuese un varón igual que la mayoría de los hombres, pero al verla se conformó porque era hermosa. María mostraba su ceño fruncido de bebé enojado con el entorno como si sospechara que llegaba al mundo rezagada por la precariedad de la medicina.

-Tiene los ojos azules-dijo Rosaura, en el primer instante, con el deseo que heredara el color de ojos de su padre.

Juana y Eduardo le trajeron regalos, lo mismo que Rubén y Clara que llegaron con un vestidito que enviaba el abuelo Juan. A Clara le faltaba poco para el nacimiento de su primogénito.

El cubremoisés de María era de piqué, bordado con motas y con bordes calados. El detalle de ojalillos y punto París simulaba un pasa cintas

en el que se ubicaba un lazo de color. La sabanita era de batista con ribetes ondeados, los baberos de linón totalmente festoneados, la canasta para el tocador era de rafia con un cefir a cuadritos rosa, puntilla de broderie, entredós, cinta de bebé. Hasta tenía una bolsita de agua caliente con una funda realizada en plumetí. ¡María, una reina!

Rosaura estaba muy dolorida después del alumbramiento porque sufrió mucho.

-Pronto te vas a olvidar.-le dijo el doctor Barrichell.

Ella lo recordó siempre y no se le cruzó jamás la idea de volver a ser madre a pesar de que Alberto no se resignaba a la ausencia de ese hijo varón que tanto deseaba. Él jamás se olvidó porque parecía encaprichado con el destino.

-Lo hubieras pensado antes, perdimos el tiempo. Quieres adoptar pues adopta...-decía Rosaura levantando la voz, defraudada por un esposo que no valoraba su esfuerzo para ser madre.

Ella amaba a esa niña más que a su vida y la cuidaba como un tesoro con el temor de que algo o alguien pudiera arrebatársela de sus brazos. Tal vez por ser la única, su miedo fue creciendo y la paralizó por completo. Rosaura seguía padeciendo la sensación de hueco por las pérdidas y la incertidumbre de no saber qué vendría mañana. A menudo, se enjugaba las manos en agua bendita y sentía el pulso de su corazón en la garganta.

Bettina, la hija de Rubén, nació para Reyes. Fue una beba diferente, muy rubia y de ojos celestes. María era peladita, gorda y caprichosa, de mirada penetrante.

Rosaura, Alberto y María se fueron a vivir a la casa nueva. Tuvieron que abandonar al “pequeño” Rubén y a esa chacra que los abrigó siempre con el legado y sus fantasmas en la portada, con las estrellas y las estrategias para burlar al destino que, a pesar de todo, tenía la última palabra. Los esperaba el

porvenir para enredar las cuerdas de los años con nudos apretados y no dejar pasar el oxígeno.

-Qué seas feliz, hija, te lo mereces.-le dijo Juan con gesto de tristeza como sintiendo que se iba su sostén. La mujercita con la fuerza necesaria para enfrentar las tormentas más atronadoras, quien nunca lloraba frente a los demás, el ser que podía sobrevivir a todas las muertes. Rosaura, la persona más omnipotente que él, con sus años, había conocido.

-Papá, te espero en la casa. Quiero que vengas para las fiestas o para carnaval.

-Voy a consultarlo con mis perros.-dijo Juan con una sonrisa débil.

-¡Lleva tus perros para que se peleen con mi gato!-gritó Rosaura a la distancia.

Alberto iba al campo y se quedaba todo el día; Rosaura tenía que atender las tareas domésticas y renegar con el desorden de un corralito lleno de juguetes, cuando el coche quedaba estacionado en cualquier lado mientras la pomposa beba gateaba por las habitaciones y el gato sacaba tierra para jugar de las macetas. Y ella todavía tenía que limpiar los cofres de marfil y los vidrios laminados. Sus miedos iban en aumento y Alberto continuaba con la idea de adoptar un hijo varón. Por momentos se lo notaba distante con la niña, es que era un hombre muy solitario. Desconocía las obligaciones y se mostraba invulnerable porque la unión matrimonial no era para él. Se había criado en la austeridad completa, con el vacío como hermano y la carne magullada por el maltrato psicológico.

María recibió el primer sacramento a los seis meses. Los padrinos fueron los mismos que tuvo Rosaura, Isabel y José. El día de la ceremonia

hacía mucho calor pero la invitación estaba hecha para todos aquellos que querían a la familia.

La iglesia Nuestra Señora del Pilar, con su altar majestuoso, recibió a María du Champ; un párroco juvenil se encargó del acto porque el presbítero se hallaba ausente. El vestido, regalo de su madrina, relucía frente a sus ojazos negros. Ella era una criatura muy seria. Le tomaron muchas fotografías con sus padres y hasta con el abuelo Juan quien tenía miedo de tenerla en brazos. La niña, atrapada en los avatares del capricho, no podía hablar pero su rostro parecía abrazado por las llamas del enojo.

María los miraba sentados a la mesa con las copas levantadas en un brindis tras otro y, seguramente, se preguntaba:

-¿Por qué estarán reunidos todos estos?.

Rosaura evocaba los momentos pasados cuando estaba sola porque había noches en que Alberto no regresaba al pueblo y ella se quedaba con María, las dos muy juntitas en la cama grande. Tal vez Alberto, como jefe de familia, no era el hombre ideal; se lo notaba aislado, egocéntrico y apático. Rosaura sufría y tenía miedo; esa ausencia la lastimaba pero luego pensaba que así debía ser porque el trabajo era lo primero para los labradores. Tenían que comprar mobiliarios para la casa. Ella sabía que ésa era una etapa de cambios internos y que debía tratar de equilibrarse física, mental y emocionalmente. Saber escuchar y llevar adelante una estrategia con la mayor objetividad posible. Sin embargo, esa vida no llenaba los espacios; se sentía huérfana, sin rumbo y con la tremenda y hermosa carga de cuidar a un ser que la necesitaba. Era evidente, que su existencia no había cambiado en absoluto; antes velaba por sus padres, ahora por su hija. Siempre solitaria para enfrentar un destino que podría sorprenderla, con todo el silencio dentro del cuerpo que lidiaba con sus gritos de auxilio.

Nada había cambiado... Rosaura extrañaba a su madre y a Juan José.

Alberto adquirió algo distante de Carcarañá, en Lucio V. López, un lote de sesenta hectáreas que le traía contratiempos. Quería acrecentar el capital pero dejaba de lado las necesidades espirituales de su familia. En realidad no estaba acostumbrado a compartir por haber vivido marginado en su mismo lugar y subestimado por otros que creían saberlo todo. Obediente, ofrecía sus servicios como hijo: cuidar a su madre, ir a buscar al pueblo el médico, comprar medicinas y volver de noche, en pleno invierno, en el sulky con un caballo viejo y cansado, consolar a Juana que lloraba día y noche...

María cumplió tres años. Cansada de jugar con la muñeca de su misma estatura que Alberto le había traído de Rosario, quiso que Rosaura le comprara libros de cuentos. El primero se llamó: El gallito Crestita. Su madre no se lo leía muchas veces en el día y aunque tenía otros siempre quería el mismo; entonces María miraba los dibujos e inventaba lo que decía debajo. Más tarde, comenzó a escribirle vocales en las tapas cuando Rosaura ocupaba ese tiempo en enseñarle las letras y los números.

Las tías solteras llegaban de Rosario con sus aires de duquesas. Sin un peso en la cartera, se dedicaban a cuidar niños de noche y trabajaban en comercios. María miraba de lejos a una mujer “vieja” sentada en la cabecera de la mesa, rubia y muy maquillada que hablaba con palabras ininteligibles. Era Regina, la mayor, que conservaba sus gestos soberanos frente a los plebeyos que la ignoraban por completo. Nadie escuchaba su conversación trivial porque carecía de sentido. Su padre José Shalli, desde el infinito, en un abrazo, seguramente estaría confundido; sus amadas hijas conservaban sus códigos, el carácter, la altivez, pero habían desbaratado la fortuna. Aquella que a él le llevó tanto tiempo y sacrificio lograr, por la que luchó hasta su

muerte por conservar dejando de lado muchas veces el disfrute cotidiano, la gentileza y la sensibilidad.

Ellas estaban empobrecidas y venían de visita para comer y pasarla bien en un hogar humilde. ¡Qué paradoja!. Sin embargo, seguían molestando a Rosaura que se desvivía, como en el pasado, por complacerlas a pesar de sus desatinos y de sus caprichos infantiles.

María se ponía la ropa que le compraba su mamá o la madrina Isabel que era muy refinada. Le gustaban los vestidos de talle bajo, cuello redondo, cartera con tres botones y tablas. Para el invierno, abrigo de línea muy amplia con broches forrados y originales bolsillos oblicuos.

Su prima Bettina tuvo un hermanito a quien llamaron Fabricio. María no iba a la chacra a visitarlos porque no tenían auto, solamente una moto pero era muy peligrosa. Solían sentarla en la parte de adelante; tenía entonces que soportar todo el viento y el frío del invierno. A la niña no le gustaba ese aparato prehistórico; se enfurecía con sus padres que la querían dominar como si fuera una muñeca de yeso.

Catalina, la menor de las tías, aparecía para Navidad. Habían pasado los años y la vida le mostró lugares bellos, pasarelas de teatros, bailarines clásicos y la música de Ludwig van Beethoven y de Wolfgang Amadeus Mozart, pero jamás le dio la compañía de un hombre sincero. Tenía miedo de encontrar algún oportunista que le quisiera arrebatarse lo poco que le quedaba. Catalina estaba demacrada y sentía el peso de los años en ese cuerpo obeso que envolvía con suaves gasas.

María se trepaba por sus rodillas y le pedía que le leyera El gallito Crestita.

-Otra vez, otra vez-decía.

La tía Catalina volvía a empezar con el relato. La niña la quería a pesar de sus quejas; ella tenía los ojos color turquesa y la cabeza llena de rulos, era bajita y caminaba hamacándose con aire melancólico. Estaba tan sola porque se había peleado con sus hermanas, aunque nunca abandonó la casta y la autoestima. Seguía huraña y se enojaba por cualquier cosa; parecía haberse quedado detenida en los años de gloria cuando la vida le sonreía y los billetes le sobraban, con un padre que manejaba los hilos de un negocio rentable. Nunca tuvo novio.

Un día, Alberto apareció en la casa con un auto Ford T modelo 1920, era grotesco ese aparato. Una vez por semana los tres recorrían los sembrados que quedaban en Lucio V. López. María estaba contenta y hasta cantaba cuando regresaban por los caminos polvorientos. Después ya no quiso subir más a ese carruaje pasado de moda que su papá amaba.

A Alberto le gustaban los coches y cada uno de sus actos revelaban los matices de una vida rica transcurrida entre el campo y el pueblo, los inmigrantes suizos y franceses y los cultivadores de la tierra, los apuntes de relojería y las notas del bandoneón. En su casa de campo había libros y obras de arte de su abuela francesa, cruces y talismanes, sahumeros, plantas de vid y de olivo y la higuera.

El presente recorría los segundos incontables con la destreza de un titán. Todavía tenían que luchar con el arrojo acostumbrado como lo hicieron José Shalli e Isabel San Piero con sus hijos allá por 1900. Necesitaban las mismas ganas aunque las cosas, de alguna manera, se habían simplificado para darles comodidad y más espacios libres. Atrás quedaba el trabajo manual, los arados con caballos y los pies sangrantes de los peones que, bajo el sol, dejaban sus huesos. Solían morir jóvenes a los treinta años.

La familia quería sentirse acompañada y unida, ser uno para guiar los

pasos, pero sabían que después del fin sólo quedaba un cuerpo guardado y un alma sin voluntad que vagaba en el espacio sideral. Era la ley pareja, la que miraba con el catalejo los ranchos.

Rosaura sabía de los años repartidos entre el dolor y el miedo. Sentía tan hueco su cuerpo que le daba frío. María era su refugio y en quien depositaba su egoísmo y el terror a las desapariciones. La niña era la llama encendida que sostenía su presente con el rigor de un pasado que le laceraba la carne. Aparecían Magdalena y Juan José todos los días de su vida a mendigar cariño frente a esos muros; ellos la miraban exigiendo respuestas a los enigmas, queriendo sorber su existencia para llevarla a los confines. El sonido del bandoneón le recordaba al tío Agustín que la abrigaba con sus brazos para contener su llanto y Santiaguito en el cofre parecía un bebé que acababa de nacer. ¡Cuánto los amaba!.

María du Champ asistió al primer día de clases.

Su impecable figura se destacaba y era digna de admiración: el traje, el pelo arreglado y el aire de soberana dueña de sus actos. En el instituto religioso de las hermanas Carmelitas había mucha gente.

De pronto, un niño comenzó a rezongar; más tarde la sinfonía de lamentos se hizo insoportable. María los observó detenidamente y dijo para sí:

-Claro, lloran porque son chiquitos.

Se acomodó el guardapolvo; tomó su canasta y vio que Rosaura y su prima Eugenia, de quince años, le sonreían desde la puerta.

María comenzó el “jardín de infantes” a los cinco años. Como ya sabía leer y escribir muy pronto comenzó a aburrirse en las clases. Ella se sentía más grande que esos alumnos, pero lo que no podía gobernar en algunas

ocasiones era la vergüenza.

La niña era muy especial; cuando la llevaban al circo lloraba y frente a los magos que extraían de sus galeras conejos o palomas solía decir:

-No les creo nada. Piensan que soy tonta.

Rosaura la iba a buscar a la salida y Eugenia le sacaba fotos con su delantal con tablas, la cesta de mimbre y su peinado con flequillo. Alberto era un padre ausente.

María tenía una gran imaginación que rondaba lo sobrenatural: hombres de barba oscura y boina colorada, fogatas, bombos y cornetas para llamar a las almas bajo el sol o a la sombra de los montes. Ella no se daba cuenta, a pesar de ser muy inteligente, que Rosaura sufría mucho; sólo sentía demasiada vigilancia que venía de una madre que no la dejaba libre para volar.

Cuando María iba a la casa de Eduardo y Juana, sus abuelos paternos, ella la atendía poco y nada porque tenía que tejer sus pañoletas. La niña se iba a charlar al patio de las frutas con el abuelo que la escuchaba y le contaba anécdotas. Juntos dibujaban letras con un palito en la tierra y si él se distraía, ella le comía las uvas de la parra. Aquel chulé era como de chocolate y se dibujaba en sus diminutos utensilios de duendes.

Alberto volvía del campo en el Ford T y aprovechaba para hablar con Rosaura sobre los asuntos del trabajo; siempre hacían planes para un futuro que no llegaba nunca a madurar sus frutos. Se peleaban mucho.

María se aburría; tomaba a Dadá (término francés que designa a un caballito de madera infantil), el sulky-ciclo regalo de su madrina, y se escapaba por la calle de tierra a dar vuelta la manzana. También se alejaba cuando desaparecía el gato porque lo iba a buscar hasta el extremo más alejado del camino porque lo amaba más que a su vida.

-Vuelve, no seas malo.-le gritaba.

María era una niña muy nerviosa y mostraba signos de aislamiento porque todo le aburría... Los demás tenían que respetarla porque era diferente al resto de los chicos de su edad; pensaba, a veces, igual que un adulto. Los caprichos demostraban que se rebelaba. Isabel aconsejaba a Rosaura.

-Hay que dejarla-decía.

X

Rosaura estaba preocupada por su hermano Rubén porque cuando caminaba parecía tener dificultades. Ella temía que hubiera heredado una enfermedad congénita de las neuronas motoras que, en otras épocas, se creía que se originaba en la columna. Isabel, su madrina, parecía tener síntomas aunque eran difusos y podían confundirse con espasmos musculares. Ese problema de salud de Rubén era otra carga que Rosaura, con su alma abatida, tendría que sobrellevar por el resto de su vida. Ella se hacía cargo de todo como una misionera poseída por la necesidad de proteger a alguien.

-¡Por qué caminas así?, ponte más derecho. Tienes que cambiar el colchón. Clara dile que no se incline para adelante.

-Es que no puedo porque me duele el nervio ciático.

-Papá, usted no ve que algo le pasa-le comentó Rosaura a Juan.

-Bah...-gritó una voz desde la puerta.-Muchos de ustedes están castigados por esa enfermedad. ¡No se cura!.-dijo bruscamente el tío Bernardo.

-No diga eso, todavía no sabemos de qué se trata, hay que consultar con un especialista.

El abuelo Juan Waner se alteraba con las opiniones de su hermano y ante posibles malas noticias solía agitarse, entonces se iba, como en los viejos tiempos, rumbo a los establos o a las inmediaciones del chiquero de los cerdos. Lo seguían Bettina, Fabricio y María para saltar los alambrados y juntar mariposas. Los primos eran muy unidos. María los amaba como verdaderos hermanos. Pasaban tardes enteras en aquella chacra llena de ánimas y jilgueros; jugaban con otros niños que también eran primos y se divertían muchísimo.

-Vamos que ya es tarde-decía Rosaura cuando Clara, con toda la paciencia del mundo, ponía las tazas para tomar el mate cocido con una torta descomunal.

María rezongaba porque los pasteles de su tía Clara eran maravillosos y porque sentía que Rosaura quería manejar los tiempos con la ansiedad de una mujer sin rumbo que no disfrutaba de las cosas simples y que tenía que salir corriendo de todos los sitios para poder respirar. El aire de campo le traía asma bronquial porque la vehemencia que le recorría las venas la impulsaba a escapar en cualquier dirección.

María fue con sus padres a la casa del abuelo Eduardo para ver por la televisión un histórico suceso.

El 20 de julio de 1969 el hombre llegó a la luna en una empresa sin precedentes.

Neill Armstrong y Edwing Aldrin salieron del módulo Apolo II, al cual se referían con el nombre de “Águila”, para permanecer trece horas sobre el satélite de la tierra, mientras el tercer miembro de la tripulación Michael Collins se mantuvo en órbita.

María era una espectadora en medio de tantos en el mundo que, tal vez, no alcanzaba a comprender en su totalidad la magnitud del descubrimiento. Sabía que era importante y miraba azorada la cara de sus padres y de Eduardo mientras Juana iba y venía de la cocina porque estaba haciendo su acostumbrado dulce de ciruelas.

Rosaura parecía dispersa. Quizá, no le gustaba estar de visita en la casa de sus suegros o se sentía más acompañada en la soledad de los cuartos; demasiada gente alrededor le despertaba las ganas de huir del lugar. Ella veía escombros en todos lados, humedad de casa deshabitada, hostilidad, impaciencia de criatura y algo impredecible, una señal, que la enmudecía transformándola en un ser inocente y callado.

María era muy inteligente para la edad que tenía y en la escuela participaba en lo que se llamaba “Cuadro de Honor” porque sus calificaciones eran sobresalientes: diez en todas las materias. Debía ir a los desfiles de las fechas patrias vestida con jumper azul con tablas, camisa y corbata, una boina con tres tiras, guantes y blazer. El pelo le llegaba a la cintura y tenía un flequillo sobre la frente.

Su padre no se enteraba de los logros escolares de su hija porque se hallaba totalmente ensimismado, frente a las entrañas mismas de un hado poco convincente que lo obligaba a aturdirse en el campo.

María du Champ era ordenada y responsable porque sabía que tenía que cumplir con las responsabilidades. Iba sola al colegio y no quería que la madre la fuera a buscar a la salida, pero Rosaura, sin que ella se diera cuenta, la vigilaba una cuadra más atrás. La niña tenía sólo seis años y daba órdenes igual que un adulto. Ella necesitaba destacarse en algo que tuviera que ver con el intelecto, eso le daba valor y felicidad; tal vez, porque jamás escuchó de su padre:

-¡Te felicito!. Estoy orgulloso de la hija que tengo...

Al contrario, Alberto siempre la subestimaba; la hacía sentir menos que otras niñas, entonces ella buscaba la aprobación de los demás, el elogio, una caricia.

Por esos años, nació Ricardo, el último hijo de Rubén y Clara.

María se asomó por sobre la cuna del bebé en el sanatorio Albores del pueblo de San Jerónimo Sud; su cara parecía una manzana y Rosaura dijo que Ricardo le sonrió... Era muy lindo como Bettina y Fabricio. Rosaura Waner du Champ fue la madrina del bautismo.

Ese niño resultó ser para ella como el hijo varón que no pudo tener y que Alberto deseaba, aunque nunca se arrepintió de no haber intentado concebir otra criatura. María no quería hermanitos para cuidar primero y para

pelear después.

Con los ahorros Alberto se compró su primer auto cero kilómetro; el coche era muy grande, celeste claro con techo azul, podía utilizarlo para ir al campo y para andar por el pueblo. Rosaura no estaba tan contenta porque hubiera preferido tener más dinero en la casa para las compras diarias. Su marido le daba muy poco y ella tenía que pedir fiado en los almacenes, tener el coraje para hablar de ciertas cosas que, viviendo con sus padres, jamás le hubieran pasado. Era orgullosa y se sentía defraudada por un esposo que no sabía los precios de los comestibles y no comprendía los esfuerzos que ella hacía para vivir dignamente.

Isabel y José venían a la casa para septiembre porque era el cumpleaños de la niña. Traían torta de crema y regalos: alhajas de oro, vestidos, telas y carteras color rosa. Isabel estaba grande y decían erróneamente que tenía una dolencia congénita de la columna en las vértebras supernumerarias, en la región lumbar; también sufría espondilolistesis, dolor en la parte inferior de la espalda, que afectaba a la quinta vértebra y el sacro. Apenas podía caminar; lo cierto era que esa enfermedad se originaba en las neuronas motoras. De todas formas no tenía curación. Rubén también la había heredado y Rosaura no podía asumirlo; era otra cruz que debía cargar por el resto de su existencia. Ella reclinada sobre la cama, ante la infinidad de cirios, solía rezar. Entre sus manos estrujaba las imágenes con el lenguaje de las religiosas profesas.

En presencia de los padrinos se ponía extremadamente nerviosa, demasiado formal; se parecía a Magdalena. Obligaba a María a permanecer todo el día dialogando con los adultos sentada quieta en una silla que Rosaura le colocaba enfrente de Isabel y José. Era tedioso para la niña permanecer inmóvil escuchando relatos que no entendía del todo. Quería vivir la infancia.

-Ellos no te ven nunca, quédate... ¡Ven acá!-gritaba Rosaura porque

María se escapaba a la casa de las amigas porque se aburría muchísimo.

-Es rebelde y caprichosa.

-Bueno, déjala, es chica.

Rosaura la obligaba a tener responsabilidades de adulto para ocultar sus propios deseos de escapar. Quería que María ocupara su lugar para evadir la realidad y esconderse entre los trastos a llorar por las personas que ya no estaban en el mundo. Ella no disfrutaba de las cosas y siempre esperaba algo o a alguien que no aparecía nunca; vivía apurada para llegar a... ¿dónde?. La ansiedad le quemaba el cuerpo cansado de recorrer senderos en busca de motivos para continuar peleando en ese universo caótico.

Alberto insistía en recorrer el llano con María que no aceptaba porque le daba tristeza, una sensación de que esas praderas cargaban melancolía en las entrañas.

-El campo parece un cementerio con sus palomas y el silencio. Como si los fantasmas de aquellos que ya vivieron se hubieran mudado a buscar oxígeno a los sembrados.

-Desprecias lo que te da de comer-decía Alberto enojado y se le cruzaba, más de una vez, la idea de buscar ese varón adoptivo que tanto necesitaba.

-¡Ella tiene que estudiar!-decía Rosaura.

-¡Bah!. Si no le gusta nada. No sabe dónde están ubicados sus propios campos. No sé qué va hacer el día de mañana.

Rosaura y Alberto estaban preocupados por los negocios y la hacienda. Tenían un tantero que hacía las tareas un poco desprolijas y eso provocaba que las ganancias no fueran tan buenas. El dinero siempre presente en los pensamientos y en los sueños de Alberto porque necesitaba comprar una estancia en honor a su abuela. Rosaura solamente quería vivir tranquila con lo indispensable, sin ambiciones, porque pensaba en el bienestar de los tres

mientras a su esposo le atraía el gozo personal y monetario.

María, frente a la conducta de su madre, se escondía debajo de la cama porque era muy tímida y sabía que Rosaura la obligaba a saludar y a quedarse en acto de presencia frente a los personajes inoportunos. Finalmente la llamaba en voz alta:

-Saluda a la tía.

-¡Qué grande que está!.

-En la escuela me va bien, pero hay compañeras que se portan mal entonces las monjitas tienen que atarlas con el cinturón del guardapolvo al pupitre. Yo les digo: por qué no obedecen si al colegio se viene a estudiar.-decía María mientras las señoras la miraban asombradas ante los comentarios y reflexiones.

Esos deseos de aprobación eran conflictos interiores producto de la falta de reconocimiento a los méritos. La estimulaba el hecho de sentirse importante, de ser cada día mejor. Era perfeccionista.

Juan Waner, el papá de Rosaura, falleció una noche de carnaval después de haber regresado a la casa caminando cuatro cuadras desde el festejo. Estaba agotado de escuchar las llamaradas del viento entre las tormentas de granizo y de llevar la desolación como ruina de su alma.

El abuelo sufría desde temprana edad de arritmias y solía tener las piernas hinchadas. Estaba siempre muy deprimido mirando por la ventana la gente que, seguramente, lo aturdía... Recordaría, quizá, sus encontronazos con José Shalli y la huida hacia los rastrojos, su apatía y esa bondad que lo diferenciaba del resto. Nunca quiso un peso más de lo que merecía por su trabajo, jamás contó el dinero porque no le importaba si era mucho o poco. No

tenía ambiciones, solamente hubiera querido pasar sus últimos días en la granja con las vacas y las cabras, recogiendo la leña, los huevos de perdiz y los frutos de la pasionaria.

En el living estaban los dos solos. María, de siete años, y el abuelo Juan. Él se hallaba agitado por la insuficiencia cardíaca. El corazón era incapaz de bombear sangre a todo el organismo debido a la presión alta, irregularidades en el ritmo, anemia... Sus síntomas más comunes eran dificultad para respirar, fatiga e hinchazón de pies. Quizá, su forma de ser austera y sin palabras, de mostrarse ante los demás como una persona que parecía no sufrir pero que llevaba dentro una borrasca de sensaciones enfermizas, lo había llevado a la lasitud completa.

En un momento, el abuelo Juan se inclinó para un costado y luego se desplomó sobre aquellos mosaicos grises que parecían huecos; ya era tarde. La sangre en el piso, impresionante. Todavía vivía pero no pudo resistir mucho.

Juan se fue sin saberlo y con la paz de una vida consagrada al amor por su tierra, sin palabras y sin quejas, mostrando el parpadeo de un abuelito que se dormía en silencio con la sabiduría de los ángeles.

María jamás pudo olvidar ese instante porque la obligaron a recluirse en el cuarto de Rosaura. El calor, las velas y las flores, la gente que murmuraba y su madre que lloraba desconsoladamente. En esa época no existían las casas mortuorias entonces lo velaban en el hogar. Comenzaron a desfilar los parientes mientras la niña, de mal humor y acalorada, los observaba con la puerta entreabierta.

-Para qué sirven café si ocurrió una desgracia.-decía María.-Cuando uno está triste no tiene sed ni hambre.

En esa habitación donde el abuelo Juan fue velado, María buscó siempre su espíritu desencarnado, una señal de luz, una voz... Ella dormía en

la misma cama porque jamás quiso que la cambiaran y allí, con los ojos abiertos, en la oscuridad, lo esperaba todas las noches. Ella, a pesar de su corta edad, sentía que la muerte la buscaba, no para atraparla sino para demostrarle su crueldad.

De la vieja estirpe ya fueron quedando pocos; Juan Waner se fue a descansar a la casa de bronce y mármol con su esposa y sus hijos.

El hado posee todo el poder y las trampas y se posa sobre las personas como un tejido de red.

José Shalli e Isabel San Piero ya se habían salvado del polvo de las décadas porque su sueño se immortalizaba con las palabras, en la turbulencia de las cosechas, en el relincho de los caballos o cuando los guardianes se despertaban solos. Aquellos abuelos parecían soldados sin cañones ni bayonetas con la piel vieja por el cambio de las estaciones.

Rosaura viajaba entre lágrimas hacia la chacra en busca de energía y luego regresaba deshecha por la falta de presencias. Estaba cansada pero no vencida porque Dios le gritaba a viva voz que era fuerte y que debía cerrar los ojos ante lo irremediable y abrirlos para ordenar sus pensamientos y superar esa sensación de alarma.

La familia seguía el ejemplo de su sombra con los defectos y virtudes, las cábalas y el amor a la tierra. Esos tallos arraigados al suelo pedregoso que, a veces, los traicionaba con un latigazo que les decía:

-La naturaleza manda.

Todos tenían memoria y sabían guerrear ante las inclemencias de la vida.

El único reclamo, el de don José Shalli que los obligaba a andar caminos y la luz incierta de las tardes con viajeros de pasados infecundos. Esa candela que no se apagaba nunca era el principio y el fin de los labriegos. No hablaban de otra cosa porque vivían para la tierra como el artista para sus

obras. La vocación estimula y hace sentir que la sangre corre por las venas. Ellos estudiaban esos surcos con la sabiduría de maestros autodidactas y no se alejaban nunca de los predios por amor. Dejaban la piel curtida, el rostro avejentado por los vientos y las heladas, pero jamás se entregaban porque eran demasiado apasionados. No pensaban en la ciudad, ni en viajes a lugares desconocidos, no les importaba la Pascua o la Navidad. Eran esclavos de sus convicciones y vivían el presente en la mansedumbre de las galerías techadas con chapas, rodeados de perros sin estirpe y de gatos algodónados.

Rosaura extrañaba el rigor de su madre y su poca ternura, la inocencia de Juan José cuando libraba batallas en las orillas de los lodazales, el acordeón del tío Agustín y su melodía celestial en el patio del fondo con las gallinas y los pollos de testigos. ¡Cuántos recuerdos!. ¿Y Santiaguito?. Rosaura iba a su tumba de ángel y colocaba solamente flores blancas. El bebé parecía hablarle desde las cenizas de los años con balbuceos que no llegaban a ser palabras. Él tenía su pasaporte a la eternidad y Rosaura parecía querer robarle su propia muerte para instalarse en su lugar. ¿Lo amaba tanto o ya no soportaba la vida terrenal?. Habían pasado muchos inviernos y ella seguía llorando su ausencia como si fuera el primer día.

XI

En julio de 1973 todos se quedaron maravillados por la repentina nieve que envolvió los rincones de la casa de ladrillos rojos, el corral de las ovejas y los techos de tejas.

María miraba desde la ventana de su hogar y esa imagen quedó

grabada como una fotografía; el tiempo se encargó de pintarla con matices grises igual que su alma. Esa niña adolescente, ¡tan ilusionada!, estaba dejando de ser feliz porque no creía en el milagro de estar quieta y esperar... Pensaba que jamás encontraría un amor.

Rosaura, detrás de los velos, ansiosa y solitaria, no encontraba su lugar. Solía pasarse horas en el jardín con las plantas enormes que tapaban la vista del chalé; tejía camperas, confeccionaba cortinas y acompañaba a Alberto cuando él se lo pedía porque no podía negarse a cumplir sus obligaciones de esposa. La atormentaba dejar a María sola, pero ella sabía cómo tenía que portarse y se sentía aliviada cuando su madre se alejaba de la casa porque Rosaura era tan sobreprotectora que la ahogaba con recomendaciones, temores y pesimismo. Para ella la capacidad de dar vida le otorgaba omnipotencia.

El 24 de marzo de 1976 se produjo el golpe de estado. La Junta Militar designó como primer mandatario al teniente Jorge R. Videla. Así comenzó el llamado Proceso de Reorganización Nacional.

Todos aquellos que formaban las Ligas Agrarias (organización rural para la defensa de los derechos) fueron perseguidos con la excusa de pertenecer a movimientos insurreccionales.

El proceso estableció privilegios a los monopolios y a los hacendados latifundistas.

María no pudo imaginar el llanto de algún niño robado porque los secuestros, las muertes y las torturas se dieron a conocer después cuando el horror había pasado dejando secuelas imborrables.

En el campo, se siguió viviendo con la lucha de los primeros y también

con la ausencia. Había soledad en los caminos rurales porque muchos habían huido igual que suicidas; la voracidad del progreso terminó por absorber los anhelos de quedarse en las pampas, calientes de tanto sol y hambrientas de lluvias.

-¿Cuánta soja me queda? Quiero la cuenta, hermanito.-decía Rosaura apurada cuando iba a su casa de campo a visitar a Rubén para saber si el cereal tenía buen precio o si el trigo se podía sembrar en esa fecha.

Rubén se reía todo el tiempo porque estaba contento; él siempre parecía feliz a pesar de que caminaba muy poco y tenía presión en la vista. Para Rubén existían verdades que liberaban y otras que imponían el sentimiento de fatalidad.

-Vamos, vamos-repetía Rosaura-que se hace de noche.

Clara comenzaba, como en los viejos tiempos, a poner las tazas y el aroma a torta de naranja aparecía debajo de la servilleta. A María le encantaban los postres, chocolates, y dulces que elaboraba, en las tardes de aburrimiento, su tía Clara. Rosaura interrumpía y María tenía que salir corriendo con el trozo de pastel en la mano. ¿Quién la apuraba a su madre?. ¿Dónde quería llegar?. Ella era una mujer con el tiempo limitado y aturdida por su bajo control.

El abuelo Eduardo, papá de Alberto, quiso tomar mates antes de partir como si fuera el Santo Grial, cáliz sagrado que se dice que usó Jesucristo en la última cena. El político barrial falleció cansado de tanta vejez acumulada en sus huesos.

Las arterias habían perdido la flexibilidad debido a las grasas en las paredes de los vasos. Tenía afectadas las extremidades inferiores con dolor en

las pantorrillas al caminar. La enfermedad estaba declarada: arteriosclerosis. Una semana antes se le produjo una obstrucción, es decir se le desprendió de la capa interna un trozo de sustancia grasa y entró en circulación sanguínea. La gangrena no tardó en aparecer y eso, sumado a la diabetes, la vida sedentaria, el alcohol y el cigarrillo, lo llevaron a la postración completa.

Sus descendientes guardaron sus bombachas, la rastra de plata, las botas ganaderas, los facones y los cueros trenzados para tener entre las manos el calor de su guarida, sus enojos, la vista clavada en la pared y su andar de camello en busca de la bebida.

Eduardo fue un gaucho que arreaba el ganado a pie o a caballo sin mirar si era sábado o domingo. Llevaba un puñal de oro y plata en el costado derecho junto con una cadena de reloj que arrastraba por el piso. El trabajo era lo primero en la vida y su doctrina fue transmitida de generación en generación como la única alternativa existente.

-¿Ya tienes novio?-le preguntaba a María la madrina Isabel quien también encontró su paraíso.

Aquella dama tan diferente a las hermanas, que le enseñó a ser una señorita, la dejó huérfana. Ella soportó con estoicismo la enfermedad congénita que la llevó a la parálisis; sufrió en la soledad a pesar de tener un hijo y nietos y gastó todo su dinero para no dejar nada. En realidad siguió el mismo camino que sus hermanas que se habían entregado a la tiranía de la sociedad.

María, mientras tanto, escribía cuentos y leía muchos libros. Cien años de soledad, de García Márquez fue la novela que encaminó su vocación latente desde los tres años. No concebía una casa que no tuviera portarretratos, libros

y una mascota sobre los almohadones del sofá. Esa vida le hablaba con su mudez de seda para sumar horas de paz a su inquietud.

Alberta era su gata negra que intentaba, todas las temporadas, dar a luz sobre la falda de María; después, cuando los hijos estaban grandes, los trasladaba al dormitorio de Rosaura quien enojada los devolvía al canasto un millón de veces.

El tío Bernardo gritaba desde el portón antes de entrar a la sala; traía los tomates y los tiraba, con descuido, sobre la mesa. Omar, su hijo, estaba estudiando en la facultad la carrera de abogacía.

-¡Están durmiendo!. ¡Bah...!

-Le cebo unos mates, tío.

-Bueno-decía Bernardo y se sentaba a leer el diario. Hablaba con Alberto de la siembra y de la política.

Rosaura corría de acá para allá sin tener idea clara de las cosas. Quería atenderlo pero se le hacía tarde con la comida como si hubiera tenido una patrona que le pusiera los límites. El tío estaba de mal humor porque se llevaba mal con su esposa acaudalada. Él parecía un mendigo con las ropas viejas, las zapatillas agujereadas y el auto de principios de siglo que parecía acartonado por el polvo de las carreteras.

María, en una oportunidad, se lo rayó con un alambre porque no le gustaba el color verde botella; tampoco quería a Amalia y solía hacerle mala cara cuando venía justo a la hora de tomar el té. Ellos eran personas raras que no tenían códigos establecidos pero sí corazas para frenar las emociones. Ponían un chinesco biombo delante de sus caras.

“Nada justifica una muerte”, ése era el lema de María. Ella era un ser sensible que no soportaba el maltrato, el abandono y las partidas. Amaba los animales como únicos portadores de la fidelidad y de la entrega y les daba un lugar de privilegio en su vida. Rosaura le enseñó a quererlos y a respetarlos

desde pequeña.

-Si existiera la carrera de escritor-decía cuando recordaba las palabras de la hermana del colegio Niño Jesús de Praga cuando le vaticinó la carrera de autora.

Rosaura y Alberto nunca la obligaron a seguir estudiando en la facultad, tampoco trataron de convencerla para que buscara un trabajo. Ya sabían que ella decidía sobre su vida y su futuro; sin embargo, su padre aunque hubiera querido no hubiera podido ocuparse del talento de su hija porque pensaba que no lo tenía.

-Ella no sabe, no sirve para eso. Se va a cansar como se aburre de la mayoría de las cosas. Si duerme toda la mañana.-le decía a alguno que llegaba a ofrecerle un trabajo.

María lloraba en la habitación y Rosaura salía a defenderla como la leona que era desde tiempos inmemoriales. Aunque haya sido vulnerable en su juventud, ahora se mostraba rebelde frente a su marido porque consideraba injustas sus actitudes. Él no era malo pero se había criado en la soledad, como quien ve la vida a través de un cristal; no sabía compartir los éxitos de los demás. Tal vez, estaba celoso.

“Cuando el corazón es firme tarda mucho más tiempo en entender la verdad.”

La abuela paterna Juana Gioberti du Champ, la última de la dinastía, que ya tenía ochenta años; iba con María a visitar curanderas que le vaticinaban enfermedades que no existían y curaciones con tisanas de origen sospechoso. Esas mujeres la recibían con todas las atenciones; en las habitaciones había olor a pelo de conejo, plumas y miel. Juana se dejaba

llevar por el ceremonial envuelta en el discurso de la hechicera que movía sus pulseras de jade frente a las imágenes de barro.

-Ahí viene la mama-decía Alberto.

María no recordaba haber visto a Juana visitar un médico; siempre circulaba por los pasillos de aquellas adivinas faranduleras que, entre el humo que se elevaba sobre las piras, podían resucitar a más de un moribundo.

Iban a menudo a las tumbas de los antepasados. La noble anciana colocaba las flores con cierta apatía, como quien va y viene sin detenerse con sentimentalismos. Los mausoleos se hallaban abandonados; eran bóvedas muy antiguas que necesitaban ser restauradas porque esas lápidas eran el testimonio de la piedad y del reconocimiento, del respeto a las ideas y del valor de lo eterno.

Ese presente no sabía de justicia; los descendientes intentaban encauzar sus destinos que encubrían secretos inconfesables. Estaban demasiado agobiados por la falta de fe y por la cantidad de enigmas y conjeturas.

Tras las rejas, estaba la inocencia de los ángeles que habían huido de la vorágine porque no tenían otra alternativa; con nostalgia sentían el hambre de miradas y añoraban la libertad que jamás volverían a tener. Esa emancipación de calor y de fuego en la sangre, de correr pisando la tierra, de gritar hasta herir la garganta.

Rosaura, la mujer que no podía vivir, se ocultaba entre los trastos para calmar la ansiedad de no tener. Cosía en la máquina de su madre encerrada en el lavadero y parecía enojarse con ese aparato añoso. Corría delante de sus propios pasos para llegar a un puerto de luces apagadas a repartir las horas de fobias y de angustias. Nadie llenaba el vacío que se agigantaba con los años. El sufrimiento era crónico. Lloraba cuando la tormenta inundaba los campos porque allá, en la vastedad de los llanos, estaba su “hermanito” Rubén quien

no podía caminar.

-Déjalo en paz, si él tiene hijos que lo atienden...

-Sí, pero...-contestaba y ocultaba el rostro entre las manos.

Era obvio, que Rosaura se sentía como su madre y quería abrigarlo, sanar sus heridas; sin embargo, Rubén era más feliz que ella. Se hallaba sentado en su sillón frente a la ventana para ver el camino de entrada a la chacra con el teléfono y el televisor. Siempre estaba rodeado de su familia porque lo amaban más que a nadie. Él era especial y, desde niño, supo ganar el cariño de todos. La imposibilidad de andar le había modificado su concepción del tiempo y del espacio.

-Si se muere tu hermano seguro que tú te mueres con él.

-Y sí-decía Rosaura convencida.-No se juega con eso.

María se ponía como loca al escuchar esas palabras porque experimentaba la sensación de no significar nada en la vida de su madre. Ella seguía aferrada al pasado sin libertad y despojada de todo remedio.

El hijo del tío Bernardo, Omar, quien estudiaba abogacía, le traía regalos a Rosaura: encendedores de cocina, jarrones y bandejas para servir el té. María, cuando lo veía llegar, por orden de su madre, se ocultaba en el cuarto porque Omar era raro. Solía quedarse callado con la vista fija en un objeto; aparecía de visita por la noche, cuando todos estaban por ir a descansar. No tenía horarios, pero hablaba de rendir materias y de política. Muy correcto y educado, parecía no ser el hijo de Bernardo y de Amalia quienes seguían viajando en el auto verde botella como taxista y pasajero. Se peleaba mucho con ellos porque lo trataban como un niño. No lo dejaban crecer, no tenía dinero en los bolsillos y, quizá, tampoco compartían su vocación alejada de las tareas rurales de los ancestros. Omar era una especie de autómatas manipulado por las circunstancias del entorno que le tocaba en suerte y que intentaba cambiar con su poco carácter y su deseo de venganza.

El Proceso de Reorganización Nacional terminó con su cordura pues lo convirtió en un huraño revolucionario. La política descargó su ferocidad en la figura endeble de Omar que padecía la falta de cariño desde tiempos pretéritos. Nadie pudo ayudarlo porque él solía ocultarse; tenía pocos amigos y una chica a quien amaba pero no era correspondido. A menudo, la seguía con el auto por las noches cuando ella salía del trabajo con actitud sospechosa; ambulaba como un espectro por el frente de su casa con la convicción de que lo aceptaría en algún momento. Un día, en una calle cualquiera, la interceptó... Ella lo denunció a la policía porque le tenía miedo. Omar se recluyó en un claustro y no se lo volvió a ver por los lugares que frecuentaba; como si hubiera muerto sin dejar huellas. Los chacareros decían que vivía en Rosario porque quería finalizar los estudios que ya se hallaban avanzados y que estaba a punto de graduarse. Sus padres no sabían nada de él porque los visitaba de vez en cuando para reprocharles sus mezquinas actitudes y remarcar los tantos defectos que tenían. Amalia parecía no entender porque se hallaba sepultada en un pozo donde ya no podía aletear porque las paredes le oprimían el pecho. Se hundía con su hijo.

En la cabaña del campo, vivía “El descendiente”. Era un hombre de unos setenta años que un día fue a pedir ayuda porque lo estaban por desalojar de la vivienda; no tenía dónde ir entonces se instaló en la finca del abuelo Eduardo que siempre habían usado los jornaleros.

El sobrenombre se lo había puesto María porque era como un hijo para su padre. Se llamaba Antonio Menas.

La casa, una arcaica construcción, la habitaron personas de la familia,

inmigrantes, peones y empleados que se dedicaban a la lechería. Estaba deteriorada por el paso de los años: la puerta roída, los vidrios rotos y ese olor a mate cocido que venía desde el fondo mismo de sus paredes.

Antonio consideraba a la soja como manifestación del poder sobrenatural de Dios. Era el alimento más sano que podía comer y le daba energía a su cuerpo flagelado. Vivía a pleno sol y bajo la llama de la lamparilla de barro; paseaba por el cañaveral sin importarle el paso de las décadas, su salud o el caos de la urbe.

Por las mañanas, salía en la moto rumbo al pueblo a cobrar la pensión que su patrón le había gestionado o a algún almacén. Dejaba la puerta abierta.

-Yo tengo quien me protege.-decía.

Subía a la ruta y desafiaba al peligro entre camiones y autos que marchaban a ciento veinte kilómetros por hora. A los setenta años parecía un joven desprejuiciado con un padre que lo defendía de las agresiones de la humanidad. Ese progenitor, por decirlo de alguna manera, era casi tan grande como él. Antonio lo apreciaba muchísimo y lo veía como un hombre que despertaba pensamientos luminosos como el fuego que todo lo purifica.

Rosaura y María iban al campo a llevar comida a los gatos que eran como quince o más...Antonio les daba consejos sobre salud:

-Hay que beber jugo de limón porque previene las infecciones. Jamás tomar remedios porque traen el mal. La gente se muere porque ha pecado...

Antonio desviaba sus reflexiones entre la vida sana y la religión. Jamás tomó alcohol ni fumó cigarrillos. Estaba muy flaco pero tenía fuerzas para despotricar contra quienes querían contrariar sus ideas de filósofo. Con otras personas solía ser muy huraño; vivía al margen como un indigente sin familia, pero no le importaba porque la soledad le daba luz a su entendimiento.

¿Acaso la ley no dice que eso es abandono de persona y que tanto los

hijos o parientes se deben asistencia recíproca?.

Antonio era una persona muy contradictoria que no aceptaba consejos para cambiar de hábitat. Alberto y su familia jamás lo abandonaban; si bien no estaban pendientes de él, todos los días iban al campo a trabajar y a ver si necesitaba comestibles.

El tiempo y la vida suelen ser generosos con las personas que viven aislados del mundo porque no sienten las presiones del entorno y el estrés que provocan las obligaciones. Ese hombre se guardaba en el silencio para permanecer...

Sin embargo, Antonio, lejos de estar tranquilo, se armaba por las noches con una especie de lanza para enfrentar a los ladrones que lo visitaban con frecuencia. En medio de las sombras, frente a la ventana con vidrios rotos donde penetraban los cierzos de invierno, él asomaba su rostro para observar el camino hacia la calle. Parecía un fantasma con sus ropajes sucios y los ojos en blanco.

¿Qué habrá sentido ese hombre en sus entrañas cuando, frente a esa soledad, lo atacaban varios individuos?.

Su corazón resistía a la invasión de su intimidad y su cuerpo esquelético tenía energía para defenderse de los desmanes. Después se quedaba vacío, sin sus pertenencias carentes de valor, con la idea de no abandonar el predio. Tenía miedo de perder lo poco que le quedaba y se entregaba a una vida consagrada a la soledad, al desamparo, al sacudón de lo impredecible, a la falta de comida, porque cuando llovía por los caminos pantanosos no se podía transitar para llegar a la tapera. Él no se preocupaba porque le apasionaba el deleite del misterio.

-La vida es linda, no hay que estar triste.-decía.

Era un personaje completamente auténtico a quien Dios le daba las armas para combatir desde la derrota y desde la indiferencia de su propia

sangre.

XII

Galtieri asumió la primera magistratura de la Nación. Bajo su mandato se produjo uno de los hechos más dramáticos de la historia: la guerra de Malvinas.

Se preparaba “La máquina de vida roja y verde” nombre con el que alguien identificó al hospital que recibiría a los niños que no eran ni presidentes ni reyes.

Los combates penetraron en la profundidad de Goose Green, Top Malo, Los Montes Kent, Dos Hermanas, Tumbledown, Longdon y Williams.

Argentina capituló el 14 de junio de 1982.

La sorpresa tenía nombre y apellido: Raúl Ricardo Alfonsín, político nacido en Chascomús que encabezaba la fórmula presidencial de la Unión

Cívica Radical. Fue elegido como primer magistrado en los comicios de 1983. Regresó la Democracia o “gobierno del pueblo”.

“Nunca antes existió tanta expectativa puesta en la democracia que hemos recuperado con dolor y penosos sacrificios”.

El sector agrario fue uno de los más afectados por el fenómeno climático en 1983; la infraestructura se vio afectada significativamente con consecuencias graves, la producción se redujo a más de un tercio. En este período no hubo cosechas de algodón y de los demás cultivos sólo se pudo recuperar parte de lo invertido.

María votó por primera vez con su amiga Joaquina en el colegio de las hermanas Carmelitas de la Caridad. Con su mirada trataba de conquistar el sitio que le ganaba espacio a su curiosidad; le hubiera gustado ser presidente de mesa en esas elecciones.

Su vida era un cúmulo de emociones que se mezclaban con las responsabilidades, los libros y la escritura. A los veinte años era una mujer que no había vivido y al mismo tiempo su cabeza llevaba la carga de demasiadas horas transcurridas entre la melancolía y las pérdidas. Ella era una persona madura e inocente, seria y frágil, con garra pero sensible. Solía ponerse en el lugar del otro y entonces sufría el doble. No podía soportar las malas caras y las palabras agresivas. No conocía la maldad ni la envidia. Se parecía a su abuelo Juan Waner.

Mientras tanto, el tiempo fue pasando y con él llegó la insatisfacción por el peso de un vacío casi inexplicable. El carácter de María fue cambiando; supo de verdad lo que era la angustia de llevar una historia sobre sus huesos y en su memoria. Tuvo miedo al ver su rostro.

Rosaura, dedicada por completo a las tareas hogareñas, no decía nada pero tenía sus temores. Seguía añorando los momentos de la infancia con su

familia reunida en aquella casa sin riquezas materiales. Escuchaba las voces de sus tías... Una de ellas había fallecido y la otra, la más vanidosa, se encontraba internada en el hospital de la ciudad. Tenía una enfermedad terminal, pero no quería recibir atenciones porque era creyente de una religión que no permitía la intervención de la medicina.

Rosaura visitaba a su hermano Rubén igual que una madre. Lo retaba delante de sus hijos y él se reía porque veía en ella a Magdalena, quien había vivido presa del malhumor en una época sin gratificaciones.

Catalina, la tía con ojos color del cielo, llegaba para el día de los santos y de los muertos. Su carácter demostraba que todavía era una persona caprichosa. Al mausoleo la acompañaban las sobrinas que la llevaban en el auto de María porque el cementerio quedaba a unos diez kilómetros.

Catalina, quien todavía vivía en Rosario, se quedaba de huésped de sus parientes para ir a limpiar las bóvedas en esa fecha, rigurosamente, todos los años. La familia tenía que ir como soldados detrás de ella que ordenaba cómo y cuándo había que hacer las tareas.

En el cementerio pintado de blanco con rejas dibujadas en forma de crucifijos, se encontraba con las amigas de antaño: compañeras de baile y vecinas de la residencia del pueblo. Algunas eran viejísimas y mostraban sus arrugas y la amplitud de sus faldas artesanales; parecían momias de cerámica o piezas de colección. Tenían el futuro en la templanza y las camelias en sus percales.

La tía se enloquecía de felicidad y las ahogaba con abrazos fríos que ellas devolvían con sonrisas de paso.

El tiempo hizo sus propios milagros.

Rosaura sentía que su hija sufría pero no podía consolarla porque ella misma se hallaba prisionera de las horas, sin escapatoria, con los pies en las nubes y el alma en las estrellas, añorando la voz de su madre y su delirio.

Don José Shalli la hubiera defendido igual que una fiera, pero el abuelo ya no vivía para enfrentar al enemigo como lo hizo alguna vez con los invasores del territorio. Él era sólo un nombre y una herencia, el caudillo y la voz de la autoridad que los guiaba como un soldado de guerra.

María comenzó a escribir con dedicación. El arte, su pasión de niña, era el don que la salvaba del naufragio y la enfrentaba a los espejos de Borges: uno de sus autores favoritos. Rosaura era su admiradora, quien leía sus obras y estaba orgullosa de su vocación. Alberto no compartía los gustos de María, tampoco se enteraba de sus logros porque estaba inmerso en su trabajo, en el caos de las cosechas y los precios, al cuidado del dinero que ocultaba en los bancos y en los roperos. Sólo para tenerlo como decía el tío Bernardo quien a sus años seguía peleando con el mundo, con su viudez y la soledad que le roía las vestiduras. Amalia, su esposa, había fallecido en una cama de hospital como una mujer pobre con un ataque de arteriosclerosis o de locura. Se escondía debajo de las camas para no ver al tío Bernardo que le traía las medicinas. Omar, el hijo, había sufrido descompensaciones y había sido internado en un sanatorio para enfermos mentales. Sufría esquizofrenia, una desorganización de los procesos de raciocinio que da lugar a respuestas emocionales anormales. El pensamiento lógico sigue sus propias pautas pero Omar presentaba un cuadro de conclusiones inaceptables. Él, de joven ya era una persona nerviosa porque mostraba síntomas que, en algunos casos, son frecuentes en la enfermedad. Era tímido y no tenía amigos por sus dificultades para relacionarse. Vivía en un mundo de alucinaciones y pensamientos ilusorios en forma de paranoia.

Antes de ser trasladado a Rosario, había intentado golpear a su padre

con un hierro que había arrastrado desde los galpones. Era de noche y el tío estaba descansando; los perros guardianes habían frenado el ataque con alaridos y mordiscos. Omar escapó entre las sombras con la ropa hecha harapos y la cara rasurada. Más tarde, lo encontraron queriendo tomar un colectivo con dirección desconocida. Parecía no ser el mismo. Era temible su aspecto, pero se trataba solamente de una víctima del entorno herrumbrado por los secretos y la codicia.

María vestida con un pantalón bordó, un pulóver mostaza con dibujos combinados y botas tejanas, seguía siendo la misma a pesar de su pelo rubio, largo y lleno de rulos. Estaba mal porque acababa de internar a Rosaura en el sanatorio Virgen de Luján por una isquemia cerebral: reducción del riego sanguíneo en una parte del cuerpo. Se le produjo por un espasmo debido a la enfermedad crónica de los vasos sanguíneos.

María, ante situaciones extremas, concentraba lo mejor de sus aptitudes para poder superar lo que fuera necesario. Durante las crisis de Rosaura solía tener muy buena presencia de ánimo y mucha fortaleza, pero cuando todo pasaba se asustaba y, si las internaciones duraban un tiempo largo, su sistema nervioso llegaba a agotarse. Cuando se hallaba en juego la existencia de otras personas, especialmente la de su madre, María reaccionaba de inmediato y no le importaba correr riesgos. Después, en el silencio de su cuarto, sentía que el futuro se parecía a un sepulcro: inhabitable y gris. Tratando de huir de la angustia, se levantaba, leía, limpiaba las habitaciones con furia, ponía los cerrojos y se dormía.

Esa vida dedicada a la lectura, concentrada en la necesidad de ser feliz y de buscar el verdadero camino, con la enfermedad de Rosaura se terminó.

Comenzó otra diferente. Dejó de pensar en sí misma al extremo para salvar a Rosaura, cuidarla, comprarle los remedios, estar al lado de ella sentadas todas las horas posibles, sin pedir nada a cambio. Estaba entregada...

La historia volvía a repetirse en la piel de otros protagonistas porque el pasado se empeñaba en tejer la urdimbre de los años con sus propias secuencias. El mundo parecía devastado: álamos caídos, puertas hachadas, helechos sustraídos de raíz de las macetas, entre muebles antiguos, huesos y olor a leño bruñido.

Alberto seguía con su ritmo acostumbrado, negando las dolencias que parecían no involucrarlo en nada. Era el tiempo del cambio y de reconocer que existía la probabilidad de enfrentarse con la muerte que mostraba la oscuridad de un dictamen ingobernable.

Rosaura empezaba a despedirse en el año 1991.

Con toda la carga de los recuerdos, seguía amarrada a una existencia que le resultaba una carga; sin embargo, se aferraba con uñas y dientes a su presente como corolario de una realidad.

-Ayer era chica y ya me tengo que morir-decía y con esas palabras atormentaba a su hija que se desvivía por ella.

María necesitaba afecto. Su madre siempre la había amado pero si le faltaba a su lado sentía que se iba el único ser que tenía... Se quedaba sola. Cuando volvía de acompañar a Rosaura a la clínica, se acostaba con Tota Petunia Catalina. Esa gata era su compañía fiel que no la abandonaba nunca, el espacio que no se modificaba por las injusticias y el abrigo para el dolor.

Peter Sócrates, el gato abuelo, ya había muerto.

A los pocos meses, Rosaura ya estaba bien pero no era la misma. María se hallaba derrotada por el sufrimiento, agotada hasta las vísceras, seca por dentro. Ahora era ella la persona que tenía un miedo constante que iba en aumento porque la niebla se enrarecía, las palabras se callaban y aparecían las

contradicciones.

Mientras tanto, la vida seguía adelante a pesar de la oscuridad del entorno y del hielo que cubría los velos en el fondo de los patios donde se escuchaba la respiración de los animales dormidos.

-A mí me gustan los gatos negros-decía el doctor Jaime Rems, médico de cabecera de Rosaura. Ella lo veía como un Dios, su salvador, el único ser junto con María que podía impedir que la muerte alcanzara su lecho febril.

-Querida, tienes que rezarle a la Virgen de Luján.

-Sí, doctor, y a todos los santitos que tengo acá...-decía y besaba los crucifijos.

Rosaura estaba anémica, se desmayaba, tenía asma nerviosa, presión arterial y riesgo de infarto. No podía pedir. Las secuelas de los antiguos tormentos declaraban su presencia; sin embargo, seguía levantándose a las ocho de la mañana para pelear con Alberto que no reconocía sus tantas enfermedades. Guerreaba más que nunca porque su carácter, después del problema neurológico, había cambiado. Era menos tolerante, gritaba y se enojaba, pensaba en sí misma por el mismo miedo a la ausencia que tuvo siempre y a la fragilidad de la calma.

-Yo sufrí mucho con mi madre.

-Bueno, pero ahora estamos nosotros que somos tu familia.

El silencio era atronador como su mirada. Ella seguía extrañando a Magdalena y a Juan José y, a menudo, miraba las estrellas buscando respuestas como cuando era niña. El recuerdo corrosivo en su memoria se transformaba en un hueco que movía los hilos de los días, se agrandaba con los años y se ennegrecía con cada bocanada de aire que necesitaba para respirar. Rosaura no quería, igual que Magdalena, que nadie la dejara sola y amenazaba a María. Tratava de impedir que saliera a la calle.

-Cuando vuelvas yo ya voy a estar muerta.

-En el momento de tu partida, yo voy a estar allí. No te preocupes.

Al regreso, María tenía ya la comida hecha que Rosaura, con mucha alegría y amor, le había preparado. Estaba feliz porque había regresado su hijita del alma; parecía que María hubiera vuelto de un largo viaje.

La abuela Juana ya tenía noventa años y la cuidaban unas señoras porque estaba en silla de ruedas. Se había quebrado la cadera; de ahí en más no volvió a caminar. A veces no conocía a la gente. Faltaba poco tiempo para que fuera a reunirse con papá, así llamaba ella a su esposo Eduardo.

-Pobre Alberto-repetía como perdida entre los hechizos de su arpa.

Los años se iban con la fugacidad de un suspiro y dejaban vínculos, penas, alegrías, verdades y la avidéz de estímulos que, entre misales y costureros, se evadían para dar paso al juicio.

En el campo, cada uno tuvo su herencia; aquella que los ancestros supieron ganar con ahínco y limitaciones porque era necesario enfrentar la agudeza de los planteos.

Juana había hecho la sucesión de bienes pero había puesto una cláusula: mientras ella viviera debían atenderla con el dinero de las cosechas y velar diariamente por su salud. Así lo hicieron hasta el último respiro de la abuela centenaria que pasaba sus días en la sala frente a la mesa con la lámpara de bronce encendida y una labor de tejido.

-Carmen, ¿yo tengo mamá?.-decía la anciana.

-¡No!-le contestaba la hija, cansada de tantas preguntas absurdas debido a la vejez, mientras bordaba displicente con un bastidor.

Juana se ponía a llorar igual que una criatura como siempre lo hacía desde tiempos remotos porque quería volver a los brazos de Ercolina, su

madre. Cuando se le pasaba, le pedía a Carmen o a Melanie:

-Ceben mates para las visitas.

No había nadie a su alrededor, eran sus fantasmas los que venían a verla como ayer en la chacra con el perfume de los heliotropos, la oscuridad de los bosques, la humedad de los arroyos y los rebaños con sus pastores.

María había heredado el llanto de su abuela paterna. ¿Y Rosaura?.

Ella luchaba a brazo partido contra el destiempo de una vida prestada por alguien a quien le sobraba demasiado fuego. Nunca supo cuál era su lugar, ni de chica en la granja de ladrillos rojos cuando cocinaba para todos los peones ni de grande cuando en la soledad tenía que inventar actividades para no pensar, aturdirse para poder criar a María, hacer la cena para Alberto que llegaba del campo. Las únicas propiedades que dejaban dinero eran las de Rosaura porque la plata de las cosechas de Alberto no existía para nadie.

Los desplantes de ese esposo no conseguían apartarla de sus pensamientos y de la fe hacia la Virgen de Luján bajo el influjo del doctor Rems y su misticismo.

María en ese universo de contradicciones se hallaba fuera de contexto. Tenía que estar sola en su cuarto, enfrentada a esas cuatro paredes, para no sentirse herida. Ella se enfrentaba con enemigos diferentes, soportaba las afrentas, trataba de ocupar un sitio en la historia y quería escribirla para ser inmortal. Se lo debía a alguien...

Todos los honores para Rosaura, su mamá.

La verdad estaba frente a todos; la muerte puede llegar a ser muy cruel cuando nos toca de cerca. Minutos antes parece ajena.

Rosaura estaba frágil; se enfermó varias veces más y María tuvo que internarla en el sanatorio de la ciudad y en Rosario. Sufrió nuevamente espasmo cerebral, desmayos cardiorrespiratorios, quebradura de cadera... ataques súbitos de asma bronquial y presión arterial elevada.

Siempre se recuperaba porque Dios estaba presente; era como el ave Fénix que vivía en los desiertos de Arabia. Los egipcios le dedicaron un templo en Heliópolis y la tuvieron como un símbolo de inmortalidad. Cada quinientos años, el Fénix construía una pira en la que ardía su cuerpo mientras cantaba; de las cenizas surgía un gusano que crecía convirtiéndose en el nuevo pájaro. La raíz de esta historia se remonta a la literatura griega, en un relato de Egipto que narró el historiador Heródoto hacia el año 430 a.C.

María aprendió a correr detrás de las ambulancias, doctores y enfermeras. Se convirtió en una más del gremio porque ya hablaba temas médicos y conocía los síntomas de las enfermedades y los nombres de los remedios. Tomaba la presión arterial y curaba úlceras en las piernas con parches de cirugía. Parecía una misionera porque su deseo era ayudar a los demás. Ya casi no pensaba en sí misma; no conocía el egoísmo pero sí una rabiosa soledad que se sentaba a su lado y la abanicaba como una esclava con una palma teñida.

-Ella tiene que encontrar un hombre diez puntos porque vale oro-decía el médico de confianza Jaime Rems, delante de los facultativos, camilleros y todo el personal del sanatorio.-¡Qué hija que tienes!-le repetía a Rosaura.

Ella, dudando, parecía no estar convencida porque pensaba que María no hacía lo suficiente; sin embargo, estaba dejando la vida para intentar curar sus heridas íntimas y predecibles.

La mujer que parecía, desde siempre, no tener razones para continuar se aferraba a una existencia que le fue hostil desde los primeros años. Tenía terror a la muerte y no había fe cristiana que la hiciera ver las cosas de otra manera. No creía que en el paraíso se reencontraría con los seres queridos; pensaba que no había certeza de ello y que era sólo un triste consuelo que tienen los religiosos practicantes a la hora de contar los segundos que vienen en su busca para mirar con maledicencia la cara de la víctima.

La abuela Juana empeoraba cada día, es que tenía noventa y seis años. La cuidaban como una reina sus hijas, sobrinas y Margarita, una empleada que era como de la familia. Rotaban en sus puestos los domingos y los feriados porque la anciana las convertía en esclavas, ya que habían dejado sus vidas para atenderla. Sus hijas estaban grandes y no tenían paciencia ni salud. Juana lloraba a más no poder y llamaba a Ercolina:

-¡Mamá!. ¿Ven a buscarme!.

Al rato, cuando se tranquilizaba:

-¿Hay carne para la cena?. Ceben mates... Pobre Alberto... ¿La puerta tiene llave?.

El médico Santino López estaba desorientado porque no sabía qué hacer para aliviarla de sus males de la memoria. Los remedios no la curaban porque era muy anciana, aunque no estaba enferma. Juana se hallaba a las órdenes del abuelo Eduardo y de los sacramentos redentores.

Ella vivió inmersa en los secretos, llorando desde que tuvo uso de razón, con la indiferencia de quien no necesita a nadie y con el dolor de no saber por qué sufría tanto.

XIII

Juana Gioberti du Champ falleció una noche de julio de 1995.

Alberto se encargó del ataúd: un cofre con mantilla de novia; María de las flores.

La gente se agolpaba en el funeral. La mayoría pensaba que se habían olvidado de ella. Todas las mujeres que la cuidaron se deshacían en lágrimas más que su extensa parentela porque habían compartido sus oraciones, las pañoletas, los mates de cerámica caliente, el miedo.

Juana dejó su tierra de padecimientos para refugiarse en otro sitio. Tal vez, encontró la paz que en la vida no pudo conocer por haber estado siempre debatiéndose entre los tormentos que le causaba la rigidez de su marido. De igual manera, se fue con “papá” a criar ovejas, a tejer bufandas y a pelear. La acompañaron los guardianes, los dulces y la gata Lola.

Don José Shalli, desde el otro lado, se quedaba mirando las tantas parejas de longevos que habitaban el edén. Estaba deprimido porque habían

robado de su “amada casita” los floreros de bronce; a él le gustaba hacer ostentación de los bienes y ahora se tenía que conformar con recipientes de vidrio atiborrados de flores y un mantel con una puntilla amarillenta.

Después de la partida de una de las últimas guerreras de la familia de Alberto, se fue también a recoger tomates el tío Bernardo Waner. No quiso llevarse su dinero, ¡qué extraño!, debió haberlo escondido en su traje favorito. Los hijos de Rubén lo cuidaron hasta el último día y tuvo las atenciones que jamás recibió en vida. Seguramente, se fue rezongando con todos y cada uno de los camaradas, con la sensación de ser inmortal y sin un vestigio de tristeza, convencido de haber sido leal a sus convicciones, un hombre sin defectos, con altura y muchos billetes escondidos en el abrojal.

Su hijo Omar quedó internado en un instituto para enfermos mentales.

Quedaron sepultados los recuerdos de antaño y el son de los dialectos: franceses, suizos, italianos..., la abnegación y los inmigrantes fueron un punto en la distancia. De ellos quedaron sus pisadas de labriegos, los campos arados, las granjas en un tiempo capturado por una infancia con olor a jazmines, los corderos en los templos, las guindas y el aroma, más arriba el nido de hornero entre las codornices dispersas en los páramos de la niebla.

El tren de carga pasaba a la hora de la siesta y marcaba su paso como caballo andante y las vacas escuchaban ese sonido igual que si fuera música de alas. Las fábricas de tejido de lanas, de quesos, de cueros, se expandían dando lugar a una visión más modernista de los sectores.

Juan Waner aparecía con el sombrero de paja recluso entre los rastros y escapando de su suegro que lo atosigaba por su carácter débil; el rostro asombrado del tío Agustín entre los efluvios de las retamas y su melodía de acordeón y Magdalena mirando el horizonte en busca de enemigos para descargar las balas de su escopeta.

Los fantasmas en sus madrigueras llamaban a las sombras para romper

la quietud del tío Bernardo que dormía, en las noches de estío, recostado en las galerías mientras le contaba historias irreales a Juan José que regresaba de las caballerizas.

¿Por qué la vida se termina?. ¿Nadie puede interceder ante el Hacedor para cambiar ese destino irremediable?.

Los sueños dejan de fluir ante la terrorífica realidad de saber que la existencia se va despacio o rápido, que el sol se apaga y que queda un vacío tan enorme imposible de reemplazar con cosas terrenales.

La alegría se disipa por completo y el tiempo parece eterno con demasiado espacio que nada ni nadie puede ocupar. Todos se van pensando que serán eternos y que jamás les llegará el momento del adiós, cuando muchos, conscientes del hecho, se preguntan: ¿por qué a mí?, escuchan sus propios gritos de desesperación, lloran por los hijos que van a abandonar, piden la presencia de la madre...

El misterio del reencuentro, la tamaña lealtad.

Queda respetar la memoria de los ausentes.

Algún día, se extinguirán también sus tumbas.

Mientras el presidente Carlos Menem regresaba de Oriente, el desdoblamiento de los comicios obligó a dos candidatos naturales a intendente a ceder el protagonismo a una segunda línea de dirigentes postulados a senadores por el distrito.

Los principales líderes del Frepaso y la U.C.R, Carlos “Chacho” Álvarez y Fernando de la Rúa analizaron las perspectivas en su partidos. A la falta de referente en el partido justicialista, atomizado por las luchas internas, se agregó el comentario sobre la incidencia que tendría la elección a senador en la futura reorganización del oficialismo porteño.

En los años 90 la fracción de los pequeños productores familiares, cuya explotación respondía a menos de 100 hectáreas, absorbió las consecuencias sociales del modelo, por su casi nula capacidad de negociación frente a los propietarios que cedían tierras a terceros, comerciantes de insumos, acopiadores y exportadores.

La respuesta de los afectados fue vender o arrendar, total o parcialmente, sus propiedades, como estrategia para enfrentar las dificultades financieras o compensar la ausencia de capital. Muchos quebraron y tuvieron que abandonar las actividades agrarias.

“El afecto no se compra.”

María estaba agotada por esa rutina carente de presencias, con una madre que la obligaba a la postración de los sueños. Ella casi no tenía deseos de vivir. Sentía ganas de desaparecer, de huir a un convento para encontrar paz pero la culpa la hubiera demolido. Quizá, se hubiera vuelto loca como su primo Omar. Se sentía en la misma situación que sufrió Rosaura en su juventud, sólo que ella luego pudo casarse y tener una hija. María no tenía opciones, estaba atada de pies y manos; no se quejaba delante de su madre y obedecía a todos los reclamos de alguien que parecía estar enfermo. No había certezas. Rosaura, en algunos momentos, necesitaba atención y en otros se mostraba de buen semblante, con la carga de la angustia acostumbrada pero sin fisuras corporales.

¿Quería que su hija sintiera culpa?. ¿La consideraba egoísta si pensaba en ella misma?.

Alberto seguía negando la realidad. No iba tanto al campo porque en una ocasión se sintió mal y decidió regresar temprano. De allí ya no quiso ir solo; su esposa tampoco podía acompañarlo porque solamente pensaba en sus dolencias. Se había vuelto hipocondríaca. Él, con su mentalidad de labriego nacido en el corazón mismo de ese suelo, se enojaba al ver animales sacrificados, hectáreas improductivas, peones que enfrentaban a los dueños de las tierras con sus argumentos.

María du Champ estaba más sola que nunca rodeada de los pocos seres que la amaban: sus padres, las amigas, la gata Catalina que se acostaba sobre los cuadernos cuando ella escribía y junto con los retratos que mostraban sentimientos contrariados y los primeros poemas.

En el campo donde vivía “El descendiente” había muchos felinos que María alimentaba cada cuatro días: Federico, Peterina, Charlie, Teobaldina... Tenía que ir sola por esos caminos polvorientos que le causaban miedo porque Alberto estaba convaleciente. Tuvieron que operarlo urgente por el aumento progresivo del tamaño de la próstata.

-El tumor-solía decir el médico y María se sobresaltaba por el miedo a que fuera algo maligno; sin embargo, la biopsia indicó que era benigno.

En la clínica de la ciudad, estuvo internado después de la operación. Un día se sintió mal y lo trasladaron a terapia intensiva porque sufrió un derrame abdominal; no se sabía si se iba a salvar porque la situación era complicada. Estaba muy solo en aquellas habitaciones destempladas.

María, en el hospital Italiano de Rosario, pasaba las horas entre la desazón y el agotamiento. Le dolía el cuerpo de la cabeza a los pies; era esclava de unos padres sufridos que amaba pero que ya no podía cuidar porque las fuerzas se le acababan y porque sentía que tocaba fondo. No sabía

cuál era su lugar. La historia volvía a repetirse después de treinta años.

Entre las hojas de sus escritos, ella veía a Rosaura peleando por la salud de Magdalena y de Juan José como un mártir de la Biblia, con el destino marcado por un Dios que se alejaba de los claustros para hospedarse en algún retablo a observar a sus hijos morir con dignidad. ¡Qué injusticia!. No quería pensar mal, ella era bondadosa, pero se estaba enojando mucho con el Supremo porque sentía que no recibía lo que daba... ¿Debía entregar más?. Alguien la estaba poniendo a prueba y le decía:

-Quiero ver si resistes o si te entregas.

Mientras tanto, Rosaura tenía la certeza de que si su hija se quedaba a su lado ella tenía posibilidades de sanar; podía demudar a los santos que llevaba en su cartera pero a María le tendía los brazos para retardar sus trastornos físicos y espirituales que aparecían a primeras horas del día para dormirse con las estrellas.

Alberto se ocultaba en el living a soñar historias de su abuela francesa intentando construir una muralla para no escuchar quejas y peleas. Negaba la posibilidad de la muerte porque ahora era él quien había estado en contacto con ella; sabía lo que significaba y el rol que ocupaba en su vida. Parecía ingrato y se iba a cortar el césped encerrado dentro de sí, sordo e inmovible, como si tuviera una armadura de hierro que lo protegía de la revolucionaria verdad que le tiraba sus dardos.

Rosaura seguía hablando de su madre, tratando de conectarse con el pasado que le parecía reciente. Enredaba la tela en una maraña de situaciones para desembocar en la salud de su “hermanito” Rubén. Quería protegerlo pero ya no lo iba a visitar; necesitaba que él se acercara a ella.

-Algún día le va a pasar algo a alguno de los dos y después se van a lamentar.-decía María cansada de ver tanto amor sometido y guardado.

-Yo no puedo ir porque estoy muy enferma.

-¡Mentira!; tú puedes caminar, él no...

A Rosaura le molestaba el tono brusco con el que María se expresaba, es que ella quería que su madre comprendiera que los años se iban rápido.

-Eres mala.

-No sabes quién soy.-decía María agotada de tanto responder porque había dejado su vida íntegra para atender a Rosaura. Ella, evidentemente, se parecía a Magdalena cuando la sometía a combatir sin armas en un tiempo mezquino y poco dadivoso.

Rosaura, por aquellos días, no reaccionaba porque Magdalena era su maestra que trataba de imponer una doctrina. María no quería ser discípula. Ella casi no salía de la casa y se quedaba escribiendo historias entre libros de geografía, psicología y medicina. Ése era su cable a tierra, la herramienta que Dios le había dado para poder sobrevivir en ese revoltijo de latidos batallando contra la tormenta.

El doctor de cabecera de toda la familia, Jaime Rems, llegaba sin que nadie lo llamara como en los viejos tiempos lo hacía el doctor Santos cuando iba a ver a José Shalli a la residencia alborotada de vegetación, con pisos de mosaicos venecianos y un balcón desde donde el abuelo miraba los aguaceros.

-Tienes que encontrar una buena compañía porque estás muy soladecía el facultativo que, como un terapeuta o como un padre, se ocupaba de María.

Rems sabía que Alberto se hallaba al margen y que no colaboraba en casi nada. Él sólo pensaba en los rastrojos y en los puercos, tratando de unir con eslabones su vida en la llanura con el presente despojado de sensaciones. No estaba conforme con ese hado matemático que le tocó en suerte y añoraba su infancia entre los chocolates de su abuela francesa y las carpetas al crochet de lana de su madre.

El tiempo pasaba entre análisis, tomografías y electrocardiogramas.

Llegaba la Navidad y el Año Nuevo; Rosaura lloraba porque a las veinticuatro horas los bomberos tocaban la sirena para anunciar la llegada del 1 de enero.

-¡Otra vez!-decía María.

-Me pongo así porque recuerdo a mi madre y a toda mi familia.

Era tarde para hacer demasiados esfuerzos porque Rosaura no se dejaba ayudar. La depresión iba en aumento y no existía nadie en el entorno que la alejara del hastío de los días que, como algo irremediable, comenzaba a tocar sus campanadas igual que reloj de catedral.

En septiembre, se murió la gata Catalina quien ya tenía doce años. Otro dolor se encadenó a la extensa hilera de pensamientos. María la sepultó en el patio entre el aloe vera, las gardenias y algunas hierbas papaveráceas de jugo medicinal. No hablaron por varios días pues extrañaban a aquel ser que los había amado tanto.

Casi nadie llegaba a la casa porque la gente se aleja de las personas que están pasando un mal momento, sólo los verdaderos amigos son los que continúan presentes. Clara solía ir de vez en cuando con Ricardo. Ellos eran uno más de la familia porque hablaban el mismo idioma pero Rosaura los miraba de costado; pensaba que eran egoístas y felices.

-Tu “hermanito” me hace renegar.-decía Clara sonriente.

-Pobre, él sufre...-contestaba Rosaura acongojada.

-Él es feliz.

-No creo.

Rubén disfrutaba, a su manera, de la vida; no era depresivo porque le daba el verdadero valor a las cosas simples. Nunca un lamento, una palabra fuera de lugar, un rezongo. Rubén era una persona que iluminaba el camino; se parecía a su padre Juan. Clara se dispersaba elaborando tortas de limón y visitando parientes hasta las dos de la tarde. Demostraba ser una mujer tan nítida como su esposo, una madre que criaba gallinas por vocación. Tenía

cierta templanza para comer y se cuidaba mucho la salud. Preparaba los manjares que no probaba por tener molestias intestinales: tortas de ananá y coñac, dulce de guindas, arrollado de frutillas, cuadraditos de chocolate húngaros y mantecados con pasas enharinadas.

Aquella casa de ladrillos rojos que tanto amaron sus propietarios se había transformado en una construcción pintada con cal. Se veía a lo lejos, desde la ruta, la blancura incendiaria de sus paredes rodeadas de plátanos de jardín, proteáceas, malvones y tamarindos. La chacra parecía respirar como los seres vivos con todos los barnices en el rostro y el alma sobresaltada de arrullos.

El tiempo voraz como la vida se había llevado la música, la risa de un niño, el tamboril de Juan José, el bastón del tío Bernardo y hasta la voz del abuelo José Shalli. Pero el amor por la tierra era el mismo con el deseo de defender el territorio, sin tapujos, y frente a quienes trataban de subestimarlos por ser labriegos.

Eran pocos para salir al ruedo a poner precio a las horas entregadas en pos del futuro, pero también había muchos que aparecían, de repente, con sus familias a hermanarse para ver un país mejor. Buscaban el rumbo detrás de la borrasca con los escombros y la lumbre ambarina.

Rubén, como su padre, no tenía ambiciones. Le hubiera gustado tener una casa en el pueblo por su condición y también porque necesitaba enfermeras constantemente para que le curaran las úlceras de las piernas por la mala circulación sanguínea. Clara las iba a buscar en el auto y luego las llevaba de regreso mientras se quedaba un rato de su hermana a intercambiar opiniones o a azuzar el fuego de las discusiones.

Rubén, en la soledad, llamaba por teléfono a Rosaura.

-Hermanito, pórtate bien.-le decía siempre.-¿Estás solo?

-Sí, pero Clara ya viene. Fue al pueblo a buscar un calmante.

-Bueno, yo estoy acá. Me siento mal, no tengo hambre, estoy triste, nada me da alegría.

-Puedes ver televisión.

-¡No!. ¡No me gusta!.

Ese diálogo era igual casi todos los días porque Rubén no pasaba una jornada sin llamarla. Ella, que tanto lo amaba, esperaba ansiosa; si él no daba señales, Rosaura se ponía peor pero no tomaba la iniciativa de ser la primera en averiguar cómo se encontraba ese día. Solamente quería recibir atenciones y que la mimaran; quizá, tener por un instante aquello que desde niña le fue negado: los sentimientos propios, las tristezas, los sueños, aprender a tocar el piano.

Rosaura, de grande, era demasiado exigente y ordenaba como alguna vez lo hizo Magdalena, con la sabiduría que dan los años pero también con obsesión; es que Rosaura había cambiado mucho después de que tuvo la isquemia cerebral. Se mostraba muy abrumadora, cansada de la vida y aterrada por la muerte. Se adelantaba al porvenir entregando las armas.

Recordaba a la tía Catalina, que ya había fallecido en un geriátrico, en las épocas que venía a la casa a atormentarla con las comidas y sus frecuentes visitas al cementerio.

-Si le hace mal la ensalada rusa para qué come tanto-le decía María con intenciones de molestarla.

-¡Nena!-gritaba la tía completamente irritada con todos mientras se paseaba en camión por la casa.

Esas eran vivencias que traían más nostalgia y Rosaura, en medio de la nada, sentía que su cuerpo se esfumaba hacia el infinito. Ya todos habían muerto, ahora le tocaba a ella. ¡No!. Se enojaba tanto que culpaba a la familia de no cuidar su salud y de perder el tiempo en tonterías.

La ciudad adquiría, para ella, un eco sepulcral: el cielo nítido, las

tormentas de agua, los vientos que destruían plantas y llenaban de polvo los pórticos.

-Algún día me van a encontrar muerta y después entonces van a llorar.

XIV

El 27 de septiembre de 1999, Rosaura sufrió un infarto agudo de miocardio con dolor intenso desde el lado izquierdo del pecho hacia el brazo, el cuello, los hombros, la espalda y la mandíbula.

María la encontró desmayada en la cocina y le dio los primeros

auxilios; la dejó recostada en el piso y la cubrió con una frazada. El doctor Rems le había enseñado a actuar rápido en ocasiones como ésta, pero lo que no sabía era que la descompostura se debía al corazón.

-Ahora sé lo que sientes cuando dices que te duele el pecho.-dijo Rosaura al despertar.-Es como si tuviera sobre mí una bolsa pesada.

María estaba desorientada; la subió al auto y la llevó a la clínica Virgen de Luján. El cardiólogo le hizo un electrocardiograma y saltó el diagnóstico. La enviaron a Unidad Coronaria del Hospital Italiano de Rosario.

Dios la volvía a poner a prueba. Las dos estaban presas del destino, solas, a la intemperie y con un tiempo bajo el brazo. Las palabras se diluían entre las voces y las idas y vueltas de los médicos y las enfermeras, las camillas... El ascensor parecía un ancla que se hundía en la niebla del vacío. Demasiada oratoria, mucha frialdad. El médico llamaba uno por uno como alumnos de colegio y el corazón se exaltaba porque la resistencia era poca.

-Sufrió un infarto agudo de miocardio por tener las arterias enfermas. Se recupera favorablemente. Preocupa la anemia y el hígado está más grande que lo normal.

María no entendía mucho pero logró tranquilizarse; no dejó de pensar, cuando venía en el taxi a las diez y media de la noche, que al otro día tendría que hacer dos viajes a Rosario. Estaba sola con ese millón de responsabilidades, papeles para firmar, órdenes para autorizar y la carga de una vida. Su madre era lo único que tenía y debía salvarla por ella y por sí misma. No tenía un instante de tranquilidad y había perdido peso. Los dolores le recorrían el cuerpo como punzones que también le perforaban el cerebro.

Alberto permanecía en la cama recostado por la operación de próstata; reclamaba la atención que María no le podía dar porque ya no tenía rumbo. Parecía un autómatas en medio del delirio, no entendía por qué le estaba pasando esa tragedia; sin embargo, su escaso ánimo daba paso a la resistencia.

Se debatía entre la pesadilla y la tentación de escapar, entre el amor por Rosaura y el deseo de hallar paz hasta en el mismo infierno.

Declinaba su energía ante la imperfección de lo sencillo porque se quedaba quieta frente a las decisiones de los demás. Quería cortar los hilos del tramado de la vida para disminuir la magnitud de su dolor. Cuando visitaba a Rosaura en terapia la veía bien. No podía quejarse de la atención de los facultativos. Su madre se lamentaba de todo porque ese mundo inimaginable para muchos era por momentos aberrante. Los lamentos llegaban desde el fondo de la sangre en sinfonía con el cuerpo flagelado por los años.

-Soy soltera y tengo a mi papá allí dentro. Tiene noventa y un años y si se muere.. ¿Qué voy a hacer?. Yo le cebo mates por las mañanas, es mi compañía.-decía una mujer de cuarenta y siete años que se hallaba aturdida por la congoja ante la inminente desaparición de su padre.

-Bueno, la vida sigue, eres joven-contestaba María.

-Ya es tarde para encontrar a alguien que me quiera.

-Nunca es tarde.

Trataba de defender con juicio las palabras empañadas por las lágrimas.

“El que sufre no puede dar contención a otro, pero, en algunos casos, lo intenta porque no le queda otra alternativa”.

María no podía apelar a la oración porque realmente no lo sentía. Se hallaba algo enojada con Dios. Tenía un crucifijo de su comunión que estaba bendecido, entonces se aferraba a él como respuesta. Pensaba que no había otro modo de desviar un destino marcado porque todo a su alrededor era negativo. La certidumbre de ser mortal le daba una cachetada que la dejaba de rodillas trastornada por la conmoción.

Sola con su sombra recorría los caminos en horarios tenebrosos. Nadie la acompañaba; tenía que dialogar con extraños que, pese a las circunstancias,

la respetaban. Los dueños de taxis pasaron a ser miembros de la familia, amigos, confesores, psicólogos...

Cuando llevaron a Rosaura a la habitación común, después de diez días de terapia, un médico se acercó y le dijo a María que quería hablar con ella. Su corazón, en menos de un minuto, se deshizo en pedazos y le temblaron las piernas ante la posible, quizá imaginada, noticia.

-Su madre tiene un pólipo en el ciego que podría ser un tumor. Creo que lo es por sus dimensiones...también se le ha detectado metástasis en el hígado. Todo es operable.-dijo el doctor totalmente distante.

-Usted dice que está todo bien cuando me cuenta que existe una metástasis.

-Sí, sí, hable con el cirujano.-dijo alejándose por el pasillo atestado de personas que hablaban en voz alta dialectos incomprensibles.

-¡Metástasis!-dijo María para sí y comenzó a llorar.

Rosaura ya estaba muerta para esa hija abnegada que sentía que no valía la pena respirar un poco más del aire de ese reducto que negaba la vida. Ella experimentó una especie de resignación que la trasportó hacia otro sitio, como si se hubiera convertido en otra mujer. La apatía envolvió ese cuerpo y un suspiro tras otro le indicó la salida. Estaba perdida.

Ella, María du Champ, había cambiado para siempre. Ahora sí entendía lo cruel que podría llegar a ser la vida, esa existencia que ya no le servía. ¿Para qué?. ¿Nacer para esto?.

La pelea con el destino la colocaba en el lugar de los desgraciados, de los que siempre conoció y vio llorar en los sepelios, de los que sufrían accidentes o amputaciones y de las madres que perdían a sus hijos. Vio a Rosaura cuidando a Magdalena y a Juan José.

María, a veces, no comía por cuestiones que ahora, frente a la dimensión de la tragedia, parecían una tontería. Comenzó a mirar las cosas de

otra manera y el deseo de luchar se apagó como una vela en sus propias manos. No sentía deseos de vivir porque sabía que no podía escudarse en ninguna parte. Debía hacer un personaje y fingir ante Rosaura una dicha inexistente por el resto de sus días.

En contacto con el cirujano, de quien se hizo amiga, continuó el itinerario en busca de la sanación de su alma. Para ella, Rosaura ya no tenía alternativa de sobrevivir.

El mismo día de su cumpleaños, el 16 de noviembre, la operaron del tumor del intestino. Cinco meses después lo harían con el hígado porque era muy riesgoso realizar una cirugía tan grande. Rosaura tenía pocas probabilidades de salvarse; seguramente, moriría sin haberse despedido.

Ese ambiente resultaba absurdo como un sueño incomprensible. María realizaba viajes a Rosario para escuchar a los médicos y cuando regresaba a la casa Alberto se hallaba durmiendo al margen de ese dolor que parecía no llegarlo a rozar. Theobaldo, el gato, la esperaba para correr carreteles en un silencio tan abrumador como la más terrible de las catástrofes. No quería encender teas ni candelabros; no tenía ganas de rezar como lo hubiera hecho su madre porque María tenía los pies sobre la tierra. En ese torbellino de secuencias, la muerte decía “presente” desde tiempos remotos. No existía ningún paliativo para ese mal congénito. Jamás estuvo tan sola en ese bátrato de incongruencias donde la verdad parecía castigar algún vestigio de esperanza. Una palabra bastaba para despertar de un letargo: metástasis. No quería pensar más porque no asumía la proximidad de una dolencia tan condenatoria. Su madre no se podía morir, era un equívoco, una burla.

Rosaura, quien había sepultado a toda su familia, tendría que empezar a transitar el camino de la partida. Ella que añoraba la presencia de Magdalena y de Juan José, no quería reencontrarse en los Campos Elíseos con aquellos que se fueron a ejecutar las horas de ausencias. María no podía

imaginar su vida después de Rosaura en los cuartos vacíos, sin hablar con nadie, con un padre indiferente que se encerraba, quizá, a llorar para adentro. Era irreal creer en una existencia mejor; los seres amados deberían estar siempre a nuestro lado con la seguridad de que se irán con el Hacedor en el momento justo. No a destiempo.

Ya no existía panacea alguna para atenuar el dolor del espíritu que, en la hondura de los abismos, se había instalado. Y con él un estado de inexistencia que obligaba a María a salir de la parálisis para internarse en la inercia total.

En la casa, Átropos, una de las deidades de la antigua Grecia, cortaba el hilo de la vida y le daba una licencia a Rosaura para que regresara... Así lo hizo; estaba mucho mejor. María la miraba como quien ve a un ser que pronto se irá de viaje. Debía empezar a prepararse para ese día porque no quería mentirse como lo hacía Alberto. Negar el fin era una necedad; habría que juntar valor para soportar con estoicismo una verdad que los golpeaba como si quisiera derribarlos por completo. ¿Cómo hacían las demás personas frente a situaciones límites?

-¡Pareces que no sabes que estoy enferma!.

-Yo también, viejita, me duelen los huesos.

-¡Bah!-decía Rosaura a Alberto que, con su tranquilidad, conseguía crisparle los nervios.-No sirves para nada.-murmuraba.

Parecían soldados atrincherados; uno en la cocina miraba por la ventana el peregrinar de la gente, el otro en el living se aturdía con el radio que no escuchaba. María, en la soledad, ocultaba diagnósticos, análisis, biopsias, y posibles quimioterapias. Tener ese secreto guardado le provocaba dolores en el pecho y un agotamiento corporal extremo.

-Está muy débil, creo que no va a resistir.

-Tiene que hacer el tratamiento-decía el oncólogo con total frialdad

por estar acostumbrado a tratar con ese tipo de pacientes.

-¡Seguro que tengo cáncer!-insistía Rosaura frente al médico.-Sí, sí, a mí no me engañan...

-¡No!-contestaba María mirando al doctor para que callara a tiempo.

-Dígalo, si yo ya lo sé.

-Bueno, sí, pero tiene que hacer un tratamiento de prevención con medicamentos que la van a ayudar a la curación total.

Rosaura, al escucharlo, aunque ya lo suponía, se desplomó y desde ese día cayó en un pozo depresivo que le fue dictando una sentencia progresiva.

Comenzó a ordenar sus papeles cuando el sol se escondía después de las siestas. No quería levantarse de la cama pero tampoco aceptaba que los demás tomaran el té sin esperarla. Cuando aparecía desde la alcoba, a las cinco de la tarde, parecía una viejecita de cien años con el pelo encrespado y la sonrisa piadosa.

El mundo al revés era gran tinaja de barro cocido. En él se desnudaban las miserias, los anhelos y las predicciones. Nadie estaba ajeno a la ignorancia y a la confusión mental. En la oscuridad se veía todo más claro porque desde el dolor surgían los deseos más sublimes que, seguramente, iban a quedar postergados.

Rosaura temerosa ante el enemigo que llevaba dentro, se dejaba llevar por la imperfección de los extremos. Solía estar contenta o muy triste. María, en cambio, se hundía en las palabras del cirujano:

-Va a vivir aproximadamente tres años.

Ese dictamen final debía ocultarlo para no desatar una tragedia. Sabía que su madre se apagaba, entonces era mejor mantener la esperanza, mentirle,

como si fuera un juego. En ese laberinto se internaba Rosaura para no fenecer de angustia porque se sentía mejor y eso le daba la imagen que nunca tuvo, ni aun de niña. Se entretenía leyendo libros de política La corrupción, de Mariano Grondona, las novelas de María y los diarios. Ya no hablaba tanto de Magdalena y de Juan José porque el centro de atención era ella y sus temores. Lo que sorprendía era su egoísmo desmedido, sus discursos y el afán de que su familia se sintiera culpable. Reprendía a Alberto por la pasividad con la que escuchaba sus quejas; quería que le diera seguridad para enfrentarse con la última lección que le tocaba dar.

-Pensar que ahora que tengo plata me tengo que morir-decía como al descuido para recordar que Alberto siempre le había dado poco y nada y que ella había hecho esfuerzos desmedidos para atender las necesidades de una casa.

Rosaura nunca había disfrutado de la vida por hallarse a la deriva del pasado, con la carga de los años, como los ancianos que ya no tienen nada que esperar porque han cumplido las metas. Magdalena le había enseñado una doctrina: mantener a la hija mujer a su lado hasta que Dios diga basta; ella cumplía a la perfección los mandatos porque era una discípula. Nadie comprendía sus razones pero Rosaura apelaba a las pocas energías para enfrentar el vértigo del resentimiento.

-Me van a encontrar muerta-amenazaba.

María sentía que su madre le mentía, que no estaba enferma, porque se la veía bien de semblante. No tenía la palidez de los condenados que anunciaban con su luz alba la carne seca que llevaban por dentro.

-¿Cuándo viene Ricardito?. Se olvidó de mí.

-Está en el campo trabajando.

Ella reclamaba la presencia de su ahijado, el hijo de Rubén, como la única tisana medicinal, pero cuando él llegaba Rosaura se escondía. Es que se

emocionaba muchísimo porque lo quería como un hijo.

-Cuando yo me vaya no va ir nadie al velatorio.

-¡Voy a estar yo!-decía Ricardito con la misma sonrisa de su padre.

Rosaura lo miraba como desorientada porque, tal vez, quería escuchar una respuesta negativa. Quería verlos llorar por su partida.

María solía comentar:

-Murió tal persona. ¡Qué lamentable!.

-Sí, pero yo estoy peor.-contestaba Rosaura esclava del pesimismo más amargo.

La vida la había castigado desde niña y le había enseñado a llorar. Más allá de la gloria y del final, estaba el camino que tenía que recorrer para quedarse o para partir más temprano. No podía eludir a ese hado que maquinaba, con la furia de un vendaval, la vorágine del tiempo. Existía un Dios para Rosaura a quien le rezaba; parecía aferrarse a una estampa de papel con la desesperación de una mujer a punto de ahogarse en un mar atestado de pirañas. No sabía la verdad pero conocía los síntomas de ese mal porque lo había padecido Juan José. Ella lo vio sufrir, no tener hambre, dejarse morir en una cama. ¡Tan joven!.

La familia se hallaba perseguida por una dolencia que primero aniquilaba el cerebro hasta dejarlo pequeño y sin raciocinio, después el cuerpo no recibía respuestas; sin embargo, existían muchos tratamientos. Rosaura estaba muy debilitada y una sección de quimioterapia seguramente la hubiera matado porque se hallaba en el límite de la otra orilla.

-¡No quiero nada, déjenme en paz!.

María, al escucharla, se sentía más aliviada porque pensaba que cada persona tiene derecho a elegir, pero la culpa la perseguía. Se encontraba en el santuario de un cariño que quería extinguirse por culpa de un enemigo que no sabía descifrar los idiomas.

Rubén llamaba por teléfono todos los días desde las siete de la tarde. Rosaura, a veces, no tenía ganas de atenderlo porque se hallaba sumida en penosas meditaciones. María la obligaba a una metamorfosis temporaria para sentir que todavía estaba viva a pesar de que remendaba su mortaja con la sutileza de sus manos.

-Hermanito, pórtate bien. Yo estoy muy triste.-repetía Rosaura con el eterno padecimiento de la desazón.

Rubén, quien ya no podía caminar y veía poco por la presión de la vista, trataba de darle energía y fortaleza con una mezcla de hermano y de hijo. Él no pensaba en la muerte a pesar de su salud; su familia era el sostén: hijos, nietos y amigos que llegaban los fines de semana a la casa, poblada de mirlos domesticables que repetían la voz humana, a compartir las horas de descanso. Amaban a ese abuelo que reía con ganas y que jamás se quejaba de los dolores de sus huesos porque era demasiado bueno; quería a los animales que dormían a sus pies como fieles compañeros. Ellos tenían su misma mansedumbre y el encanto de haber heredado la capacidad del deleite.

Rosaura veía por sus ojos y seguía llorando cuando comenzaban a caer las primeras gotas porque pensaba en el lodo de los caminos y en la soledad de aquella chacra, como si el tiempo no hubiera pasado y todavía estuviera bajo la autoridad de Magdalena. Sin embargo, Rubén ya se había olvidado de la tragedia de sus vidas porque era muy feliz con una familia que lo estimulaba y que llenaba de dicha los rincones de su hogar. Él no era juez de los mandatos, no censuraba a los demás; tenía un espíritu limpio y fortalecido por el amor que recibió desde niño y por la compañía y las atenciones del presente: la pasión de amar cada minuto.

Rosaura quería seguir cuidándolo pero ya no le daban las fuerzas; parecía una religiosa profesa que oraba día y noche frente a las velas encendidas, las redamas y las flores de peonía. Se acordaba de los tiempos de

monarquía cuando Magdalena la obligaba a quedarse soltera y a protegerla hasta el fin, sin rebelarse. Rosaura la amaba muchísimo pero no quería, según la fe cristiana, reencontrarse con ella.

-¡No, ahora no!.

En abril del año 2000 operaron nuevamente a Rosaura del hígado. Le extirparon los tumores dejando solamente una cuarta parte del órgano ya que los tejidos, por orden natural, podían regenerarse.

María volvió a desfilarse por los pasillos como un autómata conociendo los lamentos y los abusos, la soledad de algunos enfermos terminales, el frío de los corazones y el precio de los afectos. Quería desviar la mirada, pero no podía porque estaba obligada a permanecer en estado de alerta aunque ya no tuviera oxígeno para respirar. Eran demoledores los viajes a Rosario en taxis particulares, sufriendo el agobio de temporales y de la presión sanguínea alta. Se sentía muy mal físicamente, pero se despojaba de todo egoísmo para salvar la vida de su madre.

Buscó, a través del periódico, a dos señoras para que la ayudaran en el cuidado de Rosaura. Ella sentía que Dios estaba presente porque, su mamá, a pesar de la debilidad, del infarto y de la enfermedad, lograba recuperarse para empezar de nuevo. Era increíble la fortaleza que demostraba esa mujer que siempre había vivido en el abandono psíquico sin poder disfrutar porque todo le resultaba difícil. En el momento en el que, quizá, otra persona en sus circunstancias se entregaba a los mandatos del Señor, ella renacía para seguir combatiendo con las pocas armas que la vida le regalaba pero con la seguridad de que la muerte no podía alcanzarla. Era raro ver cómo se aferraba a los segundos tratando de asomar sus ojos en medio de la nada. No se entregaba y obligaba a los demás a reaccionar, a buscar ayuda, valor, nuevas medicinas, algo sanador. Su carácter posesivo iba en aumento alimentado por el miedo a la ausencia de su cuerpo. Ella que era tan religiosa, ya no creía en la paz de la partida ni en aquellos que la esperaban detrás de las tapias. Rosaura le rezaba a las estampas para que le dieran la posibilidad de

permanecer porque la fobia a lo desconocido la atormentaba demasiado. Tampoco quería dejar sola a María a quien consideraba una niña que necesitaba abrigo, pero al mismo tiempo la veía astuta y desenvuelta.

En el campo, maduraban los trigales con sus espigas afiebradas. No existía una escuela mejor que la sabiduría de la naturaleza con sus madroños y sus frutos. Aparecían imágenes borrosas: la mujer de los ojos verdes, el sombrero de fieltro de un hombre con bigotes blancos, las pianolas, las cajas de balas...

Los campesinos seguían bregando por conservar su digno lugar frente a las autoridades de turno. Parecían estar aislados de la verdad, pero se hallaban presentes. En la armadura en la que ahuecaban sus huesos guardaban las armas para utilizarlas en el momento justo. Ellos sabían que tenían que defenderse de aquellos que los subestimaban por haber crecido en las pampas apuñaladas de discordias y de malentendidos.

-No se dan cuenta, si casi no hablan.

Muchos de ellos permanecían cargados de furia ante las injusticias y los despropósitos pero con la firme convicción de haber sido leales a los antecesores: aquellos inmigrantes asidos a un cordaje de pobreza que, en medio de la llanura y la devastación, supieron levantar ciudades con respeto por sus nombres y el afán de triunfo. Dejaron la vida en pos del futuro, cavaron pozos para defenderse de los indios, cargaron bolsas, sembraron con rejas y caballos, fueron arrieros, caudillos, tamberos...

Don Juan Waner vivió para la tierra sin esperar mucho de ella, sólo algún dinero para apuntalarla. Muy sosegado, examinaba los brotes de los sembrados para saber la calidad de la semilla y luego anotaba sus ideas en un cuaderno. Todos los años realizaba las mismas tareas sin cansarse, con la aridez en su rostro y el deseo de que nadie lo molestase en ningún momento. Él era el típico amante de esa simiente frente a un pueblo sofista. En aquellos

corredores con solanas, Juan se sentaba con el mate a observar la polvareda del camino cuando pasaban los carros; nunca sonreía, parecía atormentado. Sin embargo, era solamente un alemán de pocas palabras que se despertaba para ver el amanecer.

Magdalena, en cambio, era artífice de los destinos. Lo único que anhelaba por aquellos días era lograr la armonía de su familia y que todo girara en torno a ella, especialmente su hija Rosaura. La escenografía de la llanura la envolvía en su sosiego con la acostumbrada letanía. No sabía muy bien qué quería pero no guardaba secretos a pesar del acoso de su padre que intentaba obligarla a arrepentirse de su matrimonio con Juan. A don José no le gustaba su yerno porque lo comparaba con una sombra sin huella en un páramo repleto de oportunidades que él mismo se encargaba de dejar para después... En esos años no pensaban en la muerte que acechaba con paso lento por las callecitas de los caminos centenarios. El polvo se llevaba las cenizas de los ancestros a descansar después de los ataques de ira, de las ideas arbitrarias, de la incoherencia de los letrados y de la rutina de las jornadas.

Ésa era la historia de los inmigrantes que retornaba del ayer a sembrar zozobra o dichas casi dispersas que se iban por los ventanucos. Sin embargo, Magdalena y Juan eran los hijos que no tiraban por la borda los sacrificios de los padres porque cuidaban sus tierras, sus amores y sus odios, las conquistas y hasta el miedo. Ellos creían manejar los tiempos recorriendo las páginas de una novela sin ganadores ni vencidos. La vida, en la finitud de la búsqueda, era la parte real del ficticio relato y había que transitarla hasta extinguirla en su totalidad.

Magdalena y Juan trataban de rastrear el hilo de la oscuridad como víctimas para burlar las órdenes de ese destino. Él los sorprendía con personajes bizarros y hechos que entristecían los recodos de la casa donde las teclas de un piano tocaban sin parar.

Rosaura, prisionera de las tranqueras, desde niña absorbió de a poco las palpitaciones irónicas de la vida misma. Su madre la sometía al rigor de las obligaciones como si fuera un adulto que no sabía defenderse porque, en lo más hondo de su corazón, no tenía intenciones de cambiar de actitud. Quería ser gobernada por alguien para sentirse protegida de los avatares de la sociedad antagónica. Ella amaba a Magdalena, quien marcó el sendero de varias generaciones en una época encasillada por los prejuicios, los valores, y los dones del talento.

El 20 de diciembre de 2001, marcó el punto final para el tiempo de la Alianza en el gobierno argentino de Fernando de la Rúa; presentó su renuncia superado por la crisis y sin poder resolver los problemas que llevaron al país a una histórica protesta.

El presidente dejó el poder reducido a su mínima expresión y a menos de 24 horas de la renuncia de Domingo Cavallo.

De la Rúa se fue tras dos jornadas en las que hubo más de veinte muertos, decreto de estado de sitio y una brutal represión a manifestantes en Capital Federal.

La gente, alterada por los acontecimientos, no podía creer que el presidente abandonara en un helicóptero su cargo; sin embargo, él agobiado por los reclamos y por el mismo caos decidió que ésa era la mejor manera: dejar su lugar a otros que tuvieran la capacidad suficiente para resolverlos de inmediato.

En el año 2001 se generó una crisis muy grande. Como consecuencia de este desorden se cristalizó el grado de endeudamiento del sector agropecuario. El problema se generó por el ascenso de los modelos

neoliberales.

“La argentina visible es la epidermis del cuerpo nacional; la invisible, su espíritu, su ser interior.”

Eduardo Mallea.

A María le preocupaba mucho el futuro económico igual que a Alberto que se paseaba con el lápiz en la oreja. Rosaura pasaba una y otra vez delante del televisor sin tener idea clara de las circunstancias porque, como siempre, pensaba en sí misma. Cuando era más joven se quedaba horas delante del aparato para escuchar a Bernardo Neustardt, Mariano Grondona y hasta los discursos del ministro de economía Martínez de Hoz. Ella esperaba, como Magdalena en tiempos remotos, una ayuda del gobierno y una palabra para los labradores que se pasaban la vida aguardando una dádiva. Necesitaba algún dinero que no llegaba para poder ser un poco feliz o para darle a María lo necesario para estudiar en la Universidad.

Rosaura estaba orgullosa de su hija a quien consideraba una persona muy inteligente dotada de cualidades innatas.

-No sé a quién saliste...

-A la bisabuela Melanie por la perseverancia, a las primas de papá por la sensibilidad, a la abuela Juana por lo llorona.

-Eres una novelera, la vida no es eso-decía Rosaura confundida por las reacciones de María.

-Las personas no somos todas iguales sino sería muy aburrido. Yo, quizá, soy un artista que puede ver más allá de lo bello y lo profundo, de la muerte que golpea, del que sufre y tiene piedad, del amor y sus consecuencias.

-Novelera, al fin. Yo no era así de joven; trataba de buscar lo que me convenía.

-Tú eras una sometida a una madre que te manipulaba sin dar espacio a la reacción. Sabes, si yo la tendría delante hoy la pondría en su lugar.-decía María, enojada, a Rosaura que la miraba como si fuera sorda.

-Era mi mamá.

-¡Qué linda mamá!

-¡Más respeto!

Alberto, en el living entre los trastos, el radio y los paquetes de masitas, comía caramelos. Siempre lo hacía cuando estaba nervioso. Es que en el fondo sabía que María tenía razón porque su padre también lo había maltratado en la niñez y él, igual que Rosaura, lo amaba más que nadie. Esos códigos eran contemplados de manera odiosa por una hija que no concebía que un progenitor pudiera disponer de una persona a su gusto tratando de manejarla y de llevarla a los extremos. Eran otras épocas de límites estrictos y de pensar que los hijos les pertenecían. Querían manejarlos como esclavos negros forjando a su antojo sus amores o despojándolos del poder de la palabra.

María era rebelde, lo fue siempre desde chica porque Rosaura era una madre posesiva. Eso la ahogaba; podría haber sido sumisa o podría haberse rebelado. Ella eligió hacerle frente a Rosaura que daba órdenes sin medir las consecuencias, que le negaba una muñequita y al otro día se la compraba, que la obligaba a recibir a las visitas como si fuera una persona mayor... De todas formas, eran muy compañeras porque estaban prácticamente solas y se necesitaban para llorar. María la amaba porque a su lado se sentía querida por el único ser que jamás podría traicionarla.

Los días finales de ese 2001 transcurrieron apacibles en la casa de

Rosaura, con una gata que había llegado a esas vidas de sorpresa ya que Theobaldo había muerto atropellado una mañana de febrero. María como no podía vivir sin mascota la fue a buscar a la casa de la suegra de una amiga.

-Déjala que elija-dijo la dueña al hijo que le entregó a María una caja con un gato pelirrojo.

-Está bien. No se preocupe.

-Busca el que te guste.

Por el pequeño bosque, trepaban una docena de felinos de varios colores. Se los veía flacos y despeinados.

-Me llevo una blanca y negra porque quiero una gata.

-Bueno.

En ese momento, cuando María se dirigía al auto, saltó sobre su pie un animalito maravilloso.

-¡Ésta quiero!. ¿Será gata?.

-Pues sí, mírale los colores.

-¿Se quedará?.

-Si le das comida, tú verás...

María regresó a su casa con Milagros que quería escapar de la caja. Millie jamás lloró y se adaptó rápidamente al nuevo hogar. Rosaura no quería animales pero cuando la vio la tomó en sus brazos y la acarició con ternura. ¡Era hermosa!.

Theobaldo quedó en el recuerdo como el gato egipcio porque se acostaba estirando las patas delanteras como los felinos de las estatuas. Sus ojos color miel inspiraron una poesía pero su muerte trajo otra criatura para llenar los vacíos de las personas solitarias.

“Los hombres nunca eligen a sus mascotas, son ellos los que toman la decisión”.

Millie parecía un bebé en un cuerpo de gata, totalmente añorada. Desde

el primer día adoptó a Rosaura como su madre. Dormía con ella sobre su cuerpo, lloraba a su alrededor, la seguía por la casa como un guardián. Rosaura la amaba muchísimo.

María nunca dejó de querer a esos seres indefensos tan necesitados de afecto. Se convirtió en defensora de los derechos de los animales y hasta sufrió por el abandono a que son sometidos, muchas veces, por personas inescrupulosas que los tienen como juguetes. Los amó desde el corazón y desde la soledad como los quiso desde pequeña cuando se tapaba los ojos para no ver cuando su padre subía al camión a los novillos para venderlos o cuando una vecina mataba una gallina u otra colgaba liebres, que había cazado en el campo, en un tejido lindero.

No justificaba la muerte, y menos de un animal, para comer.

Rosaura era más fría y solía enojarse con su hija novelera y fantasiosa. Parecía no ser real aquella niña que educó con todos los cuidados. ¿Por qué María era tan sensible?. Nadie lo sabía...

Con el tiempo fue sintiendo en el cuerpo el hielo de las tumbas y llevó sobre sí el dolor de los crucificados.

“Nadie sostiene una carga que no puede soportar”

Su madre la llenaba de culpas y la obligaba a vivir las mismas historias de antaño cuando ella era chica y sufría por las pérdidas sin ninguna posibilidad de ser feliz. Tenía que cuidar a Magdalena. ¿Qué hubiera pasado si su madre no hubiera muerto?. ¿Rosaura se hubiera quedado sola por el resto de sus vida?.

María se rebelaba contra esa injusticia pero también en su memoria aparecían los diagnósticos, el hospital, ¡la metástasis!. Entonces se olvidaba y se entregaba a los reclamos y a la apatía que ya se había instalado en su cuerpo para hacer frente a la muerte que llegaría... Ella no tenía fe porque no creía en los tratamientos; conocía, como todos, los estragos de esa

enfermedad. Sin embargo, no podía creer que Rosaura, ¡su madre!, se estuviera muriendo de a poco. Era un sueño, una pesadilla, alguien se había obsesionado con ella y le daba un golpe en donde más le dolía... ¿Por qué?.

-Si te vas al taller de literatura cuando vuelvas yo ya voy a estar muerta.

-No te preocupes que cuando te sientas mal, yo voy a estar a tu lado.-le respondía a Rosaura y se escapaba como quien huye de la desgracia para encontrar, en dos horas, un poco de paz y entretenimiento.

Alberto se ponía de acuerdo con Rosaura.

-Para qué va a Rosario, si ya estudió bastante.

-Yo no sé qué tiene, pero desde que va a la psicóloga está cada día más mala.

María escuchaba esas conversaciones y lloraba reclusa en su cuarto. Se sentía tan desprotegida. No tenía a nadie. Su madre, evidentemente, no la conocía...

Alberto, quien no asumía la enfermedad de Rosaura, no hablaba con su hija. No tenían ninguna relación. Él jamás le preguntaba sobre los padecimientos de su esposa porque no quería escuchar las respuestas; prefería imaginar a que una verdad lo doblegara por completo. ¿Qué pasaría con él cuando llegaría el día de la despedida?. Quizá, necesitaría más tiempo para reaccionar o lo haría por dentro llevando una cruz que, para los demás, resultaba inexistente. Él era un hombre que vivía inmerso en un pasado y que añoraba sus días en el campo; nunca le gustó la ciudad. Recordaba, a menudo, a su padre dictador que lo humillaba y a su madre, Juana, llorando en los rincones de la chacra por la soledad de un hijo que no defendía por no tener el carácter suficiente.

-¡Pobre Alberto!-decía con frecuencia mientras permanecía atada a viejos estatutos familiares.

Ellos también habían sido crueles con Alberto a quien trataban como un anciano responsable de todos sus actos, buenos y malos; siempre tenía la culpa. Acaso en ese pasado se centraba el origen de sus hábitos y ese deseo de aislarse del mundo buscando que nadie le comunicara noticias que podrían llegar a turbarlo. Se alejaba, inconscientemente, de todo aquello que pudiera dañarlo y cuando alguien le hacía algún reproche solía mostrarse como una víctima. Tal vez, era un niño todavía. De joven tenía enfermedades psicósomáticas o quizá era hipocondríaco y le dolía la espalda, se mareaba, se le aflojaban las piernas, se apoyaba en un árbol para sostenerse, huía de las fiestas, sentía frío cuando hacía calor y en verano no quería que nadie encendiera el ventilador.

Alberto vivía solo desde siempre cuando el confín terminaba en el horizonte y él manejaba su fusil para cazar perdices.

XVI

María publicó su segundo libro “Molinos de viento”. Rosaura estaba muy orgullosa de la hija que amaba tanto. Leía siempre sus obras y hasta lloró, cuando en un capítulo de la novela La abuela francesa, apareció ella con su historia única: su férrea moral, su proceder sin rebuscamientos, su visión de la justicia y la libertad.

-Para mí que lo copias de algún lado.

-No tendría valor si haría eso.

-Entonces eres muy inteligente.

A Rosaura esa actitud la transformaba en otra persona en medio de ese espacio de sinsabores. El tiempo era el protagonista y se acortaba frente a los proyectos que no existían en el entorno del chalé poblado de pétalos chinos. Nadie tenía ganas de pensar en otra cosa que no fuera en la salud de Rosaura; todo quedaba suspendido para años de bonanza que, seguramente, vendrían a habitar las paredes del chalé que guardaba la magia y la fascinación de la risa.

“¡Dios mío, qué triste es nuestra casa!”

María quería rendirle homenaje a su madre y escribió una novela dedicada a ella Memoria de los ausentes que Rosaura leyó y comentó:

-¿Es para mí porque me voy a morir?.

El esfuerzo era inútil frente a la derrota que avanzaba con el caos de las evidencias. Envejecían los rostros y las almas con el estupor de ser espectadores de los pasos de esa vida contradictoria.

Rosaura con una existencia desmembrada por el autoritarismo, la injusticia, la riqueza de un abuelo manipulador, la presencia de un padre que no podía resolver los problemas y las ausencias, permaneció dando gritos interiores. Siempre la revolución pasiva de su espíritu en un encuentro novelesco de sombras. La última instancia, la partida.

María con toda la impotencia a flor de piel era brava porque conocía el sabor de la tristeza y los detalles de la sentencia. No tenía con quien compartir las noticias malas. Se quedaba guardando silencio y con el pecho oprimido por la ansiedad y el presentimiento.

-A su madre le quedan tres años de vida.-le había dicho el gastroenterólogo.

Faltaba uno para que se cumpliera el dictamen final.

Atrás quedaban los testimonios de los inmigrantes y la lucha casi desmedida por ampliar el horizonte frente a los rechazos de quienes habían capturado los sueños. De aquella familia sólo vivía Rubén cuya salud estaba deteriorada como la de Rosaura. Su familia no sabía qué hacer con las innumerables dolencias que padecía a diario, pero él no abandonaba la sonrisa. Recordaba, a menudo, a José Shalli:

-Abuelo, abuelo... traiga los discos para poner en el fonógrafo.

Rubén tenía tres años y buscaba en una pila de discos uno que a él le fascinaba "El borracho". Ambos lo escuchaban y no dejaban de reírse. Esa secuencia era como una película que veía todos los días, transparente y cercana.

El tío Bernardo era también quien traía una anécdota graciosa. Contaba

que un hermano de su padre llamado Taras andaba vagando por los campos arados con una botella en la mano, ebrio y sin rumbo. Decía que llegó en condiciones lamentables a la orilla de las vías del ferrocarril y esperó que pasara el tren de carga. Allí, sentado entre los juncos, con la memoria cegada y el peso de una soledad marcada por el abandono, siguió aguardando la llegada de la locomotora que todos los días, con sus vagones cargados de cereal, pasaba a la misma hora.

En un momento, los sentimientos se le confundieron con la realidad y el ambiente le pareció suspendido como si hubiera traspasado la línea de la emancipación total; sin embargo, estaba en ese lugar húmedo y repleto de hormigas. Cuando el tren se acercó, y sin que el maquinista pudiera advertirlo, Taras se arrojó delante...

El aparato llegó a destino con el hombre amarrado a la parte frontal, vivo, sin gorra, con las manos ensangrentadas por los zarzales, medio dormido y totalmente ajeno a lo ocurrido. Llevaba la botella en la mano y no recordaba cómo se llamaba. Todos los familiares no dejaban de festejar cuando Bernardo narraba aquella historia casi inverosímil. No podían creer lo ocurrido pero era verdad; obviamente, el azar le había dado una nueva oportunidad. ¿Habría querido suicidarse o el efecto del alcohol lo había traicionado?. Él había perdido el miedo porque no tenía dimensión del peligro.

Antes se vivía de otra manera sin tantas conjeturas ni problemas. No se padecía demasiado, solamente lo necesario. Cada persona tenía un concepto, una forma de pensar y se comunicaba de manera directa, con altura y sobre todo con códigos. Se respetaban las ideas.

Nada quedaba de aquel mundo y sus estrategias porque los discursos eran otros. Si cometían errores era porque se sujetaban a ideas conservadoras.

-Mamá, quiero una muñequita.

-¡No!-gritaba Rosaura por aquellos años cuando el dinero no le

sobraba y tenía que lidiar con una niña caprichosa que se revolcaba por las calles de tierra cuando no le cumplía los deseos.

Hoy, esa misma niña tenía cambiado los roles; se rebelaba igual que antes contra una realidad irreversible. Quería desconectar su cerebro y poder descansar porque ya no dormía y esa falta de paz le provocaba ataques de ira e impotencia. No soportaba más vivir en un ambiente que carecía de esperanzas; quería escapar a algún convento con su gata Milagros, desaparecer de la faz de la tierra sin dejar rastros, porque sentía un agotamiento nervioso terminal.

Rosaura ignoraba el sufrimiento de su hija a quien amaba tanto porque estaba inmersa en su cápsula, una especie de caja mortuoria sin oxígeno en donde aleteaba para descifrar algunas frases.

-¡Te irás sin conocerme!- le contestaba María a sus tantos argumentos despectivos y contradictorios.

Rosaura no medía sus palabras; era tarde para acordarse de sí misma. Ella, que había vivido para los demás, sabía que estaba escribiendo sus últimas páginas, pero algo la ataba a la esperanza. No quería dejar sola a María; le temía a la muerte.

En el campo, Alberto permanecía juntando bolsas en el galpón donde guardaba el tractor. Se sentaba en un tronco y conversaba con Antonio quien lo escuchaba como si fuera un padre que admiraba mucho. Había soledad en esas almas pero era incuestionable el esfuerzo que hacían para poder seguir adelante. El cielo los había elegido para descargar sus golpes como servidores. En aquella siesta hacía un calor espantoso con nubes de moscas y la presencia intempestiva de ratones e iguanas que merodeaban la hacienda. El

llano reverdecía como si fuese de láminas de bronce y distorsionaba las imágenes con sus centellas. En la atmósfera flotaban los vapores dilatados por el calor frente al canto de la chicharra y el zumbido de los insectos.

-Que Dios le de vida hasta los cien años-le decía Antonio a Alberto.

-No... si me duele todo.

-No hay que tomar remedios-contestaba el anciano convencido de la fortaleza de sus ideas.

Las tierras sembradas eran una pócima para los males de aquellos que amaban el trabajo rural. De a ratos, se veía cruzar una cosechadora que marchaba como un auto; Alberto las miraba con cierta añoranza, como quien ve su gorra de niño sobre algún aparato sin tiempo.

-La soja rindió poco, el trigo menos porque no llovió.-decía Antonio compenetrado en el tema como si fuera dueño y terrateniente.

Alberto no podía ocultar la melancolía que siempre tuvo, aquella que le siguió los pasos desde pequeño. No quería que nadie tocara sus pertenencias carcomidas por los roedores: un carretón, los tarros de lechero, los rollos de alambre, los maderos para cercar... Él era celoso de sus propiedades y las defendía aplicando la ley del egoísmo.

Ya no había gatos en las proximidades de la casa de los tamberos pero sí olor a mate cocido que se hospedaba desde hacía años tras la cortina de tejido grueso.

-No puedes seguir viviendo así. Te voy a buscar una pieza.

-Si me echa me mato.

Antonio elegía ese hábitat con todas sus desventajas y sus ochenta y seis años. Se arrojaba al abismo sin tener idea de lo cruel que podría llegar a ser el destino cuando se empeña en dejar los prefacios para más adelante. ¿Él quería ejercer la potestad frente a las personas que consideraba débiles e ignorantes?. ¿Los amaba tanto que no deseaba apartarse de ellos?.

En las noches cerradas, se aparecía su Dios y le hablaba, pero sólo era una quimera. El Quijote de las pampas, puntilloso en exceso, creía su propia mentira para sentirse más sabio.

-Tienes que ir a un geriátrico porque nosotros ya no podemos venir a verte. Rosaura está enferma, no tenemos tiempo.

-Yo me arreglo, salgo en la moto a buscar lo que necesito.

-Se vienen las heladas.

Antonio parecía sordo frente a los comentarios y se ocultaba como una criatura en su guarida a calentar en la marmita la carne magra. Se cuidaba mucho; tomaba de vez en cuando el zumo de las uvas cocido por la fermentación.

Alberto, cansado de dar tantos consejos, se iba para la ciudad. Ya no podía regañarlo porque era como estar hablando frente a un muro de piedra. Demasiados problemas tenía en esos momentos para ocuparse de alguien que no se dejaba ayudar porque tenía una visión irreal de la vida.

Rosaura esperaba con la ansiedad del desposeído; después de la segunda operación se sintió siempre mal y ya no existía manera de que se recuperara del todo. A veces, parecía que fingía porque su semblante no delataba enfermedad alguna, pero no quería comer, se sostenía de una rama de gomero cuando salía al patio, sentía que le faltaba el aire, porque desde niña fue asmática. Ella seguía rezándole a la Virgen de Luján; tenía una medallita bendecida que le había regalado el doctor Jaime Rems. Ya no quería hablar con su hermano Rubén cuando llamaba por teléfono y María la obligaba para que dispersara sus pensamientos que la secuestraban para dejarla inerte en una silla.

-Hola. Yo estoy mal. Cuando una persona ya no come es porque le falta poco.-decía y señalaba para arriba, al cielo, como si Rubén estuviera mirando el gesto.

-Yo también estoy enfermo. No veo y no puedo caminar.

-Sí, pero...

No sabía qué contestar porque ella se consideraba más mutilada que los muertos. La depresión aumentaba con los días. A Rubén, en cambio, le sobraba alegría.

Ricardito, su hijo, quería más campo para trabajar y solía acosar a María para que se ocupara de todo. Sin embargo, ella, atosigada por la dolencia de su madre que debía ocultar, no quería oír hablar de negocios. Lloraba en las conversaciones cuando discutían por dinero porque para María lo primero era la vida de Rosaura. La plata servía como herramienta para seguir en la lucha pero no era la prioridad. Es que ella era tan bohemia como su abuelo Juan. Llevaba en la sangre la paz y la indiferencia y ese vacío que no se llenaba con nada y menos con billetes. No le interesaba pelear; la mejor manera de demostrar enojo era la indiferencia porque se desilusionaba justamente con esa persona en quien había confiado.

María era llorona como su abuela Juana, amable y sufrida. No era feliz pero tenía una lucidez a la hora de actuar que superaba a los hombres.

-Quiero una novia, no necesito tener a mi lado una persona omnipotente.-le habría dicho hacía muchos años un admirador.

La misma soledad la llevaba a tener que hacer todo: solucionar problemas, pagar deudas, enfrentarse a los trabajadores rurales y a los médicos. Nadie lo hacía por ella. Ese poder omnímodo hacía que Rosaura se sintiera protegida en demasía porque cuando su hija no estaba en la casa se desesperaba y comenzaba a sentir náuseas y mareos.

-Fui a la psicóloga.

-Para qué si cada vez estás más mala. Esa mujer te está cambiando el carácter.

-Es una amiga que me ayuda.

-Ayudarte a qué.. Tu lugar está acá junto a tus padres.

Rosaura trataba a María como si fuera una adolescente.

-No sé por qué te alegra tener una hija solterona-gritaba ella fuera de sí frente a los argumentos absurdos de Rosaura quien no se inmutaba.

Es que era demasiado necia para entender las verdaderas razones de los “caprichos” de una hija que, según ella, debía cumplir con su deber.

María escribía mucho y participaba en concursos literarios; tenía muchos premios en la pared del comedor como trofeos de un tiempo que parecía detenido. Ése era su cable a tierra porque la salvaba de sucumbir ante el caos diario y el deseo de hallar una tranquilidad inaccesible. La vida se transformaba en una negación que se expandía a la velocidad de la luz. ¿Hubiera sido mejor no tener cultura e ignorar las facetas de las enfermedades crónicas?. ¿Otras personas reaccionaban de otra forma?. Cada uno podía enfrentar los momentos duros de diferente manera; no existía un modelo a seguir. La apatía era una forma de entregarse al destino que no presentaba opciones y que no sabía de milagros. Vendrían, seguramente, años de nuevas experiencias, encuentros, partidas, alegrías, pero lo que la muerte se lleva es irremplazable. Un ser único no se puede ir del mundo tan fácilmente dejando a una familia destruida por la mendicidad del silencio.

-Dios no existe.-dijo María un día cansada de ver a Rosaura quejarse de las molestias digestivas.

Ella le había pedido dos cosas al Señor: que su madre falleciera tranquila, sin dolores y en paz con su alma y no estar sola para enfrentar ese duro momento. Necesitaba aferrarse a esos últimos pedidos porque resultaban ser una manera de resignación. María no aceptaba la muerte; no creía en una vida mejor. Todo terminaba cuando el corazón escribía su último verso.

El doctor Jaime Rems le daba consejos porque era muy creyente pero él mismo, por momentos, parecía tener miedo a la corrupción interna de las

heridas terminales. Sabía, por haber conocido tantos casos, que no había retorno sino se actuaba a tiempo.

-¿Tiene tos?-preguntaba preocupado.

-No.

-Yo descubrí un cáncer de estómago porque el paciente tenía una tos incontrolable. Otra mujer no quiso tratamiento y decidió morir porque, para ella, era la ley de Dios.

El doctor siempre contaba casos reales porque en realidad se sentía muy temeroso.

”Ante una verdad cruel no queda más que sentir miedo”.

Él era un hombre muy seguro de sí mismo, inteligente, culto y afectuoso con sus pacientes de años. Solía ser una especie de psicólogo y quien se atendía con él se sentía protegido, como Rosaura que con solo verlo se le pasaban los dolores. Por eso muchas veces María y Alberto no le creían cuando se quejaba tanto tratando de despertar compasión.

Una tarde, fueron a ver el mausoleo que Rosaura había encargado construir para su descanso eterno. Era una “casita” como la del abuelo José Shalli; tenía mármoles rosados y ocres, cruces de bronce, y manijas trabajadas con arabescos.

-Yo quiero en este lugar-dijo y señaló el nicho que se hallaba en el medio en la parte lateral derecha.

Ésa era su voluntad y había que respetarla como quien deseaba ser cremado. Lo curioso era que no quisiera descansar cerca de su madre y de sus hermanos en el cementerio del pueblo de San Jerónimo Sud. Rosaura sabía que era su momento; se había olvidado un poco de Magdalena y de Juan José. Cuando regresó a la casa, sintió una especie de alivio porque ya tenía la eternidad comprada para los tiempos venideros. Cualquiera mes del año podría despedirse porque sus últimos deseos serían cumplidos, solamente le faltaba

dar algunas indicaciones. Resultaba ser muy doloroso para María escuchar los comentarios y las instrucciones que Rosaura le daba para su funeral. ¿Cuál era el camino correcto?.

-¿Qué harás con mi ropa cuando me vaya?.

-Nada.

La vida tenía mucho valor como para negarla. No entraba en la cabeza de María hablar del albergue mortuario, de las dedicatorias, del brillo de los bronce. Nadie sabía qué vendría después porque nadie podía afirmar ni negar nada.

Lo cierto es que todos quieren permanecer como una forma de papiro, modelo, idea, ejemplo o como una parte de la historia. Ocultarse tras los barrotes repletos de flores con la esperanza de ver las caritas de los seres queridos, o volar por los campos entre el trigo y las amapolas.

-No me gustan las flores amarillas.-dijo Rosaura como al descuido.

XVII

Los embates de tantas reyertas y los años transcurridos entre la angustia y el deseo de vivir le dejaron a Rosaura llagas en el cuerpo. Estuvo siempre sola a pesar de tener una familia. Logró su propia cosecha: tuvo una hija en el límite de su tiempo biológico y esa criatura fue el único tesoro que la mantuvo alerta para enfrentar los fantasmas del pasado.

A pesar de llevar sobre sí una enfermedad heredada, se levantaba a las ocho de la mañana y se sentaba en la cocina a observar, por la ventana, el transcurrir de los minutos con el deseo, casi obsesivo, de hablar del riesgo.

-Todo parece tan triste.-decía.

-Porque no pones voluntad.

-Cuando me mejore voy...

Rosaura, a pesar de su pesimismo, tenía el anhelo de que se pudiera revertir la situación. Sabía del dolor de todos y cada uno de los que sufrían la corrosión de las vísceras. Recordaba a Magdalena y la cirrosis irreversible; sin embargo, algo le decía que era demasiado temprano para despedirse. No creía en su fin. ¿Acaso había vencido a su enemigo?.

-Todos nos vamos a morir-decía el doctor Rems.

-¡No ahora!-gritaba Rosaura fuera de sí porque quería que le dieran respuestas.

Su memoria no se teñía de olvido porque para ella lo más importante era su vida anterior: la niñez, la adolescencia, la madurez, hasta la partida de Magdalena. Allí, entre los fragmentos de una existencia despojada, con los

trenos y oblas, ella dejó de respirar y desde sus ruinas comenzó a andar un sendero casi sin sentido. Ya no observaba tanto las estrellas pero rezaba a la Virgen de Luján de una manera desesperada. No quería entregarse a ese secuestro de los días venideros sin el apoyo de los iluminados. Desde ese lugar, al margen de los acontecimientos sociales y económicos, ella vagaba por los cuartos pensando en el momento fatídico y negando a la vez la cercanía. ¿Alguien se salva en medio del peligro?.

A la tarde, se sentaba bajo el gomero entre las macetas de malvones, rosarios y jazmines mientras observaba la casa de la vecina que era enfermera. Sentía que las opiniones de ella la tranquilizaban y la veía como a una doctora que podía rescatarla del infortunio. Quería armar el rompecabezas de su vida y arrojar luz para poder mirar.

-Ya nadie viene de visita.

-Porque están muy ocupados.

-Bah...

Con esas exclamaciones solía parecerse a su tío Bernardo que no dejaba de perder la paciencia cuando sus deseos no eran cumplidos. Lo cierto era que él vivía el presente porque el futuro no lo podía ver ni le importaba demasiado.

Un día, para sorpresa de todos, el anciano llamó a Ricardito y a su hermano para comunicarles que les regalaría sus campos si ellos se encargaban de cuidar a Omar, enfermo mental, y a él hasta el último día. Ellos cumplieron porque eran muy sentimentales. El tío tuvo lo que necesitó porque tenía con qué pagar y porque merecía terminar su existencia con la dignidad de quien había luchado por sus propiedades y las había conservado para llegar a ser alguien. Él dejó una profunda huella como su hermano Juan Waner porque fueron honestos, incapaces de tener pensamientos de envidia o maldad. Amaban a sus familias; no eran perfectos pero guardaban el juicio, los

derechos, la filosofía, la ética y la virtud de haber contribuido a engrandecer la Patria. No eran esclavos de la tierra porque sentían una vocación que los inspiraba, que los cargaba de pasión y los elevaba más allá de las miserias terrenales. Alguien los había invitado a pasear por el edén para dejar las páginas editadas en la memoria de los descendientes.

Bernardo, en sus últimos años, llevaba su barba rala y el chambergo; parecía el pescador de "El viejo y el mar" escapado de algún huracán. Se fue con el vuelo ancestral de los siriríes a buscar la manquera del arado.

Rosaura se dejaba llevar por el recuerdo porque conocía el valor de poder alcanzar una eternidad posible que se prolonga mientras las personas la recuerden. Con ese pensamiento podría empezar a resignarse pero, a pesar de todo, consideraba que siempre era temprano para dormirse en medio de los búhos que anunciaban la cercanía de figuras negras.

-Cuando me mejore voy a ir a visitar a mi hermano al campo.

-Pues deberías ir ahora.

-¡Cuando me cure!.

-¿Y si les pasa algo a alguno de los dos?.

-Me muero.

Rosaura parecía no importarle sus declaraciones a los cinco minutos de haberlas hecho. Se sentaba entre las macetas con la gata Millie y el aire le traía vestigios de su asma crónica. Se cubría de cendales para atajar la brisa de los días. Vivía en ese chalé que Alberto había construido a principios de 1960 con alambreras y un alero hacia la calle. Consideraba, por momentos, que tal vez sería posible lograr la paz en la tierra pero esa idea le traía algo de desconcierto porque siempre había renegado de las miserias de los humanos. Casi no soportaba el olor a arroz blanco que María le preparaba para su dieta. Adormilada, entre las gramíneas, contemplaba los tres cadáveres que más había amado: Magdalena, Juan José y su padre. Santiaguito no estaba en la

imagen, que parecía hablar de lo cruel que había sido la vida, porque aquella criatura era muy pura para mecerse en el turbio pensamiento.

Las plantas habían sido su primer contacto con la realidad de los adultos en aquellos años de corredores y tinajas con agua caliente, café con leche y huevos fritos que preparaba en un tarro de lata. Sentía pánico y se acordaba de su madre pero también el amor la tomaba por sorpresa, los ojos mirando las estrellas en el borde de los ladrillos de la galería y las hierbas medicinales. Aspiraba profundamente para encontrar sosiego pero la incertidumbre de no saber qué iba a pasar la arrastraba a la penumbra de la noche y sus trampas. Le tenía mucho miedo a las sombras. Rosaura se hallaba demolida por la vigilia y delirante de agonía. Recordaba cuando Alberto la humilló en una tertulia de barrio cuando salió a bailar con una conocida. Ella levantó en brazos a María y se fue a la casa; estuvo un mes sin hablarle... No se podía ir a vivir a otro lugar pero necesitaba escapar de la gravedad de la ofensa.

En su alcoba, tenía una multitud de santos que adoraba con grandiosas manifestaciones de amor y de pureza. Los ocultaba, de vez en cuando, en cuévanos entumecidos por las oleadas de cenizas. Rosaura creía estar a salvo de la maldad del último respiro con solo rezar sus oraciones. Creía en un Dios que no la ayudaba, pero igual no dejaba de aferrarse a lo único que le quedaba: su propia fuerza para reprimir las lágrimas. Cuando atravesaba los pasillos del sanatorio Virgen de Luján, cuatro o cinco veces al año, Rosaura creía que se hallaba en manos del Señor porque tras esas paredes se encontraba la curación a sus tantos dolores. Sin embargo, el malhumor iba en aumento porque era una mujer que no se entregaba fácilmente. Al regresar a la casa esperaba todas las atenciones y se sentía discriminada cuando alguien estaba contento.

-Jamás volveremos a ser felices. Quizá ustedes sí cuando yo me muera.

-No, viejita, nosotros ya estamos condenados a sufrir-contestaba Alberto con su pesimismo acostumbrado y sin ninguna intención de elevar el ánimo de su esposa.

María se iba a su cuarto a jugar con Millie que lloraba a los gritos cuando no la encontraba por la casa. Estaba saturada de tantos lamentos que podía escucharlos en el silencio de la noche. No podía dormir desde hacía varios años. Rosaura solía desmayarse a la madrugada, entonces ella le practicaba los primeros auxilios. La dejaba en el piso y la cubría con una frazada; al rato ya estaba recuperada y no se acordaba de nada. Así pasaron los meses dudando de la fe, de la fidelidad de las tisanas, entre teas encendidas, rezos de capilla y la verdad escondida.

El tiempo no cambiaba de rumbo pero dejaba fragmentos de una vida que tropezaba con la angustia de no poder alargarla un minuto más. Sigilosamente anclada en los síntomas del pánico, María sentía dolor en el pecho, arritmia y deseos de llorar. No podía entender cómo permanecía con vida después de haber sufrido tanto. La certidumbre le golpeaba la cabeza con un garrote para decirle que lo que estaba sintiendo era normal, que se tranquilizara y que pronto vendría la paz tan ansiada. ¿A costa de qué?. Ella era completamente humana, un ser demasiado frágil que sacaba fuerzas porque no tenía otra alternativa. Estaba sola en el fondo de una caverna, allí donde habitaban los santeros, un sitio alejado del mundo.

“No volveré a sonreír”.

En marzo, Rosaura quiso que plantaran un injerto de rosa china que ella conservaba en una maceta de latón. Esa ramita verde era un pequeño hijo que había cuidado y que formaría, seguramente, parte de su recuerdo para el mañana.

Ella, por momentos, perdía el control de sí misma por la desazón. Estaba sometida a un poder superior; era una persona quieta pero nerviosa que

culpaba a los demás de lo que sentía, que quería vivir y que, a veces, se hubiera descerrajado un tiro si hubiera encontrado un revólver.

Una tarde, excitada por una pastilla, quiso escaparse en busca de la enfermera. ¡Pobre Rosaura!. Había sido una niña maltratada por una madre incapaz de disfrutar de la vida, con todos los errores a costas y sin ninguna explicación para dar. Ahora era un ser casi incorpóreo que flotaba sobre la nada. Se sentía muy desprotegida, rodeada de personas que no la contenían porque le negaban la enfermedad para que no sufriera; sin embargo, ella hubiera querido que le dijeran:

-Rosaura, pobrecita, ¿te vas a morir pronto?. Te abrazamos en el dolor, te llevaremos urgente a un médico en el Congo, te tomarás unos brebajes mágicos y serás otra... ¡Te salvarás!.

Nadie podía mentirle ni prometerle curaciones y hechizos porque no sabían que sucedería en media hora. Podría curarse de sus males de un momento a otro, permanecer en su rigurosa alcoba de enferma por varios años o desaparecer sin haber cerrado los ojos.

Lo verdadero era que viviría por siempre en los corazones de sus seres amados y quizá hasta descansaría en una plaza.

A ella no le importaba lo que vendría después por más que abrazaba la religión católica. No le interesaba encontrarse, según los credos, con sus padres y sus hermanos. En su rostro se veían las súplicas y su pedido desesperado de ayuda. Asistía a la experiencia de que el Supremo estuviera quitándole las fuerzas a ese cuerpo desvalido, prescindiendo de su propia energía. Tuvo la certeza de que si en ese momento se hubiera acercado a un espejo lo hubiera encontrado hueco y blanco, transfigurado por un misterio ancestral de viaje nocturno: el itinerario más largo de la historia, el que lleva a estepas heladas, desnudo y sin sensaciones, para empezar a ser olvidado por la oscuridad.

Alberto seguía robándole las horas a la quietud. Ya no iba al campo porque María, ocupada en atender a su madre, no lo llevaba y él estaba ansioso por ver los campos sembrados, escuchar el parloteo de las cotorras y el ronronear de los tractores.

“En la vida se cosecha lo que se siembra...”

María no pensaba en sus deseos porque él jamás había reparado en sus ilusiones ni en sus ganas de progresar porque siempre le cortaba los caminos.

-A ti eso no te gusta.

-Sí, si es lo que siempre quise hacer...

-No, te vas a aburrir.

-¡No!-gritaba ella cuando Alberto trataba de cercenar algún desafío que le proponían por su dedicación a la escritura.

Una maestra la había venido a buscar para que diera una charla en un colegio sobre los autores; ella se lo comentó, orgullosa, a su padre y él se enojó tratando de desvalorizar su capacidad. ¿Estaba celoso?. ¿No soportaba que su hija fuera, intelectualmente, superior a él?.

-Crees que te las sabes todas-le decía con aire despectivo.

María sufría porque quería compartir los pequeños logros. Estaba cansada de pensar en el trigo y en la soja, en los precios, en las enfermedades incurables... No le gustaba el campo porque le daba mucha tristeza, pero lo respetaba y lo amaba porque sabía del esfuerzo de sus abuelos y del significado que tenían aquellas tierras para todos aquellos que trabajaron bajo el sol en años pobres.

Había escrito una novela sobre la vida de su bisabuela paterna que Alberto nunca leyó porque no le importaba. Era un homenaje que María quería

hacerle a los inmigrantes y en especial a Melanie, y su figura argiva, que peleó a la par de los hombres por la dignidad del territorio y de la mujer, por la fe cristiana en la construcción de su iglesia y por el mañana que ella, seguramente, no iba a ver. Rosaura aprobó ese manuscrito como testimonio de un ayer conmovedor.

El año 2003 se fue llevando de a poco los restos de alegría. Cada minuto se convertía en una batalla contra la verdad. Pasaron las fiestas patrióticas y los cumpleaños.

“Cuando una persona está mal son pocos los que se acercan a la casa”.

Era inútil tratar de descorrer los velos, ¿para qué?, la indiferencia era la mejor arma. La gente solía decir que se acordaban más de quienes no habían estado a su lado que de los presentes. ¡Qué ingratos!.

En la soledad de las habitaciones, se enhebraban historias y la muerte trabajaba duro a paso agigantado. Se recordaban uno por uno los episodios y se agravaban tanto llegando a ser peligrosos para la cordura que se escondía entre la basura saturada.

Rosaura, hermanada con las ideas y ahogada hasta las lágrimas, daba pasos de infante contando las horas de desconsuelo. Caminaba delante de sí misma para apurar el tiempo como lo hizo siempre; quería llegar más rápido. ¿Dónde?. No lo sabía con seguridad. Algo le impedía expresar sus sentimientos; quería recurrir al enojo como herramienta. Ser victimaria era más cómodo. Con esa actitud desconcertaba a los familiares que no creían que estaba enferma. Renegaban de su actitud diciendo que le prohibía a María tener novio como Magdalena lo había hecho con ella en su juventud. A Rosaura no le importaban los comentarios; quería que su hija no la abandonara y con actitudes mezquinas trataba de retenerla a su lado. Ella sabía que estaba actuando mal pero el miedo la paralizaba a tal punto de desconocer en su

totalidad los deseos del otro. Estaba ciega y no encontraba un lugar para descansar porque la bruma no la dejaba ver; Rosaura había sido una mujer muy sumisa pero después, cuando se casó con Alberto, comenzó otra batalla y afloró el carácter, el del abuelo José Shalli, sus pedidos de respeto y sus exigencias. ¿Cuál sería la verdadera Rosaura?. Seguro, que aquella que vivía junto con su madre en la chacra, bajo las estrellas, entre las gallinas y los rosales, mirando con sus ojos transparentes las almas en el espacio sideral.

El mundo comenzaba a ser gris y Rosaura, sin entenderlo del todo, se sorprendía diciéndole adiós para siempre. Se sentía desprotegida como cuando iba en el sulky a buscar a Rubén al colegio. Aquellos caminos parecían fantasmagóricos. Siempre contaba que una vez, de regreso a la chacra de noche, se dio vuelta porque le pareció que corría un perro al lado de la rueda y era una claridad macilenta, “la luz mala”. Dicen que esas apariciones son espíritus de difuntos que, frente a un cristiano, tienen vergüenza.

El viento movía las hojas del nogal y aparecían ante su visión figuras, ánimas apagadas por el cansancio de las décadas mientras su guardián permanecía inmóvil junto al fogón.

Rosaura no tenía paz; no creía en el destino ni en las casualidades pero sí sentía una profunda melancolía que no hallaba explicación y siempre necesitaba el consuelo de Magdalena. Parecía San Francisco de Asís que, frente a las gracias sobrenaturales, le predicaba a los pájaros.

Su madre, sentada a la mesa, se quitaba los ruleros y se acomodaba el pelo con los dedos; comenzaba a comer con vergüenza pues sabía que le haría mal a su hígado aquel guiso saturado de salsa. Juan Waner salía de los rastrojos, frente a los ubérrimos granos, después de haber escapado de su suegro. Se tumbaba en la hierba, al aire libre, con el sombrero sobre la cara para protegerse de los mosquitos. Regresaba al anochecer con un morral y un hato de leña.

Con el correr del tiempo, Juan tuvo la sensación de que la existencia podía llegar a ser apacible aunque un campesino como él no tuviera metas. Había padecido muchas privaciones sin importarle el invierno o el verano, la muerte o la desgracia. Había escuchado relatos de su hermano Bernardo sobre riñas de borrachos con cuchillos en puertos y burdeles. Era libre y cualquier dirección le daba lo mismo porque sabía que las luces de un poblado podrían ser también un espejismo.

Hoy todos ellos ya no estaban para ver la realidad con aquellos ojos inocentes; el amor y las sombras los hacían iguales porque ambulaban bajo las palabras por praderas agrestes y en las crines de los caballos salvajes. Formaban parte de la imperfección de la vida.

XVIII

El sol se hundió en el horizonte y un sopor de nieblas, arrullos de tórtolas y alas de mochuelos, se insinuaron sobre el tejado. Rosaura miró hacia la calle y contempló, tras los cristales, las lámparas de puerto de los vecinos. Alberto iba y venía desde las alambreras con su andar pausado de chacarero.

Rosaura veía narcisos de otoño, rosas color pasión y lirios por todas partes. Estaba pálida y anunciaba algo fatídico. María escribía un poemario para enviar a una editorial tratando de no escuchar los ecos de sus pensamientos tristes.

-De esta noche no paso...-dijo Rosaura tosiendo con voz asmática.

María solamente la miró. Ella, al no escuchar respuesta, se fue al automóvil que estaba estacionado en el patio trasero a mortificar a Alberto pues se sentía desfallecer por un agotamiento extraño. Las lágrimas nublaron sus ojos.

-Me siento en este auto por última vez.

Él, totalmente aturdido y sin saber qué decisión tomar, se vino a hablar con María. Rosaura ya había estado internada durante dos semanas en Rosario

y en el sanatorio Virgen de Luján por sufrir arritmias, hinchazón de piernas... Al parecer el cardiólogo le habría dicho que, según la radiografía, tenía una mancha en un pulmón.

Llamaron al doctor Rems que ordenó internarla nuevamente.

-Es el final-dijo.-Vamos a preparar la habitación.

Rosaura no podía mantenerse de pie; caminó despacio hacia el auto que la llevaría... ¿en su último viaje?. No recordó mirar su casa que tanto amaba, las plantas y a su querida gata Milagros.

En el sanatorio, escuchaba frases susurradas por las enfermeras que le sostenían el tubo de oxígeno. Ellas pensaban que no pasaría la noche. María no podía quedarse a cuidarla porque se le había bajado la presión y se estaba por desmayar.

Rosaura escuchaba la pala del sepulturero entre los montículos de tierra. Los ojos se le humedecieron de llanto cuando se vio reflejada en un camastro absurdo cubierta por harapos negros. En la habitación de al lado, un hombre, moribundo, tenía los bigotes empolvados y la respiración sonora.

-Está llegando el olvido de la muerte.-dijo.

-Yo me quedo con ella.-comentó una asistente demasiado bondadosa que realizaba su trabajo diario con vocación de servicio.

Al otro día, 4 de mayo de 2003, Rosaura amaneció un poco mejor, pero no quería comer. Su rostro no mostraba fatiga y sus ojos parecían exigir más vitalidad. Siempre suplicaba, pedía y ordenaba como si los demás estuvieran sordos a sus reclamos porque, evidentemente, algo le decía que las horas se acortaban y la fugacidad de los momentos era lo único que tenía que atesorar. Tenía miedo de que apareciera un sacerdote a suministrarle los últimos sacramentos.

Una prima llamada Lita la vino a cuidar para que María pudiera descansar un poco. Por los pasillos, caminaban los fantasmas de la

indiferencia, del egoísmo y de la vergüenza.

-La madre fue mala con Rosaura y ahora ella no quiere que la hija salga a divertirse, le corta los caminos y le corre los novios.-contaba Lita a las enfermeras que la escuchaban absortas pues no creían que Rosaura tuviera ese carácter. La veían tierna y dulce, entregada a los salmos, cariñosa y víctima.

Lita hablaba mucho, era muy simpática y solidaria.

-Eres una charlatana.

-Sí, querida, descansa...

Rosaura jamás se hubiera imaginado que esa prima, a la que veía poco, estuviera velando sus momentos. María la consideraba un regalo del cielo porque se sentía muy sola. Miraba por la ventana el patio de la casa del doctor Rems; allí vivía una perra Collie llamada Camila y dos teros que cantaban por la madrugada invitando a despertar a los pacientes.

El sol era como una esfera ártica y reclusa. No había grillos ni sapos pero sí lluvia.

Alberto se asomaba despacio por la puerta de la habitación con la indiferencia de quien no cree en la muerte como fin y con deseos de huir a tomar su té con leche y a calcinar sus piernas heladas en la estufa.

-Viniste, viejito. ¡Don Alberto!-decía Rosaura con solemnidad.-
¿Tienes un revólver, verdad?.

-Está roto porque es muy antiguo.

-Me mientes.

-No, viejita, para qué...

Ella se daba vueltas porque consideraba que escuchar sus palabras era como perder el tiempo.

-A la persona que ya no come le falta muy poco.-decía nuevamente Rosaura recordando los años junto a su madre y a Juan José. Aquellas agonías

le dejaron un profundo surco y una enseñanza: aprender a vivir.

Rosaura, evidentemente, no había aprobado el examen.

En la casa, la gata Millie lloraba sobre la cama de su dueña y luego se acostaba a dormir en su lugar. Extrañaba su pelo negro que alborotaba con las patas en las siestas.

-¿Qué te pasa tesoro de mi vida?-le decía Rosaura cuando Milagros caminaba por encima de su cuerpo.-Me tienes que curar.

Los pedidos llegaban hasta el pobre animalito que lo único que buscaba era amor. Con su sopor de felino algodónado, seguía aullando por cuartos día y noche. Buscaba...

Rosaura, en el sanatorio, tenía cada vez menos fuerzas y sentía miedo de que el médico le diera el alta, porque quería quedarse allí para refugiarse del desorden de las jornadas venideras cuando ya no tuviera aire y fe.

El viernes de esa misma semana, llegó el cardiólogo y le dijo:

-La arritmia está controlada, tiene los pies deshinchados y respira bien. Se puede ir a casa que allá la espera su marido y su hija.

Ella, al escuchar esas palabras, entre sus trinos de pianolas, sintió que su cuerpo se alejaba del Centro de Salud, el terreno descendía y se volvía más árido, los árboles más añosos y más altos. Bajo sus raíces y troncos ulcerados veía gusanos que aparecían después de la niebla y tras la lluvia, a la que le temía tanto. Vislumbraba un carruaje al que seguía sólo un perro con uñas de gato.

-¡No!-gritó.-¡Me voy!.

-¿Dónde?.

-Al cielo.

Rosaura parecía desvariar frente a la gesta con el aura de la muerte; había entrado en un túnel de encierro donde la cordura hacía malabares para poder sobrevivir entre tanta maraña de pensamientos. Desde ese día comenzó

a decir cosas incoherentes mezcladas con verdades muy duras y sentidas. Se despedía a cada instante y extendía los brazos para sentir el calor de los que amaba. Era antagónico; parecía que Rosaura hubiera preferido morir antes de volver a su casa. ¡Qué extraño!. Como si el doctor la hubiera obligado a regresar a la chacra a pelar papas y a podar plantas de naranjas, con todo el peso de las culpas y la soledad.

-Quiero un ataúd de esos con tapa: un cofre, quiero que me pongan el camión rosa, que me peines con flequillo sobre la frente...-decía Rosaura a María.

Eran los deseos para su funeral pensados muchos años antes.

-La fotografía ya la elegí, es una en la que estoy sonriendo junto a un árbol de Navidad.

-¡Bueno, ya!-contestaba María acostumbrada a respirar profundamente con actitud reservada como quien no tiene alternativas.

A la mañana siguiente, apareció un sacerdote que dio una especie de bendición o extremaunción. Rosaura no se dio cuenta de lo contrario lo hubiera echado de la habitación. La presencia del párroco le demostraba a las claras que el tiempo se le acortaba y ella no se quería morir.

En el cuarto, el doctor Rems hacía anotaciones y sólo hablaba monosílabos. Estaba muy cansado y triste porque se le iban sus queridos pacientes; la semana anterior había fallecido un amigo que él apreciaba mucho. Frente a esa hilera de hombres y mujeres que pedían piedad, el médico más prestigioso parecía sucumbir por la impotencia.

-Me voy a tomar unos calmantes o unos vinos.

-¡No!. Yo que lo quiero tanto, me tiene que aliviar-le dijo Rosaura tomándolo de los brazos.

-Sí, querida.-contestó con el rostro martirizado por la angustia de no poder hacer nada.

En medio de la quietud, cuando la energía se quebraba ante lo irreversible, lo único que testimoniaba el absurdo eran las lágrimas. Tan grande era el cansancio que provocaba el dolor en el alma que aparecía la resignación y una especie de calma.

¿Esto es la vida?.

El enemigo habitaba en la vastedad de los sangre con lapidarias herramientas que podían dar alaridos de venganza. ¿Por qué con ella que fue tan buena y sacrificada?. ¿Por qué con Rosaura que no pudo vivir un minuto de felicidad en su vida por estar al servicio de los demás?.

Ricardito, quien tenía a su padre internado por una operación, la fue a ver al sanatorio.

-Viniste... ¿Cómo está mi hermanito?.

-Bien.

-Que Dios lo ayude.-dijo Rosaura y cerró los párpados.

-¿Por qué cierras los ojos?.

-Porque así los veo igual-contestó suavemente como una niña complacida por la presencia de los seres queridos. Parecía, por momentos, tener paz.

Alberto iba poco al sanatorio y negaba la gravedad del cuadro. No quería escuchar malas noticias porque necesitaba protegerse de las certezas. Él quería ser víctima como lo fue siempre, el protagonista. Se encerraba en los íntimos mandatos de su alma y allí, quizá, lloraba por el miedo que le daba la soledad que vendría a hospedar su casa de tejas coloniales.

-Nosotros ya no podemos pedir nada.

-¡Yo sí!-dijo María indignada, con dolor pero con fuerza, porque no se

resignaba a caer por esa cisterna oscura de propósitos no cumplidos.

“Cada persona enfrenta las pérdidas como puede”.

Alejada de toda esperanza, Rosaura le decía a los familiares que María se quedaría sola y les ordenaba que la cuidaran como si fuera un ser desvalido e incapaz de valerse por sí misma. Hasta se lo pidió a Alberto que ya había cumplido los ochenta años. Una catarata de lágrimas brotó de sus ojos y tuvo la sensación de no ser escuchada por nadie.

El retablo con albor de calas ya cobijaba las liras con la opacidad del duelo y la letanía más sentida.

Las enfermeras estaban amotinadas y comenzaron a atacar a María:

-Esto no es un geriátrico.

Evidentemente, como en todos los sitios, se libraban batallas y el que más sufría tenía que salir a guerrear contra aquellos que no respetaban su dolor. El hueco era tan grande que no importaban las cosas triviales porque había que escuchar la última voluntad de alguien que se aproximaba al muelle para partir.

-Yo me quiero quedar acá-dijo Rosaura levemente con una cruz del temple entre los dedos.

-Que nadie la moleste-contestó el doctor Rems como si fuera un padre. El hombre más humano que haya existido jamás, el omnipotente, un ser superior e irremplazable.

El ambiente olía a potes de ungüento, a canastos con raíces, a brebajes aguachentos. Se veían miradas hipnóticas clavadas en rostros y breviarios debajo de las camas.

Rosaura ya se había acostumbrado al nuevo peso de su cuerpo, al trabajo que le daba mover sus brazos, al dolor de estar viva. Cerraba los ojos y escuchaba las palabras de Lita y el rumor de la chica que realizaba la limpieza.

-Deja todo como está,-le decía-que quede sucio.

La gente iba y venía por los pasillos con la indiferencia de la falta de sentido común. Algunos con mueca sardónica miraban dentro de las habitaciones para ver a los enfermos postrados, anclados en ese naufragio sin retorno. Era algo morboso ver los ojos inquisidores que trataban de indagar para saber las identidades de quienes se veían obligados a permanecer en inferioridad de condiciones.

Entre telas de luto, crespones y cenefas mortuorias, permanecían los familiares de Rosaura que se adelantaban a la partida; sin embargo, su corazón latía mejor que nunca en lucha con ese cuerpo deshidratado. Alguna bayeta atravesaba las arterias de su hija María que mostraba los estragos de aquella pesadilla que le tocaba vivir. Parecía más muerta que su madre.

-Pensar que era hermosa y mira ahora lo que queda...-decían las enfermeras que la conocían de años atrás por haber desfilado por esos pasillos con su madre una década entera.

Necesitaba de energía suficiente para soportar lo que vendría porque le tocaba enfrentar, sola, los pormenores de una realidad común para todos. Hubiera querido sorber algún licor de dominicos o algo parecido para elevar la sangre o para huir del presente que se postergaba por las lluvias. Rosaura no las escuchaba, de lo contrario hubiera fallecido de un paro cardíaco. La tormenta parecía silenciosa pero se hacía sentir más que nunca: la humedad, los días grises, los cierzos y el temporal. Todo al revés.

“La vida es un suspiro efímero que escapa, huidiza, burlándose de la sabia memoria de los inteligentes”.

Dos empleadas cuidaban a Rosaura. Marcela, por la tarde, que le traía estampas de San Pantaleón; ella iba mucho a la iglesia a rezar sus oraciones entre las esencias de nardos, musgos y hongos del patio de la basílica. Parecía entender las razones de la buena partida porque se adelantaba a los designios

lógicos con las doctrinas de la fe y sus badajos del cielo. La otra chica se llamaba Estela y era más callada y respetuosa; la vigilaba de noche cuando los enfermos en agonía solían aliarse con las sombras para proceder a la separación.

Las enfermeras las molestaban reclamando derechos y partes de dinero de su sueldo; les hacían reproches y contradecían todo lo que ellas hacían tratando de desvalorizarlas frente a los médicos de turno. Tal vez, era difícil para ellas enfrentarse a personas que les quitaban el protagonismo y las obligaban a ayudar. El trabajo era diferente porque Rosaura era una paciente de privilegio. Ella no se imaginaba que se libraban guerras en torno a una situación dramática, a su propia desaparición. No comprendía el mensaje que dejaba la estación final.

Soñaba, a través de su velo, historias de campo bajo la parra con el tío Agustín tocando el acordeón. Desde la ventana, Magdalena observaba mientras se lavaba las manos en el aguamanil y luego se dejaba caer sobre los pliegues del dosel porque se sentía débil.

-¡Mamá!-gritó Rosaura al borde de su agonía.

-¿La ves a tu mamá?-dijo el doctor Rems como tratando de indagar en el intrincado y misterioso mundo de la muerte.

-¡No!-volvió a gritar Rosaura retando a quien había hecho una pregunta tan absurda.

Nadie podía resolver esas cuestiones porque todo resultaba cruel. No había armonía entre este lado del camino y el laberinto hacia la nada. La verdad revelada no existía para la ciencia pero sí era el fundamento de la Iglesia.

Rosaura estaba perturbada por una sensación rara que no podía explicar con palabras porque, por su debilidad, no podía hablar pero escuchaba los murmullos que huían despavoridos por el espejo que veían; no

querían ser testigos de la negligencia de Dios.

-¿Por qué gritas?. ¿Te duele algo?.

-No.

-¿Es por desesperación?.

-Sí...-alcanzó a decir con un movimiento de cabeza.

Llegó una enfermera y la peinó con el pelo para atrás. María escuchó, desde los pasillos, que Rosaura gritaba como si la estuvieran maltratando. Corrió a la habitación y la vio agitada, con una alteración de ánimo, cansada por el enojo y la perturbación. María tomó un peine y le colocó el pelo en su lugar con el flequillo sobre la frente; su madre se calmó y luego se durmió con el rostro bañado en lágrimas.

María quería evadir de las circunstancias adversas escapando de ese peligro inminente. Esperaba que pasaran rápido las horas para que llegaran las empleadas a cuidar a Rosaura. Era agotador el desengaño; saber que la vida corregía, erraba, tomaba decisiones y luego, sin aviso, desaparecía por el declive del terreno. Sin armas, cada uno enfrentaba las órdenes con la confusión propia de quien espera caridad. Rosaura aguardaba el milagro de sus estampas, la ayuda de ese Dios que, en cada operación, le tendió los brazos, pero no lo hallaba en el contorno; lo sentía hostil.

La lluvia caía sobre los tejados y a los gatos se les atontaban los sentidos y los dejaban mundos de entendimiento. El felino del doctor Rems descansaba, ensortijado, en la puerta del sanatorio Virgen de Luján.

-¡Es negro!-gritó María aterrada por su fama de mala suerte.

-No, tiene una corbata blanca-dijo la enfermera.

Ésa era, nuevamente, una señal fatídica que penetraba en la galería de videncias cubiertas por el lodo de los años. Sin embargo, el gato ronroneaba y miraba a María con ojos somnolientos, deseoso de una caricia de madre.

-Ven-le dijo y tomó en brazos la esfera caliente que parecía robar amor

en un lugar donde faltaba la ternura.

-Está hermoso. ¿No?. Me encanta así, de color negro-dijo el doctor Rems que venía desde su casa a visitar a sus pacientes a la última hora de la noche.

-Más o menos-dijo María con desconfianza.

Ella estaba predestinada a descubrir mensajes que la dejaban paralizada por el miedo. En ese terreno yermo se sentía paranoica porque el dolor avasallaba para dejar roídos sus huesos. Ya no comía y había bajado cinco kilos. Para su contextura física parecía anoréxica porque tomaba nada más que té con leche.

A María nadie tenía derecho a juzgarla al ver su imagen reflejada en los espejos, era sólo un alma.

XIX

Faltaba menos tiempo para que el presidente Eduardo Duhalde abandonara el gobierno; mandato que tuvo que completar por haberlo dejado inconcluso Fernando de la Rúa.

Su plan económico productivista permitió que la economía argentina cambiara en algunos aspectos aunque los ahorristas resultaron perjudicados al no cumplir la promesa electoral de “el que puso dólares recibirá dólares”, con respecto al “corralito” (depósitos bancarios); medida del gobierno anterior.

El candidato electo se llamaba Néstor Kirchner que había sido gobernador de Santa Cruz. Sus ideas se basaban, específicamente, en llevar adelante una política activa para promover los derechos humanos.

“Aquel que sólo desea demostrar que tiene razón termina por actuar equivocadamente”.

Inédito.

Los campesinos estaban contentos porque frente a una nueva propuesta se le abrían horizontes. Aquel que caminaba los surcos desde siempre sabía, por sus antepasados, que no debía esperar mucho, pero ésa era la victoria: trabajar. Los labriegos hacían germinar flores en las piedras, tenían motivos para avanzar porque no había odios ni rencores, vivían para los demás y para los que vendrían a ocupar sus puestos. Eran leales, diestros, a veces ásperos y recelosos, pero confiables. Dormían al asilo de las noches y levantaban el telón cuando el sol todavía no se había asomado. Eran profetas sin pecados cometidos, almas ejemplares, víctimas de quienes estaban más altos; siempre unidos y en vigilia.

Alberto era uno de esos discípulos de la tierra; un hombre poblado de silencios que rodaba por la telaraña de una realidad que lo dejaba ciego y sordo. Si pedía algo y no lo complacían se comportaba como un niño. El mundo al revés lo llevaba de regreso a sus orígenes cuando, en la lejanía de las pampas, tampoco llegó, igual que Rosaura, a vivir la infancia. Fue un adulto custodio de las cosechas cuando las plagas destejían las hojas para roer la savia. Él se perdía en la penumbra. Tenía frío en invierno y en verano incubaba sueños de estanciero en homenaje a su abuela francesa que, desde la infinitud, le hablaba de los moldes y de una razón para continuar.

Rosaura fue su amor sencillo, el que tenía que ser. No hubo orquestas de violines, ni sonetos de poetas. El amor lo cinceló el galope de los caballos, el cansancio de una soledad que lo partía en dos y el corazón que se moría por tanto silencio. A ella la obligó la despedida de una madre y de un hermano, el abismo sin palabras, la sed de cumplir los mandatos establecidos: casarse y

tener hijos.

María era el remiendo de un sentimiento que llegó a ser puro, con sus peleas y rencores, pero sano como lo fue el amor de Magdalena y Juan. La paciencia, aceptar al otro tal como es, soportar humillaciones y perdonarlas, permanecer unidos, ése era el modelo.

Desde el Olimpo de los Dioses, sin poder hacer nada, una vida se estaba escapando para exiliarse en el recóndito lugar donde la verdad era una pregunta sin respuesta. La ley llevaba un arma de doble filo.

-Me duele el corazón.

El retrato de Rosaura entre el delirio y la cordura.

-Cuando mi mamá murió se fue calladita y mira yo lo que te estoy haciendo sufrir-le decía a María tomándola de las manos.

Sus ojos interiores veían a una hija demacrada y ella quería pedirle perdón porque había arrastrado sus pies al borde del precipicio.

-Me acomodo para morir-decía y colocaba los brazos en forma de cruz sobre el pecho.

María, que desde niña había presenciado tantas desapariciones, no podía creer que Dios la estuviera poniendo a prueba. ¿Por qué tanto dolor?. ¿Se lo merecía?.

Alberto ya no iba al sanatorio porque no creía en un final inminente.

-¿Dónde está?. ¿Y Millie?. Quiero verla.

Rosaura tenía demasiado corazón, aunque sus ojos estuvieran cerrados desde hacía dos semanas. Escuchaba a su prima Lita que no dejaba de hablar para tratar de sobreponerse a los mandatos divinos. La única que permanecía al costado de su cama.

-¿Dónde está tu familia?-le preguntó la enfermera a María mientras hacía la limpieza.

-No está.

La asistente la sentó en una silla de la habitación junto a la ventana que daba al patio de la residencia del doctor Rems. Llegaron Marcela y Estela a atenderla pero ella no las escuchó... Se quedaba como mirando con los ojos casi cerrados las azoteas sin tener idea de las horas.

-Me voy-dijo.

-¿Dónde?.

-Al cielo.-respondió entregada a la penitencia.

Rosaura creía que manejaba los tiempos, pero su existencia se desvanecía como una sombra incorpórea en esa oscuridad a la que le temía tanto. La lluvia otra vez, lenta, en un espacio dividido por figuras chinescas.

-Cállense, quiero silencio-gritó y los demás observaron por última vez sus ojos verdes transparentes que suplicaban por un minuto menos de postración y por un día más de libertad para volar con alguien que venía en su busca.

-Una paloma blanca-dijo con los ojos cerrados nuevamente.

-¿Dónde está?.

-Ahí...

Sin embargo, ella se dominaba porque aún tenía que quedarse, inmóvil, con los brazos en cruz.

Llamó a María para que la liberara del peligro, de la niebla de su vista y de la debilidad del cuerpo, porque el llamado la dejaba sin defensa en un lugar que no conocía. En medio del sopor, apareció su madre, Magdalena, y su padre. Gritó que quería verlos y luego se olvidó para seguir rogando abrazada a una tabla de salvación precaria, confinada a un paraíso dibujado por ajenos.

Había visto su muerte tal como la imaginaba en las tardes junto a la ventana de su chalé colonial con Alberto, María y la gata Millie. Ella estaba viva, todavía respiraba, pero era inútil porque, seguramente, el fantasma volvería con la falta de luz, cuando el cielo se acoplara de nubes o cuando un hombre se fuera en compañía del Hacedor a leer versículos latinos.

Ella respondería como lo hacía siempre:

-Yo estoy peor-y dejaría caer los párpados para esperar en una palabra la contienda final que la torturaba en demasía, era una llaga que ardía en el alma.

No sabía cuánto tiempo le quedaba por vivir, pero deseaba que alguien la sujetara con fuerza de este lado del camino.

El Espíritu Santo regresó para desplegar sus alas.

Sólo una vez volvió a pedir y esa vez fue cuando se marchó, desesperada, con miedo y lágrimas, hacia su último sacrificio: la paz que no deseaba alcanzar...

Rosaura fue un ejemplo de amor a la vida.

24 de mayo de 2003.

BIBLIOGRAFÍA

- Historia Argentina. S Fernández Arlaud. Editorial Stella, Buenos Aires, 1967.
- “Mujeres en tierra de hombres”. Virginia Haurie. Edit. Sudamericana, 1996.
- Literatura Española, hispanoamericana y argentina. Carlos

- Loprete. Edit. Plus Ultra. 1976.
- Revista “Labores” 1965.
 - “Pago Chico” Roberto Payró. Resúmenes, análisis y biografía. Manuel Montecinos Caro. Edit. Lord Cochrame S.A. 1993. Chile.
 - Diario “La Capital”. Suplementos.
 - “El jardín de los venenos”. Cristina Bajo. Edit. Sudamericana. 2005.
 - Diccionario español-latino de la Real Academia Española. 1985.
 - Manual Santafesino. Codex S.A. 1969.
 - Predicciones Astrológicas 1976-77. Edit. Fundafe S.A.E.C.I.I y M.
 - Recetario de Cocina. Talleres gráficos Offset Recali. 1965.
 - Diccionario de la Cultura Esencial. Readers’ digest. México. 1999.
 - Crónica periodística de la historia de Rosario 1867-1992. “La Capital”. 125 años.
 - Historia Moderna y Contemporánea. Etchart-Douzon-Rabini. Cesarini Hnos Editores. 1979.
 - Enciclopedia médica- Ecco. Edit. Antártica S.A. Chile. 1991.
 - “Los primeros documentos de identidad”. Revista “Nueva” junto al diario “La Capital”.
 - Historia Antigua y Medieval. Alfredo Drago. Edit. Stella 1975.
 - Diccionario “Aristos” ilustrado de la lengua española. Edit. Sopena. 1965.

CONSULTAS A PÁGINAS DE INTERNET

- La Pampa pródiga. (1920-1945). Ascolani, Adrián. U.N de Rosario. U.N General San Martín. www.scielo.org.ar
- Historia Argentina 1935. www.todo.argent.net
- El cooperativismo agrario en la provincia de Buenos Aires (1946-1955)

www.mundoagrarioold.fahce.unlp.edu.ar.

- Comisión provincial por la memoria. www.comisionporlamemoria.chaco.gov.ar.
- www.cipca.org.pe
- Nuestra tarea común es luchar por una agricultura con campesinos...

www.base.d-p-h.info

- www.es.wikipedia.org
- Agricultura y Agricultores, la consolidación de un nuevo modelo.

www.fcagr.unr.ar

